



EL HILO  
DE SANGRE

Ernesto Mallo

Siruela Policiaca

Ernesto Mallo

**El hilo de sangre**

**S**iruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Edición en formato digital: octubre de 2017  
En cubierta: fotografía de © Marcel / Stocksy United  
Diseño gráfico: Ediciones Siruela  
© Ernesto Mallo  
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria  
[www.schavelzongraham.com](http://www.schavelzongraham.com)  
© Ediciones Siruela, S. A., 2017

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.  
c/ Almagro 25, ppal. dcha.  
28010 Madrid.

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-17151-65-2

Conversión a formato digital: María Belloso

# Índice

Causa primera

Transformación

Obsesión

Destino

*Para Adolfo Pomar, por la amistad,  
la forma más elevada de la hermandad.*

*Para un alma infectada por el vacío del mundo,  
la obsesión de la venganza es un alimento dulce y reconfortante,  
un elemento sustancial en el tiempo, una furia que engendra  
sentidos más allá del sinsentido general.*

EMIL CIORAN

*El hambre es el primero de los conocimientos:  
tener hambre es la cosa primera que se aprende.  
Y la ferocidad de nuestros sentimientos,  
allá donde el estómago se origina, se enciende.*

MIGUEL HERNÁNDEZ

**Causa primera**

# 1

Hambre es mirar a otro ser humano como algo con que alimentarse. Quien la haya padecido no la olvidará jamás y hará lo que sea para no volver a sentirla. Sometido a las inclemencias de la vida, nada ampara al pobre del frío, de la lluvia, del abuso, de la ignorancia y de la injusticia. No puede darse el lujo de tener principios, solo puede tener un objetivo: sobrevivir. Carlos quisiera darse de martillazos para abrirse la cabeza y dejar de pensar en el abismo que se abrió en su vida arrojándolo a la indigencia. Solo una cosa sabe: ya no quiere ser pobre, está harto de la miseria. Quiere ser rico, porque los ricos no pasan hambre, frío ni calor; no hacen cola, sus empleados la hacen por ellos; meten a las mujeres más hermosas en su cama y, lo que es más importante, los ricos nunca van a la cárcel. Todos respetan a un tipo con mucho dinero.

Sale a la calle. Por todos lados ve riquezas: en las tiendas, en el camión de caudales que pasa, en las oficinas de los bancos, en el automóvil de lujo, en un reloj de oro, en la cámara del turista, en las mesas pletóricas de los restaurantes, en los escaparates de moda. Por todas partes billetes cambiando de manos. Lo que no ve es ninguna razón para no apropiarse de todo ello, solo debe encontrar la forma: la oportunidad no tardará en presentarse y él estará allí para aprovecharla.

Carlos y Moco beben Quilmes a la espera de Néstor, que ya lleva media hora de retraso. La máxima velocidad de los ventiladores no es suficiente para mitigar el calor acumulado durante todo el día en las paredes del bar La Esperanza. Un sol implacable retuerce la pintura vial en el asfalto de la calle



Oliden. Testimonio de ello son las suelas de los zapatos de Carlos, pegoteadas de una argamasa de brea negra, piedritas y mugre. Piensa con disgusto que tendrá que tirarlos. Los buenos zapatos siempre son caros. Maldice: *Justo ahora que ya los tenía domados*. El patrón suda tras una de las últimas barras de estaño de la ciudad. A gritos, Moco le pide otra vuelta de cerveza. Con pericia la sirve en jarras heladas que inclina para que contengan la cantidad justa de espuma. Se acerca a la mesa con las dos vasijas transpiradas de medio litro en una mano y el trapo en la otra. Lo pasa con energía tirando al suelo las cáscaras de maní.

*Puto calor, ¿eh?*

El patrón toma las jarras vacías.

*El verano es para los ricos, no para los piojosos como nosotros* —dice con un dejo de resignación, y con sus pies planos vuelve a su puesto tras la barra. Carlos piensa con amargura que tiene razón. El negocio de robo de neumáticos que está haciendo con Moco no está mal, pero nunca saldrán de pobres con ese asunto. Demasiado peligro para los pocos billetes que rinde. Si hay que arriesgarse tiene que ser por algo grande. Esto da dinero como si trabajara en una oficina, con la diferencia de que si lo descubren va a pasar un largo rato a la sombra. Estas ideas son las que lo trajeron hasta el barrio de Mataderos, al Esperanza.

*Che, Moco, este amigo tuyo, el Rumano, ¿vendrá o no?*

*Tranquilo, loco, va a venir.*

La doble puerta acristalada se abre con un gemido de resortes oxidados y Néstor hace su aparición. En tres zancadas está junto a ellos. Suda como un chivo. Deja un rastro de gotas de transpiración a su paso.

*Salud. ¿Qué hacés, Néstor? Este es Carlos.*

Néstor le estira una mano enrojecida y húmeda que Carlos no toma. *Sentate* —le ordena. El tipo obedece. Moco levanta la mano hacia el patrón. *Una más, jefe. Marcha* —responde. Carlos lo observa como si fuese un enterrador tomándole las medidas. *A ver, ¿cómo es la cosa?* Hacen una pausa para dar tiempo a que le sirvan la cerveza. Moco enciende un cigarrillo. Néstor se bebe la jarra entera de una vez, se seca la boca con la manga y señala a través de la ventana.

*¿Ven la casa esa de allí? ¿Cuál? La del jardincito con el rosal. Sí. Ahí vive un matrimonio con un pibe de unos diez años. El tipo guarda un montón de guita en la casa. Trabaja para Richetti. Una empresa que trafica metales preciosos. ¿Cómo lo sabés? Me lo dijo Pitito cuando estuvo conmigo en la Escuelita. ¿Y ese quién es? ¿No te acordás de aquel grandote de pelo enmarañado que la tenía así de chiquita? Ah, sí. ¿Y por qué no lo robó él? Ese era el plan que teníamos para cuando saliéramos. Pero ¿ese Pitito no es alcahuete de la policía? Era, lo limpiaron en el motín de los colchones. ¿Y vos le creíste? Sí, me dio los planos de la casa. Mirá —dice, y amaga desplegar un rollo de papel. Guardá eso —lo ataja Carlos con firmeza—, no hagas bandera. ¿Qué más? Yo creo que el domingo es el mejor día. Con este calor, a la hora de la siesta por acá no pasa ni el loro. Podemos entrar por esa ventana que está sobre el garaje, es la habitación del chico. ¿Ven el pilar de la luz? Hacemos pie allí y ya estamos adentro.*

Carlos se queda mirándolo muy serio con los ojos entrecerrados. Se pone de pie y le estira la mano con la palma abierta. *Dame los planos.* Néstor se los entrega. Carlos se va al baño. Moco ordena otra vuelta. Pocos minutos después, Carlos regresa. Toma su jarra y se la bebe sin sentarse.

*El domingo acá, a las tres, sin fierros* —dice secamente, gira y sale por la puerta.

El Rumano estuvo vigilando la casa desde temprano. Vio al hombre salir con el niño y regresar solo media hora después. Ningún otro movimiento. A las tres de la tarde, cuando el sol cae sin atenuantes en el barrio de Mataderos, llegan Carlos y Moco. Hablan brevemente y se ponen en acción. Moco, Carlos por delante y Néstor unos metros detrás, avanzan como cazadores. Todos los vecinos duermen la siesta, menos uno. Se detienen. El portón del garaje se abre. Encandilados, solo pueden ver la silueta del hombre que se ubica al volante del coche, avanza y lo deja cruzado en la vereda. Carlos oculta su cara detrás de sus cómplices para que el tipo no lo vea. Baja nuevamente, cierra la cochera, vuelve al auto, pone primera y sale. Pasa delante del trío lentamente, mirándolos. Como obedeciendo una orden tácita, esconden la cara y cruzan la calle para simular que van para otro lado. El tipo mira por el retrovisor la imagen del trío, temblorosa a causa del empedrado, hasta que desaparecen cuando gira por la esquina. Los tres siguen caminando. Se cercioran de que se ha ido y regresan sobre sus pasos.

*Mejor —dice el rumano—, la vieja está sola.*

Llegan a la casa. Rápidamente, Néstor cruza los dedos de sus manos para que Moco, que es el más liviano, haga pie allí, se suba al pilar y trepe al alero del garaje. De allí, dos pasos imprecisos por las tejas calientes y alcanza la ventana. No le cuesta nada abrirla. Ya está adentro. Carlos y Néstor trotan hasta la puerta de entrada. Unos segundos después, aparece la silueta de Moco en el vidrio esmerilado y les abre. Un *hall* breve y fresco que desmiente que sea verano. Silenciosos como ratones aparecen en la sala.

*¿Y la mujer? —pregunta Carlos mirando escaleras arriba. Salió o está durmiendo. Vayan a controlar, yo reviso acá —dice mientras le arranca el cable al teléfono.*

Moco toma la delantera y sube, el Rumano va detrás. El pasillo de arriba está mucho más caliente. Tres puertas, la del baño, abierta. Moco señala la que

está a la derecha para que Néstor la revise y él empuja suavemente la que el plano marca como principal. Reina una penumbra surcada por las líneas ardientes de luz que se filtran por las hendijas de las celosías. Un ventilador de pie giratorio lanza bocanadas de aire caliente. La mujer duerme desnuda. A Moco se le despierta el apetito. Néstor se asoma. Ella despierta, se incorpora, ve a Moco, suelta un chillido y salta de la cama.

*Tranquila* —le dice Moco, aproximándose. En cuanto se pone a su alcance, la mujer suelta un zarpazo que le cruza la cara con tres arañazos sangrientos. Moco responde con un puñetazo en el estómago que la sienta en la cama. La toma por el cabello y tira, obligándola a acostarse, y se arroja encima de ella. La aferra por las muñecas, ella logra liberar una mano, se prende de un mechón de pelo y jala con tal fuerza que se lo arranca. A Moco le retuerce el gesto un dolor que no le impide replicar con una trompada directa a la nariz que la deja atontada. Mientras ella se revuelve, Moco se pone de pie, se baja los pantalones, se acuesta sobre ella y se pone a manosearla. Néstor suelta una risa estúpida. La mujer intenta una débil defensa. Un nuevo golpe la deja inerme al borde del desmayo. Moco la penetra, ella gime apenas mientras el hombre se entrega a un bombeo frenético. En muy poco tiempo alcanza el clímax y se derrama dentro de ella.

*¡Hijo de puta!* —aúlla, y lanza sus manos de uñas quebradas directamente a los ojos de él. Le acierta en uno. Moco se levanta con una mano en la cara. Ella se sienta y lo mira con el rostro descompuesto por el miedo. Furioso, se sube y se ajusta los pantalones. Al hacerlo cae al piso la navaja de caza que siempre carga encima. Se agacha a recogerla, ella aprovecha la posición para patearlo en la cara. Moco abre el filo, la toma por el cuello, la voltea en la cama y la apuñala. La mujer suelta un vagido. Al retirar el arma comienza a manar la sangre por la herida y, un instante después, por la boca. Moco se levanta. Néstor ha observado la escena sin intervenir. Moco levanta la navaja nuevamente para rematarla. El Rumano lo detiene.

*Pará, Moco, ¿y yo?*

Moco mira a la mujer ahogándose.

*Dale, todavía respira.*

Repara en que en la mesa junto a la cama hay una medalla con la forma de un sol. La cadena también es de oro. Aprovecha que el Rumano no lo está mirando y se la mete en el bolsillo. Sale de la habitación. Le llama la atención el silencio. Debería escucharse a Carlos revisando los muebles. Nada. Baja las escaleras cuidando de no hacer ruido. Cuando llega al pie se encuentra con una escena inesperada. El dueño, de espaldas a Moco, acaba de regresar para sorprender a Carlos. Le está apuntando con una pistola. Los dos hombres se contemplan estupefactos. Moco no duda un instante. Se acerca sigilosamente por detrás, lo toma por la frente y le corta la garganta. Carlos, como despertando de un sueño, suelta un grito: ¡Nooo! El degüello le ha seccionado limpiamente las yugulares. El tipo suelta el arma, se lleva la mano al cuello y cae al piso. Tiene unos estertores, da un par de patadas y se queda inmóvil. Carlos no deja de mirarlo con los ojos como el dos de oros. Moco le sonrío. Una sirena policial cruza el cielo. Carlos salta por encima del cadáver y huye.

# **Transformación**

Las ramas de los plátanos azotan los cristales; el cielo es color gris ceguera; la lluvia, de agujas heladas; la noche, prematura. En su cama reposa Venancio Ismael Lascano, tanto nombre para un niño que ha pescado una gripe. Luego del té con galletas que le sirvió mamá, la fiebre empieza a escalar. El delirio febril puebla de imágenes el techo. Junto a su cama, un gato negro, de ojos eléctricos, escapa de la habitación saltando a través del ojo de la cerradura. En un rincón, una araña enorme y peluda ríe y teje su tela. En el centro, cerca de la lámpara, Bomba, el niño de la selva, trata de agarrar una liana para pasar al otro lado de un río de cocodrilos de fauces tremendas. Personas de esmoquin en la cubierta de un yate miran al cielo: *Está cayendo, está cayendo* —gimen desesperadas. Un biplano atraviesa la escena y se estrella en las aguas. Mamá entra con un gnomo: pelado, mínimo, enjuto y de ojos saltones: la fiebre también afecta al doctor Salas. Una sola mirada al niño le basta para diagnosticarlo: *Este chico está volando de fiebre*. Le coloca el termómetro debajo de la axila. Mientras la temperatura corporal calienta el hilo de mercurio, le ausculta el pecho, le revisa garganta, nariz y oídos con la ayuda de una pequeña linterna. Mamá, detrás de él, se restriega las manos. El médico le quita el termómetro, lo mira y se pone a escribir en su talonario. *Dele una cucharada de Benadryl cada seis horas; para la fiebre, aspirina. De todos modos ahora hay que bajársela. Métalo en la bañera con agua tibia y vaya enfriándola de a poco*. El médico se pone de pie y le entrega la receta: *Mañana pasaré a verlo. Mantenga la fiebre por debajo de los treinta y ocho grados. Cualquier otra cosa, me llama*. Mete sus instrumentos en el maletín, le pasa la mano deliciosamente fría por la frente. Mamá acompaña a Salas. Abajo la puerta se cierra. Pasos en la escalera. Los

grifos al abrirse, el agua corriendo. Regresa a la habitación, descorre las frazadas y lo desviste. Lo lleva de la mano hasta el baño. Las baldosas heladas. Lo ayuda a meterse en la bañera. No siente la temperatura del agua. Se sumerge hasta el cuello. Mamá le sonrío y cierra un poco la canilla de agua caliente. Ahora comienza a sentirla. Mamá está enojada. Roberto ya debería haber llegado, sabe que Veni está enfermo. *Nunca está cuando se lo necesita* —rabia. El agua continúa enfriándose, el cuerpo del niño también. Tiembla un poco. Lo ayuda a ponerse de pie. Cuando quiere secarlo, el chico hace un gesto de rechazo y se seca él mismo. Regresa a la cama. Mamá le da un pijama limpio, lo acuesta y le coloca el termómetro. Sale. Vuelve poco después con un vaso en el que disolvió la aspirina y una cucharada de azúcar. Se lo da. Le quita el termómetro y lo lee, treinta y siete.

*Tengo que ir a la farmacia a comprarte el remedio. ¿Te importa quedarte solo unos minutos? No, mamá, dame el libro* —contesta, y señala el ejemplar de tapas amarillas titulado *Bomba y el pantano de la muerte*.

Disgustada, mamá se pone el impermeable, toma el paraguas y sale a la calle. El viento pone a la lluvia casi horizontal, la farmacia está a trescientos metros, pero cien antes de llegar ya ve que está cerrada. Se acerca de todos modos para mirar la lista de las que están de turno. La más cercana, a un kilómetro. Maldice a Roberto que no está para ir en el coche y sigue andando. Cuarenta minutos más tarde regresa empapada y aterida, pero con el jarabe. Pasa por la cocina, toma una cuchara y sube. Entra a la habitación y le da la medicina a Veni. Es dulce, sabe a frambuesa, le gusta. Busca ropa seca, se mete en el baño y se envuelve la cabeza con una toalla. A Veni le entra como una especie de ensoñación, comienza a experimentar los efectos hipnóticos de la difenhidramina. El libro se le cae de las manos. La puerta del armario quedó abierta. En el espejo, mamá se desnuda en el baño. Es delgada y fibrosa. Sus tetas adolescentes, pequeñas y firmes, sus piernas largas. Una línea vertical de vello le pone un signo de admiración a su sexo discreto. Se siente observada, mira hacia la habitación y cierra la puerta. El niño no tarda en quedarse dormido. En algún momento de la noche oye las voces de sus



padres discutiendo.

Cuando despierta, por la mañana, papá ya se marchó. Mamá dice que los hombres son muy cagones con las enfermedades, pero que en el caso de papá, su temor ya es una patología. El clima no ha mejorado, se alegra de no tener que asistir a la escuela. La botellita de Benadryl brilla bajo la lámpara de noche, mamá ya le dio su dosis, pero le apetece otra cucharada de ese licor dulce. La oye trajinando en la cocina, toma la botella y se zampa un trago. Sale de la cama, va al baño, pis, vuelve a la habitación, se acuesta y se duerme nuevamente.

Después de la comida, la casa se contagia del sopor de la siesta. Veni ha recurrido varias veces al embriagante Benadryl. A esa hora llega Vincenzo. Veni se llama Venancio por aproximación a ese nombre italiano que un funcionario del Registro Civil no permitió anotar porque no figura en el santoral. El viejo, de rostro labrado y cabellos blancos, se sienta junto a él y le cuenta a su nieto historias de los lugares lejanos y exóticos que recorrió como capitán mercante o algún cuento de los hermanos Grimm. Con voz cansada, pero que no ha perdido un ápice de expresión, lo pasea por historias tremendas. Cuando mamá se entere lo reñirá: *Tus cuentos son demasiado crueles —dirá—, no son para niños. ¿Y cómo crees que aprenderá a vérselas con la vida, que es mucho más cruel?* El diálogo es siempre igual. Mamá le prohibirá que lo haga y él seguirá haciéndolo. A Veni le encantan estos relatos que le hacen olvidar las penurias de la escuela, les dan un rostro preciso a sus mediocres maestros, le enseñan a lidiar con la bruja en que se transforma su madre cuando se enoja, o con los sentimientos de desamparo que le producen las peleas de sus padres. El cóctel de cuentos y Benadryl mejora mucho el mundo.

### 3

El profe no confía en que estos aprendices, chicos que no han pasado hambre, sean capaces de sacar al peleador que todo hombre lleva dentro. Cree que una infancia mimada y protegida puede adormecer al guerrero interior hasta el punto de que ya nada pueda despertarlo. En la primera clase pone a los nuevos en el ring frente a un rival notoriamente superior. El profe, boxeador retirado, de nariz aplastada y hablar gangoso, lo llama «el tests», una prueba para determinar si son capaces de ponerse a la altura de un agresor que los supera. Quien falle no será admitido en su gimnasio. Sentado en las gradas junto a otros aspirantes, Carlos espera su turno. Un par de metros a su izquierda está Castilla, a quien deberá enfrentar. Boca apretada, tiene el pelo rubio y duro como el de un cardenal y cogote de toro, golpea un puño contra el otro con fuerza todo el tiempo. Es mucho más alto y más fuerte. Mira a papá sentado del otro lado del ring. Le sonrío y le hace un gesto como de golpear para darle ánimo. Arriba comienza el combate entre un morocho que camina por la lona con movimientos de simio y el nuevo, su contrincante, que tiene una guardia vacilante y blanda. No tarda en recibir el primer directo, pero tiene suerte, un poco desviado, patina por su mejilla sin hacerle daño. El nuevo responde, pero el otro lo esquiva con facilidad y, ahora sí, se le acaba la suerte. El siguiente golpe, derecho a la nariz, lo atonta y le hace brotar un chorro de sangre. Se mira los guantes y se le arruga la cara. El otro avanza con decisión y lo conecta limpiamente con un *uppercut*. El nuevo se pone a llorar, el profe se interpone, da por finalizada la pelea, le pasa la mano por la cabeza al vencido y levanta las cuerdas para que se baje de su ring para siempre. Los chicos en las gradas rechiflan, se burlan y le gritan apodosos femeninos hasta que el profe los calla con un ademán.

Le toca a Carlos, está muerto de miedo. Sube despacio al ring mientras que Castilla lo hace ágilmente en dos saltos, se coloca en el centro y se pone en guardia, ansioso por dar pelea. A Carlos los guantes le pesan una tonelada. El profe levanta el brazo que tenía tendido entre ellos, señal de que da comienzo al enfrentamiento. Castilla hace un ínfimo movimiento con la izquierda. Carlos intuye instantáneamente que intentará golpearlo con esa mano y se inclina hacia el lado contrario. Puede sentir en la mejilla el aire que desplaza la mano de su rival. Da un paso al costado instintivamente. El segundo golpe también queda en el aire. El rubio tiene un instante de sorpresa y vacilación. Carlos acaba de ver lo que un directo a la nariz puede hacer. Cierra los ojos y le suelta un zurdazo con todas sus fuerzas, Castilla retrocede trastabillando y comienza a sangrar. Da un salto hacia él y vuelve a golpearlo, otra vez con la izquierda, en la barbilla, y lo manda de culo al piso. Se siente lleno de rabia, quiere seguir pegándole, se le abalanza, pero dos manos como tenazas se lo impiden. Es el profe quien lo retiene.

*Muy bien, pibe. Ya está, podés bajar.*

Los chicos en la gradería lo observan en silencio, están casi tan sorprendidos como él de su veloz victoria. Papá lo mira orgulloso y levanta los puños; Castilla, desde el ring, con odio. Casi no le presta atención al desempeño del resto de los aspirantes. Está absorto, algo ha cambiado en él, no sabe bien qué es, pero le gusta, siente que adquirió un poder que antes no tenía. Regresan a casa cantando. Es un día de sol.

Los restantes miércoles y sábados por la mañana, Carlos los dedica a perfeccionar su uno dos, a caminar por el ring, a no volver nunca a pegar con los ojos cerrados. El profe está entusiasmado con él. Su habilidad para esquivar y contragolpear le vale el respeto de los otros chicos y la zurda es el temor de todos los aprendices a lo largo de los dieciocho meses en que Carlos asiste al gimnasio.

Termina el almuerzo, Elisa se apura con el fregado de platos para encender la tele y enfrascarse en los *Sábados Circulares*. A papá ese programa interminable le produce un aburrimiento mortal. *Carlitos, ¿querés practicar?* —Palabras mágicas para un muchacho de quince. Antes de que termine la frase está listo para salir, ansioso como un perrito que ha pasado el día encerrado. Elisa protesta, debe estudiar. *Ya habrá tiempo para eso* —argumenta papá—, *no es bueno estudiar con la panza llena. Cuando regresemos te pondrás con los libros, ¿verdad?* En pocos minutos están en el descampado que queda detrás de la Facultad de Derecho, el mentidero donde se reúnen los choferes de taxi a tomar mate, holgazanear y hacerse el cuento. A veces, a papá le daba por jugar pulseadas con ellos, ni siquiera tipos que lo doblaban en tamaño y músculos lograron vencerlo. Papá detiene el coche, pone el freno de mano, baja e invita a su hijo a hacerse cargo del volante. Nada en el mundo le gusta más que esa sensación de poder que le da ponerse al mando de los cuarenta y dos caballos del Nash Metropolitan, un auto que tiene algo de bote y algo de heladera. Pintado de verde pastel y blanco es un espécimen raro. Aunque la importación de coches está prohibida, papá lo pudo adquirir gracias a la dispensa que el Gobierno le da a un grupo de pitucas de clase alta para que subasten los coches de la exposición del automóvil en beneficio de los niños pobres de algún lugar. No hay otro coche igual en el país. A Carlos le han quedado solo dos asignaturas pendientes para los exámenes de fin de año que le tomarán en una semana: Historia a las diez, Geografía a las tres. Se sabe la mitad del programa de la primera y algo menos de la segunda, pero tiene aprendidos de memoria todos los títulos y subtítulos de los libros. Así, cuando el bolillero le asigne un capítulo, lo primero que dirá será: «Este capítulo trata de...», y recitará todos los títulos. Eso siempre impresiona a los profesores y le da a él material para improvisar. Si tiene la suerte de que le toque alguno de los que sabe, no sacará menos de nueve. Como sea, tiene plena fe en que aprobará las dos. Entonces vendrá lo que sus padres le prometieron: dos meses de vacaciones en Los Cocos con su madre. El padre se les unirá toda vez que su trabajo se lo permita.

Tres días más tarde cierra el libro de historia, abre el de geografía y se pone a estudiar el capítulo que trata de isobaras e isoyetas. A sus espaldas se abre la puerta de la calle. Elisa regresa de su visita al dentista. Lo sobresalta el portazo que da al cerrarla. Carlos se vuelve para ver a su madre avanzar hacia él con el rostro desencajado. En ese momento comprende la expresión «con los pelos de punta».

*¿Qué pasa, mamá? Tu padre, eso pasa. ¿Qué hay con él? Un momento* (—dice, deja la cartera sobre la mesa y se sienta frente a él. Tiene el rostro rojo y los labios apretados, su voz delata que está a punto de romper a llorar.) *¿Qué hay, mamá? Elisa toma aire y se compone un poco antes de hablar. Resulta que fui al dentista. Sí. Me bajé del ómnibus en una parada que está justo delante de un parking. Y ¿qué veo? ¿Qué? El coche de tu padre. ¿Y? — Elisa se pone de pie de un salto, indignada—. ¿Cómo «y»? ¿No sabés acaso que tu padre dijo que estaría en Rosario toda la semana? No me acordaba, ¿y entonces? Entonces entré y lo encaré al encargado, le pregunté si ese era el coche de tu padre... bueno, le dije el apellido... el hombre me contestó que sí y me preguntó si lo conocía. Le dije que era mi primo, pero que hacía mucho que no lo veía. ¿Vive por aquí?, le dije. Me contestó que en la otra cuadra. ¿Podría facilitarme la dirección?, me gustaría darle una sorpresa. Fui hasta allí. Un edificio de diez pisos. Subí directamente y toqué el timbre. —Elisa hace una pausa, toma aire y mira a su hijo a los ojos, con los suyos enrojecidos—. ¿Quién me atendió? ¿Quién? Tu padre. ¿Y? Pero no estaba solo. ¿Ah, no? No. ¿Con quién estaba? Tenía por la mano a un chico... no sé... de cinco o seis que lo llamaba papá. Tiene otra familia, ¿entendés?*

Elisa calla esperando la reacción de su hijo. Por la mente del adolescente desfilan una cantidad de escenas con su padre como protagonista. Las veces que desaparecía sin que se supiera nada de él, o llegaba a cualquier hora de la madrugada, y hasta cuando él se preparaba para ir al colegio; aquella otra ocasión cuando dijo haber ido a Uruguay, de donde le trajo un Impala a pilas, que luego vio que era industria argentina; las numerosas ocasiones en que

salía por la mañana vestido con un traje y por la noche regresaba con otro, las peleas y discusiones. De pronto todo cierra, todo se explica. Mira a su madre a los ojos y le dice con una sinceridad inapelable.

*Mamá, estaba cantado.*

Elisa le sostiene la mirada, Carlitos se da cuenta de que por la cabeza de ella están pasando las mismas imágenes u otras parecidas. Abruptamente ella toma conciencia de lo que siempre supo pero nunca quiso saber. El azar la coloca frente a la evidencia de que su marido de hace veinte años tiene doble vida. Ya no puede negarlo más. Y tampoco puede soportar la mirada de su hijo. Siente la enorme vergüenza de una mujer engañada, mayor aún porque ella fue cómplice en el engaño. Se pone de pie y se encierra en su habitación. Carlitos pasa la tarde oyendo su desconsuelo a través de la puerta. Finalmente cesa. Un rato más tarde emerge con los ojos arrasados y dos maletas en las que colocó la ropa de su marido. Se calza unos anteojos de sol y le dice: *Acompañame*. Toman un taxi y van hasta el segundo hogar de su padre. Al llegar, Elisa le pide a su hijo que la ayude con las valijas y al chofer que la aguarde un segundo. Pulsa el timbre que dice «Portería». Enseguida aparece un hombre. Elisa le pide que lleve las maletas al sexto A. Antes de que el tipo pueda decir nada, el billete que desliza en su mano lo convence de prestar el servicio. Regresan en silencio, ella con la actitud digna de quien ha hecho lo que corresponde. Pero ese gesto heroico les costará caro.

Carlitos fracasa en las dos materias. Papá desaparece. Elisa nunca se repone del golpe. Se hunde en una profunda depresión alcohólica. Es como si el alma la hubiera abandonado. Pierde su trabajo y sus amigos. La casa va deteriorándose, les cortan los servicios y, en poco menos de un año, les llega el desahucio. Van a parar a una pensión de mala muerte en el barrio de Constitución. Carlitos deja los estudios. Su principal ocupación consiste en ir a rescatar a su madre de los bares en los que cambia copas de licor barato por felaciones en los callejones del ferrocarril. El resto del tiempo lo pasa callejeando con otros chicos, principalmente con Moco, un chiquitín inquieto

que vive solo en una casa abandonada cerca del manicomio.

Roberto entra exultante a la casa con dos docenas de rosas rojas. Mamá mira el ramo con un dejo de desprecio. No lo toma.

*¿Qué habrás hecho esta vez!*

Roberto no se amilana. La abraza y la besa. Ella intenta alejarlo, pero él la abraza con más fuerza.

*¿Qué hice?... Gané un montón de guita con un negocio ¿Qué negocio? Esmeraldas, se las compré a unos colombianos y se las vendí a unos japoneses por el doble. ¡Somos ricos!*

Mamá consigue librarse del abrazo.

*No somos ricos, somos pobres que han tenido otro golpe de suerte. Ponelas en un jarrón* —dice mamá, gira y se vuelve a la cocina. Está muy cansada de los altibajos de la economía de Roberto, de los caprichos de sus negocios. Se enamoró de él, entre otras cosas, por la seguridad que transmitía, por su optimismo permanente. Había tenido una infancia abundante, con más de lo que necesitaba, y, a pesar de que alguna de las recurrentes crisis económicas de Argentina había fundido a su padre, Roberto siempre tiene la sensación de que es rico, de que el dinero llegará. Algunas veces llega, otras no. Ella proviene de una familia de judíos italianos que, huyendo del hambre, llegaron por 1890 en el último viaje del piróscafo Matteo Bruzzo. Tuvieron que aguantar cuarenta días en puerto a causa de una epidemia de cólera que ya se



había manifestado en Liguria, pero que el capitán decidió ignorar para no perder el viaje. Varios pasajeros fueron sepultados en el mar durante la travesía. Los que bajaron por sus propios medios en el puerto de Buenos Aires estaban demacrados y maltrechos. Quienes los vieron llegar acuñaron una frase que luego se aplicaría a todo aquel que llegara en malas condiciones a cualquier parte: «¡Qué gente trajo el barco!». Por eso Vincenzo, su padre, siempre había buscado la seguridad, el ahorro. En su casa no se tiraba absolutamente nada. Las cáscaras de las naranjas se usaban para perfumar los ambientes, los piolines de los salames se guardaban enrollados en el fondo del cajón de los cubiertos, las habitaciones siempre estaban en penumbras por el uso de bombillas de baja luminosidad. Le había gustado Roberto, siempre espléndido, siempre despilfarrando, siempre con esa visión pletórica del futuro. Aquello había sido un oasis después de las estrecheces que había pasado durante su infancia y juventud. Pero está visto que aquello que atrae de un amante muchas veces termina por convertirse en lo que más se detesta de él. Con su padre, siempre la previsión; con Roberto, siempre la incertidumbre.

*¿Cómo te vendrían unas vacaciones en Mar del Plata, mi amor?*

El cucharón que revuelve el *risotto* queda un instante en suspenso. Mamá heredó de Vincenzo la nostalgia del mar, sonrío y continúa echando caldo y revolviendo el arroz.

*¿Cuándo nos iríamos? Mañana a primera hora. ¿Tan pronto? No hay tiempo que perder. ¿Estamos huyendo de la policía?* —bromea mamá. *No, del calor* —responde Roberto con tono seductor.

En la sala, sin esperar respuesta, Roberto se vuelve a Veni: *También hay algo para vos* —le dice con una sonrisa, y saca una gran caja. Es un tren eléctrico. Roberto arrincona la mesa contra la pared para hacer espacio. Pasan el resto de la mañana armándolo en la sala, bajo las protestas de mamá. Después del almuerzo, Roberto le coloca a Veni una gorra a rayas con visera y lo nombra

maquinista jefe. Se queda unos instantes viéndolo maniobrar con el tren en miniatura, toma a mamá de la mano, suben y se encierran en su dormitorio.

Al día siguiente, Roberto y Veni pescan desde los bloques de cemento de la escollera sur mientras mamá dormita al sol llenándose los pulmones con la brisa marina. Abajo, en las carpas rayadas del Ocean, a salvo de los vientos atlánticos, los hombres mayores juegan al truco, las mujeres a la canasta o al *bridge*, mientras los jóvenes corretean por la playa, se zambullen entre las olas, empujándose, riendo.

Al bajar el sol, regresan caminando por la escollera y bajan a los bares que bordean los balnearios de Playa Grande. Roberto propone un vermut en La Princesa. Cinzano, papas y pescaditos fritos, aceitunas y una Coca-Cola para Veni completan la fiesta. Lo poco que pescaron lo devolvieron al mar. Mamá no comprende esas ganas de andar molestando a los peces, hiriéndolos con sus anzuelos para después regresarlos al agua. Roberto se va al baño. Mamá, con los ojos cerrados, continúa disfrutando del sol, ahora oblicuo y declinando por la subida al Bulevar Marítimo. Veni, enfrascado en las aventuras de Pepe Sánchez, el espía de historieta, en el anuario de *El Tony* que acaban de comprarle. Un grito lo sobresalta, mamá da un brinco, Veni se vuelve. Es su padre que, regresando del baño, sorprende a un miserable tratando de robar el bolso de mamá. Da un salto y lo toma por la muñeca. Es un hombre muy flaco, frágil. El bar entero se detiene a contemplar la escena. Roberto le arranca la cartera. El ladrón pretende soltarse, Roberto lo golpea con el puño, el hombre se tambalea. Entonces sí lo suelta y adopta pose de boxeador. Aunque ya está vencido, lo trompea una y otra vez, haciendo ostentación de su estilo y de su fuerza. El pobre tipo trata de atajarse, pero no consigue esquivar ninguno de los golpes de Roberto. Hasta que por fin cae de rodillas con el rostro y el pecho cubiertos de sangre. Alrededor se forma un corrillo de curiosos. A ninguno se le ocurre intervenir. Roberto, con las piernas muy abiertas y las manos aún en puño, mira al derrotado.

*Andate antes de que llame a la policía.*

El ratero se incorpora, le da la espalda y recibe la patada en el culo que lo impulsa a trotar para alejarse de la escena. Mamá se levanta evidentemente disgustada, le estira la mano a Veni y emprenden la marcha sin volver la vista atrás. El mozo se acerca. Roberto mete la mano en el bolsillo.

*Deje, señor, la casa invita. Los ladrones son una plaga acá.*

Mamá acelera el paso como si quisiera evitar que Roberto los alcance, pero él ya está ahí, intenta tomarle el brazo pero ella se lo sacude con gesto airado.

*Esa exhibición no era necesaria —le dice con toda la dureza de que es capaz. Te estaba robando, ¿qué querías que hiciera? Con espantarlo era suficiente, no tenías por qué pegarle. ¿Ahora defendés al ladrón? Yo no defiendo a nadie, era un pobre desgraciado que apenas se podía tener en pie. Se ve que nunca pasaste hambre.*

Siguen caminando en silencio, Roberto tres pasos atrás, enfurruñado. Veni mirando al piso. De pronto siente que la revista que lleva en la otra mano le molesta. «Cuando sea grande nunca haré algo así», piensa, pero no lo dice.

Un mes más tarde regresan a Buenos Aires. Casa nueva. A Veni le gusta, se parece más a la casa en la que vivían en Hurlingham.

Elisa siente que la mierda que le dieron unos ecuatorianos le está rompiendo algo dentro del pecho. Regresa a la pensión dando tumbos, tomándose de las paredes para no caer, se derrumba al entrar en su habitación, recorre arrastrándose los dos metros que le restan para llegar a su cama.

El ruido ha despertado a Abdel, el dueño de la pensión. Malhumorado, busca a tientas algo que ponerse.

Elisa respira trabajosamente, crece dentro de ella una náusea incontenible, no puede respirar, tiene la necesidad de levantarse, pero no puede hacerlo. Le parece que el corazón va a reventarle el pecho, su respiración es corta y veloz, pero pronto disminuye, le entra una profunda somnolencia, se abandona, deja de respirar y, en menos de tres minutos, está muerta.

Avanzando por el pasillo, Abdel ve la puerta entreabierta del cuarto doce. Se acerca y la empuja suavemente. Elisa yace con medio cuerpo sobre la cama y la otra mitad en el suelo. No necesita más para darse cuenta de que su pensionista está muerta. Mira a izquierda y derecha, cierra la puerta, regresa a su habitación y llama a la policía.

Es de madrugada, Carlos y Moco dan vueltas por la estación de tren, que va quedando vacía. Notan que el exhibidor del local de alfajores Havanna no ha quedado bien cerrado, se miran, se acercan. Desde la mañana no han comido nada. Moco mete la mano por el hueco que ha quedado entre el mostrador y

la pared. Toca algo cilíndrico: *Acá hay algo* —dice acostado en el suelo. Carlos mira en toda dirección. Nadie. *¿Qué es? Una escoba, creo* —responde Moco y la saca—. *Campaneá si viene alguien* —le ordena, y comienza a hacer palanca para desplazar el exhibidor a fin de abrir la puerta y echarle mano a las cajas de alfajores. La estación sigue desierta, desde la otra punta llega el sonido de un balde metálico y, muy apagado, el de alguien que trapea el suelo. El estómago anticipa con un gorgorito el momento de hincarles el diente a las pequeñas tortas de chocolate y azúcar. El mango de la escoba se quiebra con un estampido que huye rebotando por las arcadas y bóvedas de la estación desierta. Los dos muchachos se paralizan y aguzan el oído como conejos asustados. No hay señales de alarma. *Dale* —estimula Carlos. Moco estira el brazo, llega hasta la puerta, consigue abrirla y sacar dos cajas de alfajores. Ahora sí, suenan pasos acercándose. Carlos toma las cajas y sale corriendo. Moco se levanta y lo sigue. Alguien les grita a sus espaldas, les dan más energía a sus piernas. La carrera termina en la otra punta de la plaza, junto a las rejas de la iglesia. Con los corazones desbocados y las panzas ansiosas, rasgan los envoltorios y las cartulinas amarillas. Cada uno saca un alfajor envuelto en papel metálico. Al desenvolverlo, la sorpresa: no contienen dulces, sino unos discos de madera. *¡La reputa que lo parió!* —exclama Moco—, *tanto laburo para esta mierda*. Suben a la pasarela de la autopista y dedican unos minutos a arrojarles los discos a los coches que circulan. Las risas pasan rápido, saben que se irán a dormir con hambre. La ciudad no les ha entregado nada. Carlos se siente agotado. *Me voy a apoliyar* —anuncia. *No, loco, quedate un poco más* —ruega Moco. Él no tiene una habitación con madre adonde ir. La última vez que la suya lo echó de la casa lo hizo con la policía, para asegurarse de que no volviera.

Cuando Carlos llega a la pensión, la ambulancia y la policía ya están allí, Abdel habla con un uniformado, lo ve y se lo señala. El policía lo llama. Carlos huye por instinto. Merodea por los alrededores hasta que los patrulleros y la ambulancia se han ido. Entonces va hasta la pensión. Abdel barre el pasillo junto a la puerta de su habitación.

*¿Qué pasó? Tu vieja se murió. Le dio un síncope. Ya se la llevaron.*

Carlos tiene un momento de estupor. Levanta la vista y ve que la policía ha precintado la puerta. Señalándola, le pregunta si puede entrar.

*No, pibe, hasta que la cana lo diga, no podés. ¿Y mis cosas? Por ahora se quedan allí. ¿Por qué rajaste?*

Carlos no contesta. Muchas veces pensó que su madre haría bien en morirse, pero nunca se imaginó que le caería encima esta aplastante sensación de desamparo. Abdel lo mira con algo de pena.

*Turco, ¿me das otra habitación? No tengo, pibe, están todas ocupadas. ¿Qué hago ahora?*

Abdel es un hombre que no se distingue por su generosidad, pero este chico le debe de recordar algo de su propia infancia miserable en Ankara. Mete la mano en el bolsillo, saca dos billetes de cien y se los entrega.

*Tomá, pibe. Arreglate con esto por ahora.*

Carlos se mete los dos billetes en el bolsillo sin dar las gracias, se vuelve y sale a la calle. La temperatura ha descendido. Camina pensativo junto al muro que bordea el neuropsiquiátrico hasta el refugio de Moco. Trepas por una ventana y lo llama.

*Moco, ¿dónde estás?*

Sombra entre las sombras, Moco se incorpora del colchón mugriento donde duerme.

*¿Qué hacés, loco?*

Carlos sonríe y le muestra los billetes.

*Tengo gaita, mir . Vamos a los carritos a comer.*

El dinero les dura menos que un pedo en una canasta. Se asocian con otros chicos de la calle para ratear, consumir pegamento, robar para comer o mendigar en el subterráneo. Una tarde ociosa, con Moco, fabrican una pistola casera con un caño de luz, un cerrojo y un resorte industrial, ceñido todo con alambre. Insumos que habían recuperado del patio del ferrocarril donde se tira el material de desecho. Así pertrechados deciden asaltar un kiosco. El dueño es un polaco bruto y grandote, mira el arma con desprecio, sale de atrás del mostrador y carga contra ellos como un rinoceronte. Con una sonora bofetada pone en fuga a Moco. Carlos tira del cerrojo para tensar el resorte y lo suelta, pero la única bala que carga ese artefacto no detona. El polaco se la hace volar de un manotazo. Carlos se pone en posición de box y le suelta el uno dos que lo hizo famoso en el gimnasio. Los dos golpes impactan en la cara del polaco, pero el tipo ni se inmuta. Lo alza por un brazo como si fuera un pájaro. Lo tira contra la pared del fondo, lo trompea y lo pateo a gusto hasta dejarlo hecho un ovillo. Toma el teléfono y llama a la policía. Se sienta y se escarba las uñas con un palillo mientras espera a que llegue.

## 6

Nadie sabe cuándo fue que comenzaron a llamar Tumba a los reformatorios para menores, pero todos saben por qué. Ingresar en uno de ellos significa ser enterrado en el subsuelo del crimen y de la depravación y, como de la tumba, casi nadie logra salir. El camión que transporta a los presos deposita a Carlos en el Instituto Agote con otros dos chicos. Uno tendrá su edad, el otro, más joven, está pálido de miedo. En el patio húmedo y frío, donde esperan de pie desde hace cuarenta minutos, confluyen las voces que provienen de las aberturas en las paredes que lo circundan, pero no ven a nadie. Ferruccio, el jefe de los «maestros», se coloca frente a ellos y les ordena desvestirse. Otros dos, una mujer y un hombre, flanquean al pálido. La Burra, así le dicen, lleva guantes de goma. Cuando ha terminado de desvestirse, el varón lo toma por el cuello para obligarlo a inclinarse dándole la espalda a la maestra. El chico resiste, el tipo lo dobla con un golpe al estómago. Boqueando todavía, la mujer le hace un tacto rectal. Luego le toca el turno a Carlos. Cierra los ojos con fuerza y aguanta. Lo revisa también y repite el tratamiento con el tercero. En cuanto terminan, se retiran sin mirar atrás. Carlos recoge su ropa velozmente. Desde las aberturas aparecen media docena de chicos presos y se acercan a ellos, lentamente, como lobos de cacería. Sin perder un instante, Carlos se pone los pantalones, retrocede hasta la medianera y coloca detrás de él la ropa que no tuvo tiempo de ponerse. Los chicos se acercan a los otros dos amenazantes. Un par vienen hacia Carlos. Él adelanta el pie derecho en punta hacia ellos, cruza el izquierdo atrás y alza la guardia, los ojos bien abiertos. Amaga con la derecha y noquea al primero con la izquierda. El golpe es tan claro, rotundo y final, que el otro desiste, gira y se reúne con los demás, pero ya les saquearon todo a los recién llegados. Se retira sin nada.



Los vidrios, a tres metros de altura, están quebrados, en sus dientes filosos silba una brisa antártica. De las regaderas cae un miserable hilo de agua alternativamente hirviente o helada. La Burra irrumpe blandiendo una manguera de bomberos y completa la higiene lanzándoles chorros a alta presión. Los chicos tienen que aferrarse a los caños desnudos para evitar que los manguerazos los volteen. Cuando los corta, Ferruccio entra riendo y arroja una pila de ropa al suelo. Carlos no pierde un instante, corre para tomar la que ha quedado arriba. Uno pretende disputarle esas prendas, las únicas que están secas. Carlos lo agarra por el cuello y aprieta. Siente dos palmadas en la espalda. Es Ferruccio. Lo suelta.

*Vamos a ver si sos tan malo esta noche cuando te rompan el culito.*

El pibe pálido y Carlos son alojados en un cuadro donde ya habían encerrado a otros tres, también recién llegados. Las palabras que le susurró Ferruccio lo ponen alerta. Pasa revista a los cuatro chicos, están muertos de miedo. Se acerca a la cama que está más lejos de la puerta, contra la pared del fondo. Un pelirrojo pecoso está sentado en ella, pero decide que será la suya.

*Levantate.*

El chico vacila. Lo toma por las solapas, lo saca y se queda esperando la reacción, la izquierda lista, la mirada clavada donde le va a pegar apenas se mueva. La cama es suya; al sentarse suelta un quejido metálico. Se pone de pie. Levanta el colchón mugroso. Lo que pensó, los elásticos son de chapa. No tiene que forcejear mucho para sacar uno. Les ordena a los otros pibes que hagan lo mismo, que los afilen contra la pared y les hagan un mango de trapo con jirones de lo que tengan a mano. Obedecen sin chistar. Con las armas ocultas bajo las almohadas esperan a que caiga la noche con la vista fija en la entrada. Cuando se hace bien oscuro, oyen que Ferruccio abre la puerta para dejar entrar al cuadro a diez de los pibes más grandes, que vienen a darse el festín con los nuevos. Carlos se alza de un salto blandiendo la

espada. Los invasores los habrían atacado si los veían fáciles, pero más que eso fueron a calibrarlos, a ver si eran pajaritos o pesados.

Hasta ese momento, Milonga era el capo del reformatorio y quien había capitaneado la invasión frustrada. A Carlos le llega la noticia de que le están preparando una emboscada. La ocasión se le presenta en las duchas, Milonga está solo. Lo ataca. Le da tantos golpes que a su madre le cuesta reconocerlo la vez siguiente que va a visitarlo. No vuelve a intentar nada. Se mantiene desde entonces a una distancia respetuosa y resentida.

En poco tiempo, Carlos se convierte en el «poronga» del reformatorio. Aguanta varias palizas de los maestros, y suministra otras a quienes osan desafiarlo. Pronto los más pesados se van poniendo de su lado, eso le granjea cierto respeto por parte de Ferruccio y sus celadores. No querrán vérselas con él y sus compinches si se arma un motín y toleran sus incursiones en la enfermería en busca de drogas. Carlos es un preso pobre. No tiene nadie afuera que le envíe dinero, comida o contrabando. Impone un sistema de pagos a cambio de protección. Los chicos con causa asistencial son las víctimas propicias. Quien no paga deberá vérselas con los secuaces de Carlos. Todos pagan. A veces incluso le hace pagar a Milonga, para humillarlo y minar su autoridad. No pocos lo abandonan para sumarse a las filas de Carlos. Los días peores son los de visita. Lo pasa muy mal, fumando enfurecido en su cuadro. Aunque normalmente esos días son los que más rinden en dinero, cigarrillos y comidas que les saca a sus protegidos, no es infrecuente que, esa misma noche, golpee a alguien sin motivo alguno. El Agote es su verdadera escuela, en ella aprende todo lo necesario para hacer carrera en el crimen. Carlos pasa todos los exámenes sin dificultad. Pero aquel edificio sórdido y olvidado todavía tiene una lección más para él.

Cumple la mayoría de edad y el juez de la causa ordena su libertad. De regreso del juzgado, Ferruccio lo escolta hasta el cuadro para que busque sus cosas. Lo observa desde la puerta muy serio despidiéndose de sus compinches. Sale y cierra detrás de él. Caminan por el pasillo, a su derecha

hay un calabozo con la puerta abierta. Carlos se pone alerta. Sin darle tiempo a reaccionar, Ferruccio le da un formidable empujón que lo manda trastabillando al interior. Milonga lo está esperando y lo recibe con un puñetazo. La puerta se cierra de un golpe. Otras manos lo aferran y lo voltean en el piso. Lo golpean en la espalda y en la nuca. Entre cuatro o cinco lo sostienen. Cuando se da cuenta de que le están quitando los pantalones se sacude y ruga como una fiera, en vano. No puede con todos ellos. Le abren las piernas. Milonga se monta encima y lo penetra. Por más que grita y maldice, no lo suelta hasta que lo llena de semen. En el momento que se retira, le patean la cabeza dejándolo grogui. Los oye salir, pasa un rato tirado en el suelo tratando de reponerse, le cuesta, pero finalmente lo consigue. Se seca como puede, se pone el pantalón y se levanta. La puerta del calabozo está entreabierta. Cuando sale, lo está esperando en el pasillo un Ferruccio sonriente con dos celadores fieros y armados con porras. Lo sueltan en la calle. Es una mañana de sol. La primavera canta por las ramas de los plátanos de la calle Charcas. Un clima benévolo que llama al optimismo. Carlos odia al mundo.

Domingo. Mamá y Vincenzo miran a través de la puerta-ventana a Veni. Sentado en el piso del patio bajo la parra, juega muy concentrado con un cochecito de madera. El abuelo lo hizo con sus propias manos en el taller de carpintería.

*¿No te parece que Veni es demasiado serio para su edad?* —dice Vincenzo de la nada.

Sin responder, mamá va hasta la gran mesa de la cocina donde el bollo de masa aguarda a ser aplastado y estirado con el *matterello*.

*Voy a buscar los tomates para la salsa* —anuncia Vincenzo poniéndose el sombrero de paja que usa cada vez, y únicamente, cuando trabaja en el huerto que cultiva en el fondo del terreno.

*Las flores no se comen* —le respondió a Roberto cuando le sugirió que cultivara allí un jardín, como todos sus vecinos. Mamá suele decir que todo eso del complejo de Edipo es una patraña de los loqueros para sacarles el dinero a sus pacientes. No hay dos personas en el mundo más disímiles que su marido y su padre. Levanta la vista de la masa y lo ve eligiendo con todo cuidado los tomates más maduros. Con mudo reproche, Vincenzo solía observar que Nicolina, su mujer, trataba al yerno como si fuera un sultán. Cuando ella murió, Roberto dejó de participar en los almuerzos del domingo. Supone, no sin fundamento, que a su yerno solo lo complace la gente que lo halaga. Es incapaz de disfrutar con las peculiaridades y los defectos de

carácter de los miembros de la familia. En el fondo es un solitario con una insaciable necesidad de atención. Por eso siempre se rodea de cortesanos y adulones. Hipócritas e interesados que mamá no tolera. Hunde el palo con energía en la masa y comienza a estirla. Tiembla la tabla de madera donde reposan dos buenas cebollas, cuatro dientes de ajo y la salchicha. Se agita el perol grande que contiene la masa de espinaca picada y seso molido que rellenará los *ravioli*. Vincenzo regresa con media docena de tomates rojos en su punto. No hace calor, pero transpira copiosamente. Tiene el rostro encendido y los ojos muy brillantes. Deposita la canastita en la mesa y, más que sentarse, se derrumba en la silla. Mamá percibe que algo le pasa. Vincenzo se lleva la mano a la cabeza, abre la boca como para decir algo pero no logra articular palabra. Intenta ponerse de pie, pero le falla la coordinación, pierde el equilibrio, se aferra a la mesa y cae arrastrándola consigo. Mamá se acerca y se inclina sobre él. Respira con mucha dificultad. Lo cachetea para hacerlo reaccionar, sin lograr siquiera que abra los ojos. Un hilo de baba cae de su boca. Corre hasta el teléfono.

*Comuníqueme con la asistencia pública... ¡es urgente!* —dice mamá a la operadora. En cuanto termina de explicar la situación y darle la dirección de la casa, corta el teléfono para darse cuenta de que Veni está en la cocina, con la boca abierta, mirando a su abuelo caído, que respira trabajosamente con la boca abierta y está cubierto de harina. Se quita el delantal, toma a su hijo de la mano y lo saca. A dos portales de distancia está la casa de Pelusa, la amiga de la infancia. Mamá llama con insistencia hasta que la mujer, extrañada, aparece en la puerta.

*Pelusa, necesito que cuides a Veni un rato, papá se descompuso. ¿Mal? Me parece que sí. No hay problema.* —Mamá se pone en cuclillas—: *Veni, mamá va a llevar al abuelo al hospital para que lo curen, ¿está bien? Sí, ¿qué le pasa? No lo sé, se puso enfermo. ¿Se pondrá bien? Sí, Veni, se va a recuperar. Ahora te vas a quedar en casa de Pelusa hasta que yo vuelva, ¿de acuerdo? Sí.* Mamá se levanta. *Gracias, Pelusa, te llamo desde el hospital cuando sepa algo. Sí, hacé lo que tengas que hacer, yo me ocupo de Veni.*

*Gracias. Nada.*

Mamá besa a Veni en la frente: *Pronto regresaré*. Se vuelve y sale corriendo para la casa de su padre. La voz de Pelusa la alcanza: *¿Ya comió? No* —responde sin disminuir el paso, y desaparece. Pelusa toma a Veni de la mano, entran a la casa y cierra la puerta.

La ambulancia se demora más de dos horas en llegar, media en ir hasta urgencias del Fernández y allí media hora más hasta que lo atienden. La sala parece de un hospital de guerra. Una tras otra llegan las víctimas de accidentes de tránsito, apuñalados, baleados, accidentados, borrachos en coma etílico y toda clase de gente enferma y arruinada. Pasa toda la tarde sentada en un banco rígido. Decide llamar a Alberto, su hermano para comunicarle las noticias pero el teléfono público del hospital no funciona. No se atreve a buscar otro fuera del edificio por temor a que vengan a darle noticias y no la encuentren. Ya es de noche cuando aparece un médico.

La casa abandonada cerca del manicomio no existe más, en su lugar se alza un edificio de veinte pisos. El frente es un damero de miserables ventanucas. Carlos se había acostumbrado a la vida en la Tumba. Allí era alguien, tenía poder y gente que lo servía. Ahora es un culo roto más, un huérfano sin industria ni dinero que huele a calabozo. Considera seriamente cometer algún delito que lo lleve de nuevo adentro, pero como ahora lo mandarían a una cárcel para adultos, desecha la idea. Vagabundea por la ciudad. En las inmediaciones del Banco Municipal, les arrebató la cartera a un par de jubiladas que acaban de cobrar su pensión. Con lo obtenido, se compra en la Suaya pares de pantalones negros, de camisas blancas, de calcetines y de calzones. De un puesto en la estación se lleva un especial de milanesa y una Coca-Cola de litro. Al caer la tarde llega a la pensión de Abdel, lo más parecido a un hogar que tiene. El turco le habilita una pieza húmeda en el sótano y le comenta que hace tiempo Moco vino a buscarlo y le dejó una dirección, pero no sabe dónde la puso. Tratará de encontrarla.

Se ducha con rabia durante una hora en el baño común de la pensión. Se seca con una toalla ajena que encuentra colgada en el radiador. Desnudo, en el cuartucho, se come el especial de milanesa que se agenció en la estación y se bebe el litro entero de Coca-Cola, mientras oye en la habitación contigua a una ruidosa pareja cogiendo. Le duele todo el cuerpo. No quiere dormirse, tiene miedo de que si cierra los ojos ya no los volverá a abrir. El dinero robado ya se evaporó. En cuanto amanece, salta de la cama, se viste con su ropa nueva, sale y golpea la puerta de Abdel. Lo atiende sacándose las lagañas de los ojos.

*¿La encontraste?*

El turco no acaba de despertar.

*¿Qué cosa? La dirección de Moco, ¿qué va a ser? Ah, sí, esperá un momento* —responde, y se sumerge en las sombras de su pieza dejando la puerta abierta. Carlos aprovecha para controlar si tiene algo de valor. Entre pilas de revistas, cajas y botellas vacías y toda clase de desperdicios, hay un cofre sobre una pequeña mesa que le llama la atención. El hombre regresa con un papel cuadriculado en la mano donde hay garabateada una dirección. *Acá la tenés* —dice, se queda mirando a Carlos hasta que termina de leer, gira y se va. *De nada* —gruñe, y cierra de un portazo.

La dirección de Moco es más bien un planito mal dibujado y peor escrito. Lo lleva por el camino de la Ribera del pestilente Riachuelo. Un cuadrado con la leyenda «El Pozo» indica la proximidad, al costado la palabra «Siam» y una flecha que apunta a la derecha, hacia otro cuadrado con una equis. Carlos levanta la vista, adelante hay una especie de pileta de cemento llena de agua podrida. Un poco más allá, un cartel desvaído por la intemperie pero donde aún puede leerse la marca y, a la derecha, unas construcciones abandonadas frente a una playa donde se oxidan unos cuantos chasis de trenes que alguna vez fueron negros, verdes y anaranjados. Pasando un grupo de coches abandonados, ve una cortina metálica junto a la cual está aparcada una Estanciera amarilla. Se acerca. Oye ruidos adentro. Golpea la cortina con el puño. Los ruidos cesan inmediatamente. Unos instantes más tarde una voz suena a sus espaldas.

*¿Qué quiere?*

Carlos se vuelve. Moco, en camiseta, tizado, con unos pantalones que dan pena y una treinta y dos en la derecha lo mira medio parapetado en un ángulo de la construcción.



*¿Carlos? Sí, hermano.*

Se calza el revólver en el cinturón, va a su encuentro y lo abraza.

*¿Cuándo te soltaron? Ayer. Puta casualidad. Estaba preparando todo para volar de aquí.*

Moco mira hacia todos lados.

*Pero vení, no nos quedemos acá.*

Toma a Carlos por el brazo y lo conduce alrededor del edificio hasta una puerta que los obliga a encogerse para atravesarla. Adentro hay estanterías metálicas cayéndose a pedazos, muebles apolillados y algunas herramientas de las que se usan para reparar las ruedas de los coches. A un costado se apila una veintena de neumáticos.

*¿Y esto? Mi negocio, loco. ¿Tu negocio? Sí, ruedas de coches. Todas choreadas. Lo más fácil del mundo. ¿Querés prenderte? Depende, ¿qué hay para mí? ¿Sabés manejar? Claro. Te explico cómo es la cosa. Salimos por la noche. Barrio Norte, Palermo, los cajetillas siempre tienen gomas nuevas. Ahora la rueda de auxilio no se guarda más en el baúl. La meten como en una bandejita por abajo. Para sacarla hay un gancho que se abre desde adentro, pero si le metés un destornillador y hacés palanca, salta sola y la rueda cae directo en tus manos. Tengo dos tipos en La Matanza que las pagan bien si están en buen estado. En una noche podés hacer quince o veinte. Con lo que hice en el último mes me compré la Estanciera que está en la puerta. ¿Te anotás? ¿Qué hay para mí? ¿Cuánto querés? La mitad. Pará, loco, yo pongo todo, el coche, las herramientas y los reducidos. Sí, pero me debés los tres pirulos que me comí adentro. ¿Yo te los debo? Si te hubieras quedado, entre los dos lo cagábamos a patadas al polaco hijo de puta. Pero rajaste y yo no te canté...*

La lógica del choreo se impone. Tres años en la vida de un hombre no se discuten, si Moco hubiera estado adentro, no tendría este negocio que armó. Para ellos es justo que se reparta, sobre todo teniendo en cuenta que si no lo hiciera, Carlos podría pensar en otro tipo de justicia y tendría que andar cuidándose las espaldas para siempre. Mejor todos contentos, como dicen los chinos.

Alrededor de las doce salen en la Estanciera. Cruzar la ciudad les lleva su buena media hora. Entran por Rodríguez Peña, pasan frente al Palacio Pizzurno y giran por Paraguay hasta la entrada del estacionamiento. Moco al volante, hace luces. El sereno sale de la garita, se aproxima al coche y señala a Carlos.

*¿Y este quién es? Mi primo. Me dijiste que vendrías solo. Pero vine con mi primo. ¿Nos vas a abrir o no?*

El tono es amenazante. El sereno comienza a arrepentirse de haber entrado en negocios con Moco.

*Está bien, pero no saques más de tres. Me habías dicho seis. Sí, pero andan patrullando. Agarrá tres y mañana otras tres. Ahí se acaba, ¿entendido? Está bien, abrí de una puta vez.*

El sereno levanta la barrera y Moco ingresa al patio. Va muy despacio mirando la cola de los coches estacionados. Se detiene. Saca la treinta y dos de la cintura y la mete en la guantera.

*A laburar* —dice, y baja. Carlos lo sigue. Se acuclillan detrás del coche, Moco enciende una linternita y apunta al mecanismo que sujeta la rueda de auxilio.

*La prendo para mostrarte cómo es, pero se hace sin luz. Fijate, se mete el destornillador acá. Tirás así y, ¿ves?, cae en tus manos.*

Moco levanta la rueda y la hace rodar hasta la parte trasera de la Estanciera. Carlos abre el portón y la cargan. Van hasta el siguiente coche seleccionado y repiten la operación, esta vez sin luz. El tercero lo deja en manos de Carlos. Le cuesta un poco de trabajo, pero lo consigue. El cuarto lo hace sin ninguna dificultad. El quinto es una sorpresa, la rueda está demasiado gastada. La dejan tirada donde cayó. Moco alza la cabeza. El sereno camina a lo largo de la barrera y mira nerviosamente hacia ellos. Les hace señas con su linterna. Moco le da una palmada a Carlos en la espalda.

*Vámonos, loco, este pelotudo se está poniendo nervioso y puede echar a perder el estofado.*

Suben al coche y arrancan hacia la salida. Cuando llegan, el sereno no ha levantado la barrera. Se acoda en la ventana de Moco.

*¿Qué hacés?, te dije tres. No jodas. Mañana volvemos. Ni lo sueñes.*

Junto a la ventana de Carlos se corporiza un coreano. Uno de esos chicos de diecinueve años que optaron por hacer el servicio militar como policías.

*¿Qué pasa acá?* —pregunta, dirigiendo la luz de su linterna alternativamente a las caras de Moco y Carlos. Todos se quedan mudos. El coreano entonces ilumina la parte trasera del coche donde se apilan las cuatro ruedas que acaban de robar. El sereno alza las manos.

*Yo no tengo nada que ver.*

El instante que el policía pierde en mirar al sereno Carlos lo aprovecha para sacar la treinta y dos de la guantera y dispararle a la cara. Desparece del marco de la ventana. El sereno ha quedado paralizado con la boca abierta. Carlos pasa la pistola por delante de la cara de Moco y le da un tiro en la frente. Desparece también como un títere cuando finaliza la función. A Moco

le silban los oídos. Carlos lo golpea en el hombro.

*¿Qué esperás, pelotudo?, rajemos.*

Moco pone primera y arranca a toda velocidad despedazando la barrera.

*Despacio, no hagas ruido.*

Van hasta Paraná y giran hacia Santa Fe. Carlos se vuelve. Nadie los sigue. Al cruzar Charcas, guarda el revólver en la guantera.

*Moco, ahora me toca el sesenta. ¿Por? Porque los dos fiambres son míos. Pero yo nunca te voy a cantar. Si no lo supiera, ahora estarías con ellos y yo me quedaría con todo.*

Se la concedieron a su padre, trabajador del ferrocarril por los años veinte. Es una de esas viviendas que hizo construir Alvear para los pobres. Don Clito nació en esa misma casa barata de la calle Oliden, en la que vive solo. Su carácter amargo y resentido lo convirtió en un tipo solitario y gruñón al que nadie aprecia realmente. Jubilado prematuramente a causa de una afección cardiaca, cambió el uniforme de la empresa del gas por un pijama. No saluda a sus vecinos y ellos no lo saludan a él. Solo el que vive con mujer e hijo justo enfrente, en la casita con el jardincito delantero y el rosal, le dirige la palabra cuando se cruzan ocasionalmente. En el rellano de la escalera hay una pequeña habitación con una ventanita que queda semioculta por la copa del gigantesco plátano que guarda la entrada. Desde el retiro, su principal ocupación consiste en observar con resentida malicia, y sin ser visto, todo lo que pasa en el barrio. El vecino de enfrente abre el portón del garaje y se pone a limpiar meticulosamente su coche con un trapo amarillo. Don Clito baja a la cocina. Come siempre lo mismo, un puchero que hace los jueves y va recalentando toda la semana. Este día de bochorno no será la excepción. Cuando termina, sube a su atalaya llevando un tazón de duraznos en almíbar, el único postre que consume. Se sienta a comerlos frente a la ventana. El vecino regresa solo y entra a su casa. El barrio va quedando desierto. Es una de esas tardes en las que el aire parece haber desaparecido. Ni la más leve brisa agita las hojas de los árboles. Todo el mundo se refugia en las habitaciones dejadas en penumbras, donde se procura el insuficiente alivio de los ventiladores. Aburrido por la falta de actividad que juzgar, don Clito se ha quedado adormilado. Un ruido lo despierta. El vecino abre nuevamente el portón del garaje, saca el coche, lo deja atravesado en la vereda, regresa,

cierra, sube al auto y se va. Tres tipos se acercan caminando. Están juntos, pero vienen algo separados unos de otros. Pasan de largo. El coche del vecino gira en la esquina. Los tres hombres regresan sobre sus pasos hasta la casa del rosal. Velozmente, uno de ellos le hace pie a otro. Se sube al pilar de la luz, abre la ventana y entra. Poco después les abre la puerta y desaparecen dentro de la casa. Don Clito no tiene dudas, les están robando. Si la víctima fuera alguno de los roñosos de su vecindario, no haría nada, se quedaría disfrutando de ver cómo lo desvalijan. Pero a este le tiene cierta simpatía. Baja a la sala, levanta el teléfono, llama a la policía y regresa a la ventana. Quince minutos más tarde oye la sirena que los del patrullero hacen sonar para que la oigan los delincuentes y huyan, evitando así tener que enfrentarlos. Uno de los ladrones sale de la casa y huye hacia la avenida, los otros dos lo hacen un instante después y escapan en la dirección opuesta. Don Clito busca otro tazón de duraznos y se acomoda a gozar de la escena inesperada.

Desde la vereda, el tío Alberto mira muy serio a Veni, sentado en el primer asiento del 117. Cargados de bolsas, heladeras portátiles y niños, los pasajeros felices ocupan rápidamente todos los asientos, los malhumorados llenan los pasillos colgados de las barras como primates. Una mujer obesa se sienta junto a Veni, obligándolo a encogerse y acorralándolo contra la ventanilla. Todo su cuerpo irradia el calor de un oso pardo. Con crujido de engranajes, el colectivo se pone en marcha. A Alberto solo le falta hacerle la venia, gira marcialmente y camina hasta el teléfono público de la terminal. Lo ve tomar el tubo y echar una monedas por la ranura, antes de que el ómnibus gire. Su compañera de viaje resopla con fuerza. La radiación de su cuerpo aumenta a cada instante. Veni le cede el asiento a una mujer, joven pero entrada en canas. Sabe que tendrá que hacer el viaje de pie, pero lo prefiere. Se entretiene rememorando las aventuras del fin de semana junto a Diego y los chicos y chicas de la barra, con quienes compartió la primaria. Dos horas

más tarde, con las piernas acalambradas y la cabeza como un bombo, la puerta se abre con dificultad para dejarlo en la calle Tuyutí. Extraño, mamá no está allí esperándolo. Decide aguardarla. Un viento frío comienza a agitar con violencia las copas de los árboles de la plaza Sarmiento. La tormenta que se cierne es el corolario de un día bochornoso. Veni conoce el camino a casa de memoria. Decide ir a pie. Si mamá estuviera viniendo, la cruzará por el camino. Al girar por la calle Oliden, se encuentra con dos patrulleros, una ambulancia, vecinos estirando el cuello para tratar de ver dentro por la puerta entreabierta de su casa. Se queda paralizado. Entre esa gente está Tita, su profesora de piano de la otra cuadra. Lo ve. Se acerca a un tipo de traje negro y lo señala. El hombre cruza la calle y lo toma por los hombros.

*Hola, ¿sos Venancio? Sí. Vení conmigo.*

Sin soltarlo, a paso rápido, lo conduce en dirección contraria. Pasan junto a un patrullero. Un policía está al volante, sentado con las piernas afuera y hablando por radio.

*Sí —lo oye decir—, ya estamos en la escena del crimen.*

Veni trata de mirar hacia atrás, pero el tipo no lo deja. Entran al taller de Omar, el jubilado que hace barriletes para los pibes del barrio. Lo sienta en un banco.

*¿Tenés algún familiar a quien llamar? A mi tío. ¿Cómo es su nombre? Alberto. ¿Sabés su número de teléfono?*

El hombre lo anota en una pequeña libreta. Le dice que espere allí y se va. Por la puerta pasan gentes del barrio que lo miran como si fuese un fenómeno de circo, pero nadie le dice nada y él no quiere preguntar. No quiere saber. Está así no sabe cuánto tiempo, hasta que llega el tío Alberto. Se sienta frente a él y lo mira hondo a los ojos.

*Veni, unos ladrones entraron a robar a tu casa. Roberto y tu mamá están muertos.*

Esas palabras le llegan a Veni como un eco que proviene de otra dimensión. Se queda paralizado y mudo, conteniendo el aliento, con la sensación de que algo está a punto de estallar en su interior. En un acto que nunca antes se produjo ni se repetirá, Alberto lo abraza con fuerza. Lo envuelve el olor a tabaco y transpiración que emana su cuerpo. En la cabeza de Veni, ningún pensamiento, ninguna idea, ningún sentimiento, nada. Está vacío. Esa noche vuelve a dormir en Hurlingham en la casa de Alberto. Pero ya no es el Hurlingham de su niñez o del fin de semana que concluye, ese en el que no puede dejar de pensar. Se entrega a la tarea de enterrar en lo más profundo de su mente lo que sucedió esa tarde, allí, en la escena del crimen.



Es una de esas lluvias de gota gorda que dan un breve alivio al verano. Carlos piensa que debería cancelar el asalto. Cuando llueve así, muchas cosas que en los demás días son normales dejan de serlo bajo el aguacero. En días como este no se sale a robar porque la lluvia trae desgracia, eso lo sabe cualquier chorro. Pero Carlos no está para supersticiones, necesita dinero y lo necesita con urgencia. El plan es irse del país lo antes posible. A Moco lo capturaron a cien metros del cadáver aún tibio de una niña de diez que violó y estranguló. Es un charlatán, no le parece para nada improbable que le cante a la policía o cuente sus hazañas a oídos que no deben escucharlas. Los muertos que han dejado por el camino pueden proporcionarles perpetua o hasta la temida reclusión por tiempo indeterminado. Lo que significa que saldrá de prisión si es que alguien se acuerda y le da la gana. Sin dinero y nadie que abogue por él, lo sabe, eso no sucederá. Cuando el Rumano lo llama le dice que siguen adelante.

Una hora después, el aguacero se ha convertido en una cortina persistente que baña los cristales del auto de fuga. Pecosó, un pendejo lleno de pecas, rubio, flaco y nervioso, al volante. Acciona los limpiaparabrisas cada vez que el agua difumina la escena. El chico no deja de moverse. Carlos le da en la cabeza un golpe firme pero sin demasiada fuerza.

*¿Qué te pasa, estás nervioso? ¿Podés quedarte quieto un poco?*

El Rumano señala hacia el local de Andreani.

*Ahí viene.*

Con su maletín en una mano y el paraguas en la otra, el gerente de la sucursal llega trotando a la puerta. Inmediatamente se le unen dos de sus empleados. Esperan con impaciencia a que se abra la persiana metálica. QUITAN llave a la puerta de vidrio, entran y encienden las luces.

Es el día en que un blindado trae el dinero para los sueldos de los administrativos de la Fiat. Viene en sacas. Adentro lo dividen y ensobran. El mismo blindado regresará más tarde para llevarlos a la tesorería de la fábrica. Por el momento todo coincide con la información que les dio el Pecos. Los guardias bajan, uno se queda junto al camión, el otro entra al local con dos sacas y las deja sobre el mostrador. Habla unos instantes con el gerente mientras le firma una planilla. Saluda, se vuelve, regresa al blindado, sube y se van. Carlos aguarda hasta que han desaparecido.

*Vamos* —le ordena al Rumano bajando del coche. Bajo las gabardinas, sendas Remington 12/70 cargadas con balas Brenneke, capaces de parar en seco la carga de un jabalí macho de cien kilos. El Rumano se apostó junto a un camión a pocos metros de la puerta, Carlos entra exhibiendo su escopeta. Les grita que se tiren al piso y al gerente que le entregue las sacas. Obedece de inmediato. Las toma, sale por la puerta y se queda paralizado. En ese preciso instante cinco patrulleros en acción coordinada ensordecen el patio con el rugido de sus motores y el chillido de sus frenazos. Bajan a la carrera no menos de dieciséis policías con armas largas y toman posición entre los coches estacionados y apuntan hacia el local. El Rumano deja caer su escopeta, se arrodilla en el suelo y levanta los brazos. Más atrás, un policía habla con el Pecos y golpea el techo del auto con la mano para indicarle que se vaya. El pendejo los entregó. Un suboficial se acerca al Rumano con su pistola en la mano. A un paso le dispara a quemarropa en la nuca. Carlos siente como si le hubieran dado una trompada en la espalda y se le hace de noche. El policía que le disparó desde atrás baja su arma, se acerca y le toma el pulso.

*Está vivo. Dejalo, con ese agujero no va a durar mucho.*

El que ejecutó al Rumano se acerca. Toma una de las sacas y se la pasa a su segundo, quien rápidamente la mete en el coche civil en el que llegó y se va.

Uno de los patrulleros habla por la radio, otros se refugian bajo el alero y encienden cigarrillos. Los restantes se dedican a hacer circular a los curiosos. El comisario al mando da cuenta por la radio de que hay dos delincuentes caídos, que recuperaron una de las sacas y que un tercero logró huir con la otra saca. Concluye con una descripción falsa del coche de fuga.

Pasan dos horas hasta que llegan las ambulancias, pero no es sino cuando aparecen los camiones de exteriores de la televisión que ordenan retirar el cadáver del Rumano y a Carlos, que, milagrosamente, sobrevive tirado bajo la lluvia sin protección alguna. Lo suben a una camilla y lo cargan en la ambulancia. Oscuridad y frío. Un enfermero se pone a trabajar sobre él. El otro se comunica por radio con el hospital al que se dirigen.

*Adulto con herida de bala entre los omóplatos sin orificio de salida.*

Lee los signos vitales y hablan entre ellos.

*Respiración a 35, pulso débil y 140. Presión sanguínea no detectable. Coma 6, ojos 2, expresión 1, motricidad 6. Venas centrales y periféricas colapsadas, no podemos hacer canulación venosa. Estamos intentando catéter venoso central. Estamos dentro. Catéter exitoso. Comienza falla multiorgánica, alto riesgo de shock, hay que hacer canulación intravenosa, estamos pasando un litro de suero.*

Silencio. Oscuridad.

*¿Qué hay? Herido de bala, con entrada por la espalda superior, sin orificio de salida. No se ve bien. Presión sanguínea no detectable, pulso palpable, coma 6 y bajando. Hemos despejado un lugar en Reanimación Uno para él. Inyecta 100 mg de ketamina y 100 mg de Sux, por favor. Necesitaremos*

*efedrina, fenilefrina, atropina y diez microgramos por mililitro de epinefrina... también inyectable como fármaco de rescate. Presión sanguínea 70, sistólica, pulso 136. No pudimos obtener su saturación, está demasiado apagado. ¿Le dieron algo más? ¿Morfina? ¿Transexamina? Solo la solución salina y un gramo de transexamina. La hemorragia parece bastante extendida. Excelente trabajo, gracias. Estamos bien. Démoslo vuelta en caso de que haya alguna bala de la que no nos contaron. A la cuenta de tres. Uno, dos, tres. Vuelta. No hay herida de salida. Nada por aquí. Girémoslo. Agarra sus ropas primero. Muy bien. Uno, dos, tres, ahora... Presión 60 sistólica, pulso 128 palpitaciones, no radial. Pongámosle una máscara para ayudarlo a respirar. Ultrasonido, por favor. Despacio, Pancho. Pedro, ¿hubo suerte con la sangre y la vía? Aquí está la sangre. Dos unidades para empezar. Prueba de compatibilidad de seis, por favor.*

Cuando lo depositan en la mesa de operaciones aparece el famoso túnel, con su luz deslumbrante al final. Está a punto de morir. Pero alguien, no sabe quién, tira de él para que se quede en la vida. Carlos no quiere regresar, pero los cirujanos del Fernández lo salvan. Veinte días más tarde despierta del coma, no recuerda nada a partir del momento en que le dispararon y nada tampoco de lo que sucedió en todo ese tiempo. Nada, ni una imagen, ni una palabra, ni un sueño. Pero tiene grabado en la memoria todo lo que se habló en la ambulancia que lo trasladó al hospital, palabra por palabra. Tal vez el balazo haya activado algo en su cerebro que le hizo registrarlo todo como si fuese una grabadora. Un cambio se ha operado en él. Es prácticamente insensible al dolor, ya no siente odio, en realidad no siente nada, todo le es indiferente. Es inmune a la culpa y al remordimiento. Le queda ahora una mirada científica, objetiva, desprovista de todo sentimiento. Entre su deseo y la acción para conseguirlo no se interpone ninguna consideración, ningún escrúpulo, ningún remordimiento. La experiencia de muerte próxima lo convierte en un ser pálido, impasible y frío como un pez. Eso y los veinte días que estuvo en coma le valen el apodo que lo acompañará para siempre: el Muerto.

Con el alta médica lo envían a la cárcel de Devoto con una carga de las

píldoras que deberá tomar el resto de su vida.

Atrás quedan los seis años durante los que Venancio convivió con sus padres adoptivos: el tío Alberto y la tía Ema, en la casa de Hurlingham. Cuando ella muere, Alberto, que no sabe hacer un huevo frito, piensa que será mejor meterlo en la escuela de policía. Allí le darán formación, casa y comida, y tendrá una profesión como la de él. Veni no es mal estudiante. Lo acompaña hasta la puerta y lo despide junto al cartel que tiene el escudo de la escuela.

ENTRAR PARA APRENDER.

SALIR PARA SERVIR.

Alberto no sabe de sentimentalismos. Le da la mano como se le da a un hombre y se queda mirando cómo se dirige a la entrada. Justo antes de trasponerla, Veni se vuelve, pero el tío ya no está allí donde esperaba verlo. Solo un pequeño remolino que el polvo que pone a volar hace visible. Adentro está frío. En la recepción le indican que el director quiere verlo. Lo conducen hasta una sala de espera. Las paredes completamente revestidas de madera oscura y lustrosa están cubiertas de banderas, banderines, placas conmemorativas y fotografías. Una gran vitrina llena de trofeos. Todo huele a gloria, pero falsa. No sabe si sentarse en uno de los grandes sillones con patas de león, tapizados de verde. Se queda de pie. Gente que entra y sale del despacho. Cada vez que la puerta se abre tiene una visión fugaz del director sentado a su escritorio. Es una morsa blanca de grandes bigotes y mirada colérica. Al cabo de casi cuarenta minutos oye su vozarrón.

*¡Cadete Lascano!*

En este momento deja de llamarse Veni. Golpea a la puerta.

*Pase.*

Entra y cierra. El director no levanta la vista de los papeles en su escritorio.

*¿No escuchó que lo llamé? Sí, señor. El Señor está en el cielo, llámeme señor director. Sí, señor director. Y si me escuchó, ¿para qué golpeó la puerta? No sé, señor... director. Para que lo tenga claro, no me gusta perder el tiempo, siéntese. —Ahora levanta la vista de la carpeta que tiene entre manos y le clava la mirada—. ¿Tiene rabia, cadete Lascano? ¿Rabia? Le dije que no me gusta perder tiempo. No responda una pregunta con otra, conteste. No, señor director. Hum —gruñe—, yo en su lugar la tendría si a mis padres los hubieran asesinado como a los suyos. Sí, señor director. Yo no estoy seguro de que un tipo que carga con una desgracia como esa pueda llegar a ser un buen policía. Tal vez sí, tal vez no. Pero sepa que lo voy a estar vigilando muy de cerca. A la primera lo pongo de patitas en la calle. Sí, señor director. Puede retirarse.*

Lo asignan al dormitorio once, junto con otros seis recién ingresados. Por la noche los visitan unos cadetes del último año.

*¿Qué hay, pendejos? —dice Ledesma a modo de saludo, el único del grupo que les habla—. Linda pieza les dieron. ¿Saben quién estuvo aquí? No —contesta De Miguel, un morochito de cabello indomable. —El abanderado. ¿Quién es? Quién fue, dirás. Okey. ¿Okey?, ¿qué, sos yanqui? No. Entonces tenés que decir «sí» o «estoy de acuerdo», pibe. ¿Cómo te llamás? Mario de Miguel. Okey, Mario de Miguel, cerrá la boca y abran las orejas. El abanderado fue el mejor cadete de su promoción. Pero la noche anterior a recibirse, cuando venía a la escuela en el siete, se le ocurrió sacar la cabeza por la ventanilla. Un poste se la arrancó limpita. —Ledesma hace una pausa,*

los mira a todos con aire de misterio, y agrega—: *Ahora, a cada rato se aparece por acá, con bandera y sin cabeza. Pero no se asusten, no hace nada. Dormía ahí, en tu cama, Mario de Miguel, así que si alguna noche te viene a tirar de las sábanas, decile que se deje de joder.*

Ledesma y sus compinches se retiran riendo. Lascano percibe que ha logrado infundirles miedo, él mismo siente un escalofrío. Más tarde, las luces se apagan, pero el decapitado no se digna a visitarlos. Lascano pasa las noches alerta esperando que aparezca, pero nunca lo hace.

La víspera de Navidad, ponen a Lascano de guardia en el puesto uno. El más alejado de la escuela, en donde hacen esquina las vías del tren y la avenida Escalada. Hace mucho calor, deja el FAL y sale. Se sienta y se recuesta contra la pared de la garita. Mira al cielo. El día anterior llovió. Noche límpida de estrellas. En la distancia ve apagarse las luces de los dormitorios.

*El que se duerme en la guardia tiene diez días de arresto* —había amenazado el director—, *estén atentos no sea cosa que nos vengán a atacar los comunistas.* Los cadetes rieron, pero la mirada iracunda del dire hizo callar a todos. Lo decía en serio. Lascano no cree que lo vengán a controlar ni que a los comunistas se les ocurra atacar en Nochebuena y se queda dormido. Como a las cuatro de la mañana, algo lo despierta. Oye un gemido, un llanto que viene de los árboles. Se le erizan todos los pelos del cuerpo. Toma el fusil y encara la oscuridad.

*Ledesma* —grita—, *no te hagas el pelotudo, si no te identificás empiezo a los tiros.*

Una sombra corre entre los matorrales. Lascano va hacia allí con el fusil por delante. Tras esas matas lo detiene un pequeño arroyo. Desde la otra orilla una silueta acuclillada lo mira y vuelve a gemir como un animalito herido. Baja la mirada para amartillar el fusil; cuando la levanta ya no hay nadie allí. Regresa retrocediendo a la garita, entra, la cierra y ya no duerme en toda la



noche. Al amanecer resuelve que no contará a nadie lo que vio.

Cada tres o cuatro semanas el tío Alberto viene a visitarlo. Hablan poco, le trae algún regalo, siempre algo práctico. Una navaja Swiss Army, una radio Spica, un sol de noche pequeño a butano, cosas así. Cada visita está más viejo, más arrugado, más encogido, más delgado, más transparente. Es como si estuviera desapareciendo. Por eso a Lascano no le extraña cuando deja de venir. Al menos tuvo la delicadeza de no morir de repente, tal parece que es la costumbre en su familia.

# **Obsesión**

Lo atiende una mujer morena, de tez oscura y mirada traviesa que tiene cara de cocinar bien y lo hace pasar a una habitación que en otros tiempos fue sala o comedor.

*Ya viene la señora* —dice con inconfundible acento guaraní, cierra la puerta, le echa una última mirada a través de los cristales y desaparece.

La habitación es amplia, con pocos muebles, predomina el blanco. La luz entra generosamente por la ventana que da a Borges, enfrente, el templo de los judíos sefarditas de Marruecos. A los costados dos estanterías llenas de libros. Un título le llama la atención: *El amor todo locura*. Sonríe. Suena a sus espaldas la puerta al abrirse. La mujer es pequeña, tiene el pelo corto, la mirada celeste y la rodea un aura que invita a relajarse y confesar. Le extiende una mano frágil y cálida.

*Mucho gusto. Encantado, doctora, Venancio Lascano. Puede llamarme Marta. Como guste. ¿Nos sentamos?* —dice, invitándolo con un gesto mientras ella se acomoda en un silloncito y coloca sobre un pequeño escabel sus pies con zapatos verdes de duende. Es muy elegante y debe de haber sido una de esas bellezas en miniatura por la que habrá perdido la cabeza más de uno. *Por favor, recuérdeme quién me recomendó. Mario de Miguel. Ah, cierto. ¿Relación amistosa, de trabajo...? No, fuimos compañeros de estudio en la escuela de policía. No sabía que Mario fue policía. No lo fue, solo estuvo en la escuela un par de años, no tenía vocación. ¿Usted sí? No sé si llamarlo vocación, destino o maldición. Entiendo.*

Lascano tiene ganas de contarle todo a esta mujer, le sorprende la facilidad con que ha conseguido que él se abra. Sería una excelente interrogadora. Se siente alegre y comunicativo, algo que hace tiempo no le sucede. Se recuesta contra el sillón, se pone cómodo.

*¿Por dónde empiezo?*

Ella lo mira profundamente a los ojos y se toma unos instantes para responder.

*Por donde más le duela.*

Como si hubiera pulsado un botón de la máquina del tiempo, la mente de Lascano retrocede hasta aquella noche de tormenta cuando su madre no fue a esperarlo a la parada del ómnibus. Ya estaba muerta, su padre también. Ese abismo que se abrió en su vida y que ahora Marta escucha muy seria sin pronunciar palabra. El paso por la academia de policía, los fantasmas. Su primer destino, cómo se las arregló para mantenerse al margen de la corrupción imperante en la Federal y resistir ser considerado un extraño, alguien en quien sus pares no podían confiar.

*Sin embargo, no solo permaneció en la institución, sino que ascendió a... ¿qué grado? Me jubilé como comisario. ¿Cómo lo explica?*

Lascano guarda silencio, piensa, recuerda a Jorge Turcheli.

*Vea, Marta, yo mismo me hice esa pregunta mil veces. La respuesta más aproximada que obtuve me la dio Jorge Turcheli.*

Marta levanta una mano interrumpiéndolo.

*Me suena ese nombre. Claro, cuando volvió la democracia lo nombraron jefe*

*de policía. Ah, sí. Murió de un infarto apenas asumió. No fue un infarto, lo mataron. No me diga. Sí le digo.*

Una pausa silenciosa.

*¿Qué fue lo que le dijo Turcheli? Él me protegió cuando los perros de la dictadura me buscaban para matarme. Cuando los militares se retiraron de la escena, vino a buscarme. Nunca habíamos sido amigos. Le pregunté por qué lo había hecho si yo no le servía para nada. Me contestó que si todos los policías fueran como él, estaría perdido. Me explicó que la policía es un gran negocio, pero para que siga siéndolo tiene que tener un mínimo de eficacia, de existencia real. Y que eso lo daban tipos como yo. A los canas como vos, me dijo, hay que dejarlos que hagan su trabajo. No hay que permitir que acumulen mucho poder, porque ahí es cuando empiezan a generar problemas con sus ideales. Entiendo, y durante la dictadura ¿qué hizo? Lo más importante fue que me enamoré. Pero lo que usted quiere saber es si participé en las desapariciones, las torturas y esas cosas. ¿Participó? Nunca. Y sin embargo sobrevivió. Supongo que tuve suerte. Y ¿qué fue de su enamorada? Murió... accidente de tránsito.*

Quinta muerte antes de los cuarenta, anota Marta mentalmente. Ya va asomando las orejas el demonio de la depresión.

*Me dijo que se jubiló. Sí. ¿Cómo lo lleva? Muy mal. Cuénteme. Verá, soy rico. Una prima me dejó toda su fortuna. Luego de la muerte de Marisa, conocí a Eva, volví a enamorarme.*

Marta no puede evitar una sonrisa fugaz.

*Estuvimos separados un tiempo pero luego regresó. Vivimos juntos desde entonces con Victoria, hija de ella. No parece una mala vida. No lo es, en absoluto. Tuvo mucha suerte, ¿puede disfrutarlo? En realidad, no. Yo he sido siempre un hombre de acción. El dinero nunca me importó, tampoco me*

*importa ahora. Si no hubiera heredado, mi vida no sería muy distinta de lo que es. Pero ahora no tengo nada que hacer. No tengo objetivos, nada que conseguir. Usted, Lascano, no sabe aburrirse. No, no sé. ¿Cree que podrá aprender?*

La pregunta lo sorprende. Jamás se planteó que el aburrimiento pudiera ser una virtud o algo que pudiera aprenderse. Sabe que no, que jamás podrá aprenderlo, ya que ni siquiera lo entiende.

*Jamás.*

Marta se pone de pie. Camina hasta el centro de la sala. Se toma las manos.

*Usted es una aguja en el pajar, Venancio. ¿Qué me quiere decir con eso? Alguien que se parece a su entorno pero que es distinto. Alguien muy difícil de encontrar, una persona excepcional. Gracias. No me lo agradezca, eso lo hace un sobreviviente. Se ha pasado la vida luchando, ha evolucionado en un medio hostil, siempre rodeado de acechanzas, de peligros, siempre en riesgo de perder la vida, con la muerte rodeándolo. No ha tenido tiempo de elaborar la pérdida de sus padres, o la de Marisa. No ha podido detenerse a ver quién es usted luego de haber atravesado el infierno varias veces. Pero ahora todo ha cambiado. Ya no está en la policía, no corre peligro, no tiene problemas económicos, vive con personas a las que ama, no tiene nada que hacer. Ahora, luego de ¿cuánto?, ¿cincuenta años?, puede darse el lujo de deprimirse, ahora los fantasmas se alzan de sus tumbas para recordarle el dolor que no se permitió sentir. Este es un momento de transición, Lascano, y todos los momentos de transición son dolorosos. En su caso, mucho más.*

Lo que Marta acaba de decirle se le revela como verdadero y eso lo hace sentirse por primera vez en su vida como un niño desorientado que se ha perdido en un parque de atracciones. Apabullado por recuerdos estridentes, siente que está a punto de estallar o de romper en un llanto incontenible. Marta lo mira con piedad.

*Lo veo allí sentado, tan tranquilo, tan calmado. Pero a mí no me engaña esa apariencia. Como todo hombre de acción ha sabido transformar la tristeza en ira, porque con ella se maneja mejor. Con la tristeza no sabe qué hacer. Pero ahora se ha quedado sin enemigos. Su dolor y sus penas han despertado y ya no lo abandonarán. ¿Qué debo hacer? Usted tiene que hacer un duelo, tiene que lamerse las heridas que ahora descubre. Sienta sus pérdidas, vaya a la tumba de sus padres, a la de Marisa, a llorar, a sacar afuera todo el dolor que tiene enquistado en el pecho. Eso es lo que debe hacer. Dedíquele unas horas al día a la depresión y la pena. Aprenda a vivir con sus heridas, y ya que está, aprenda a vivir con su riqueza, porque eso tampoco sabe cómo hacerlo. Lo vi mirando la biblioteca. Sí. Me llamó la atención ese libro del amor: ¿todo lo cura o todo locura?*

Marta va hasta la biblioteca, saca el ejemplar, se acerca a una pequeña mesa, toma un bolígrafo, escribe algo en la primera página, lo cierra y se lo entrega a Lascano.

*Ah, lo escribió usted.*

Marta le sonrío.

*¿Nos vemos la semana próxima?*

*Soy tu sombra, siempre a tu lado. Fui larga en la mañana de tu infancia, única etapa en la cual tu capital de vida fue en aumento. Mínima en el mediodía de tu adultez para que no advirtieras que dejaste de crecer y que comenzaste a despilfarrar ese capital. La muerte no es algo que te ocurrirá, la llevas contigo desde que te engendraron y está sucediendo todo el tiempo. Como todos, viniste al mundo con fecha de vencimiento. Nunca se es demasiado joven para morir, nunca se está lo suficientemente sano. Si fueras afortunado, tendrías una muerte súbita, te sentirías mal un segundo y al siguiente estarías muerto; si lo fueras más aún, un día te irías a dormir y ya no despertarías, tendrías una muerte buena. Pero no eres un hombre de suerte. Ha llegado el día en que en tu cuerpo mueren más células de las que nacen. El proceso se inició porque tu enfermedad causó lesiones tan graves que no se pueden reparar ni curar. La ciencia lo llama necrosis y, una vez que se produce y desarrolla, no tiene marcha atrás. Tus células vivas han perdido la capacidad de localizar y eliminar a las muertas, tu cuerpo está siendo invadido por tejido inerte que, al degradarse, se vuelve tóxico. Tu organismo comienza a canibalizar lo vital que le queda. Puedes creer y pensar lo que quieras, puedes imaginarte que vivirás para siempre, puedes refugiarte en la religión, en la idea de reencarnación o en cualquiera de las variantes de la vida eterna, o hacerte la ilusión de que el amor es más fuerte, pero la única certeza que tienes es que pronto habrás de morir. No puedes hacer nada al respecto. Por más que avance la ciencia, soy persistente, te sigo, te acecho y finalmente te atraparé. Y, cuando eso suceda, dejarás de existir. Pero la muerte no es terrible, lo terrible es la agonía. La vida no se entrega dócilmente, opone resistencia. Tus fuerzas vitales combatirán a las*



*letales hasta que hayan perdido la última batalla. Vivirás en el reino del padecimiento físico que solo finalizará cuando hayas expirado. A ti te estoy hablando, Hueso Rodríguez, delincuente de baja estofa, mientras se acaba tu insignificante vida.*

*Blink.* No amanece todavía. La luz insegura de las farolas proyecta a través del ventanal las sombras de los árboles, que bailan por el techo y las paredes. El dolor le ha dado un par de horas de tregua, pero lo presiente dentro de él agazapado, al acecho, esperando el momento menos oportuno para roerle los intestinos. Hueso Rodríguez se mira las manchas marrones de las manos que, una vez aparecieron, no han dejado de oscurecerse, de crecer. Llegará el momento en que ya no le quedará un milímetro de piel de su color original, estará completamente oxidado. Mueve el brazo izquierdo lentamente para evitar que la mariposa clavada en su vena la atraviese. Solo puede rascarse la nariz con esa mano, porque unas seguras esposas de acero le inmovilizan la otra. Los verdugos argumentaron que era para evitar una nueva fuga. En realidad se las pusieron para joderlo, saben que está demasiado débil siquiera para intentarlo. El amanecer es lento. Dos camas más allá gime un boliviano a quien, a falta de mayor información, llaman el Bolita. No verá el próximo anochecer. Médicos, enfermeras, pacientes y hasta los encargados de la limpieza conocen el orden en que los enfermos irán muriendo. El Bolita ha quedado primero en el escalafón de los moribundos del pabellón hospitalario. Si no ingresa algún herido grave o alguien a quien le haya dado un ataque de alguna cosa, Hueso es el siguiente. Todo el tiempo le viene a la cabeza la escena de una película que vio de niño: un paracaidista novato muerto de miedo. Ya no queda nadie delante de él en la fila para lanzarse al vacío. Va a morir y no hay nada en el mundo o fuera de él que pueda impedirlo. Le recorre el cuerpo una antigua necesidad física de ser abrazado, pero no hay nadie para hacerlo, nunca lo hubo.

El médico le dijo que lo único que puede calmarle los dolores es la morfina, pero las existencias se acabaron bastante antes de los últimos recortes al presupuesto del hospital. Por eso le pidió que viniera a verlo. Cierra los ojos.

Cuando vuelve a abrirlos, la ve. Está hablando con el uniformado que guarda la entrada. De su cuello pende la TUV, Tarjeta Única de Visitante, que le franquea la entrada al pabellón si es que al custodio no se le ocurre lo contrario. María, desde una viudez que orilla el medio siglo, va siempre de negro. El gesto adusto, los ademanes intolerantes, la mirada condenatoria, el cabello plateado que apenas asoma del pañuelo que cubre su cabeza mezquina. Si quien llegara fuera la novia abundante de algún preso, el guardia se demoraría en un interrogatorio de gestos morosos y miradas insinuantes, pero deja pasar a la madre de Hueso con aburrida indiferencia.

Hueso la ve acercarse con su andar chueco y decidido, con la mirada clavada en él y el bolso negro de falsa piel bamboleándose en el antebrazo. Viste como mujer de ciudad, pero nada le quita los modales propios de quien ha pasado la vida trajinando con bestias. Le hace media sonrisa al preso de la cama de al lado, toma la silla de latón, la corre para quedar enfrentada a su hijo y se sienta, sus ojos negros fijos en los de él. Susurran para que los otros pacientes no los oigan.

*Hablé con el médico. ¿Qué dijo? No te queda mucho tiempo. Ya lo sé, ¿pero cuánto? Eso nunca lo dicen. Voy después de este —dice Hueso dando un cabezazo en dirección al Bolita. ¿Y eso a quién le importa? A nadie. Entonces, ¿para qué lo decís? Algo hay que decir, ¿no te parece? No, no me parece. ¿Me trajiste algo? Sí, fiambre, pan, unos huevos y tomates. ¿Nada más? Sabés que no me gusta tirar la comida, creo que con eso te va a alcanzar hasta que...*

María se interrumpe, toma con la mano la cruz de Caravaca que pende de su cuello y baja la vista por primera vez, brevemente. Hueso se queda contemplándola. Siempre práctica, siempre con su brutal franqueza. La mujer toma aire, vuelve a mirarlo.

*Me dijo que se les acabó el calmante. ¿Cuándo traerán más? No lo sabía. Y también que podía darme una receta para que yo lo compre. ¿Vas a hacerlo? ¿Tenés idea de lo que cuesta?*

A Hueso lo aterroriza la idea de pasar siquiera una sola noche en esa otra prisión en que se convierte su cuerpo cuando no tiene una droga que apacigüe el dolor. Se ha pasado la vida metiéndose en el cuerpo toda clase de sustancias por todas las vías posibles. Los efectos de la morfina le son bien conocidos. Anhela ese flotar indolente, ese adormecimiento del dolor, ese liberarse de toda aprensión, hasta del temor a morir. Necesita conseguir esa droga para que se la vayan suministrando en dosis cada vez mayores. Ese veneno que le irá gastando el corazón hasta proporcionarle esa muerte feliz, mientras duerme, con la que todos soñamos. Los ojos de Hueso se ensombrecen con una súplica.

*¿La vas a comprar o no?*

Aun para esta campesina de piedra es un trago difícil de pasar. Cruza las manos sobre el regazo, se acomoda en la silla y pasa a la ofensiva.

*Hasta para morirte me das disgustos. ¿De dónde voy a sacar el dinero?*

Hueso sabe que tiene ahorros. Cien veces se los robó de niño y de adolescente, hasta que ella se volvió muy hábil para esconderlos y ya no pudo encontrarlos. Otras cien veces se llevó objetos de la casa que vendió a los reducidos para comprar unos gramos de alguna porquería.

*Yo sé que tenés ahorros. Sí, claro, siempre pensaste que eran tuyos. Siempre te estuviste sirviendo de ellos para tus vicios. ¿No te das cuenta de que me estoy muriendo? Claro que me doy cuenta. Si me gasto mis ahorros en vos, para que no sufras, ¿cómo me las voy a arreglar yo cuando sea mi turno?, ¿vendrás del más allá para ayudarme?*

Hueso calla. El futuro es corto, pero el sufrimiento lo hará interminable.

*Siempre fuiste un inútil, un vago y malentendido, es probable que esta sea*

*la agonía que Dios cree te merecés. Yo en tu lugar me pondría a rezar, pensaría qué hacer para redimirme, algo para compensar a alguna de las personas a las que has hecho daño, tal vez así logres que Dios te perdone y te proporcione una muerte más tranquila.*

María abre la cartera, saca una biblia y se la tiende a su hijo. No la toma. Ella espera tres segundos y la deposita en la mesita de lata. Se pone de pie. Lo mira y constata una vez más que no lo quiere, que nunca lo ha querido.

*Me has esquilado toda la vida para comprarte droga. No voy a comprártela ahora. Ya te la gastaste toda. Siempre tomaste todo sin dar nada a cambio. Piensa ahora qué es lo que podrías dar y a quién para que te consiga lo que necesitás. Pero piensa rápido. El jueves volveré a verte.*

María se vuelve, le hace otra media sonrisa al vecino y sale. Se aleja con paso firme sobre sus zapatos vencidos, sin volver la vista atrás, sin el más mínimo gesto que le permita a Hueso alentar alguna esperanza de que cambiará de actitud. Piensa que tiene razón, y también que la hija de puta es su madre, y que a una madre no debería bastarle con tener razón. Gira la cabeza, estira la mano y toma la biblia que le dejó. La abre en la página que marca el señalador de tela azul pegado dentro del hueco del lomo. Hay un párrafo subrayado, Lucas:

Debemos pedir disculpas a los que hayamos perjudicado y hacer lo que esté en nuestra mano para compensar el daño causado.

Mira al techo. El dolor comienza a despertarse.

*Piensa, piensa rápido —se dice—, antes de que el dolor sea todo y te lo impida.*

Y piensa que es tanta la gente a la que ha perjudicado, pero no tiene idea de

quiénes son, cómo ubicarlos, ni qué ofrecerles a cambio de la morfina que le permita morir en paz. La necesidad aguza su ingenio.

Poco tiempo atrás, en la ranchada del Topo Miranda en Sierra Chica, de puro aburridos los presos comenzaron a soltar los cuentos de sus hazañas. De uno de los miembros del círculo de Miranda, a quien llamaban el Ranfaña, se decía que le habían dado la llave de la cárcel porque ni bien salía, volvía a entrar. Por ser carne de prisión muchos lo despreciaban, pero Miranda le tenía afecto porque era un buen contador de historias. El Ranfaña hablaba con admiración del Muerto. Aquella noche contó cómo había sobrevivido a un disparo de escopeta del doce con bala de 28 gramos que le pasó a medio centímetro del corazón. Relató con pelos y señales su fuga de la Escuelita, su *tour* de robos por Europa. Entre risas contó que cuando lo extraditaron de España, lo tuvieron que meter en la primera clase del avión porque no había lugar en turista. *Ahora está en Ezeiza planeando su próxima fuga* —aventuró. Cuando habló del asalto a un matrimonio, Hueso se dio cuenta de que se trataba de aquel que habían planeado en el bar La Esperanza y que el Muerto no era otro que Carlos, su amigo de la infancia. El Ranfaña relató que los secuaces de Carlos eran el Rumano y uno al que apodaban Moco. Ignoraba que Moco y Hueso son la misma persona. A Hueso no le pareció conveniente aclararlo y lo dejó hablar. Algunas cosas sabía y otras se las había inventado. El cuento no tenía mayor interés, uno de tantos robos que salió mal, pero, como buen cuentero, había dejado el dato más jugoso para el final del relato: quiénes eran ese hombre y esa mujer que terminaron muertos a la hora de la siesta, en el barrio de Mataderos.

Todas las grandes ciudades se parecen un sábado a la noche. Barcelona no es la excepción. En la esquina de Alsamora y Andreu Nin se produce un atasco de tránsito que ha cortado el tráfico por Meridiana y Río de Janeiro. La caravana impaciente a Juano Conde al mando de su Mercedes. Es normal que la lenta entrada al *parking* de Heron City dificulte la circulación, pero este día los coches avanzan penosamente a paso de hombre debido al Hummer amarillo que bloquea la mitad de la avenida. En vano los bocinazos y las protestas, el conductor no aparece. Juano sabe quién es el dueño del coche que obstruye el paso. Maldice por lo bajo y espera haciendo tamborilear los dedos sobre el volante. Esta es la noche que más recauda. Cuando logra atravesar Meridiana, aparece el cartel de La Canela. Los tubos de neón brillan contra el cielo negro de Nou Barris. Por la acera, en dirección contraria, desfilan los últimos trabajadores que estuvieron todo el día poniendo la discoteca en condiciones para recibir a la oleada de latinos con ganas de divertirse. El local es solo una escenografía precaria que necesita mantenimiento constante. El dinero es cobarde, siempre prefiere acoplarse a objetos concretos: tierras, edificios, industrias, vehículos, lo que sea que pueda tocarse y almacenarse. La enorme inversión que hizo para el traspaso del local fue resistida por sus accionistas, pero él los fue convenciendo uno a uno para que pusieran su dinero, aunque también le pusieron un límite: no habrá más inversiones, quieren ver ganancias. Confía que en esta temporada terminará de amortizarse el capital invertido y comenzarán a aparecer, pero por el momento está descapitalizado, el dinero que pensaba destinar a hacer reparaciones urgentes y adecuaciones a la normativa del Ayuntamiento lo ha tenido que derivar al pago de proveedores y salarios. Está sobreviviendo a

duras penas con la caja de cada día. Finalmente puede acceder a la rampa que lleva al *parking*, desde allí aprecia que hay muy poco movimiento a la puerta de su local. Esperaba verla poblada por los jóvenes que se reúnen allí antes de entrar. A pocos metros de la barrera, baja del coche, uno de sus seguratas se acerca.

*Buenas noches, señor. ¿Qué está pasando? No tengo idea, señor, acabo de tomar el turno.*

Juano le ordena que aparque su coche y camina a paso vivo hacia el frente prácticamente desierto. Solo unos pocos chicos y chicas. El personal de la entrada fuma, conversa y se aburre. En cuanto lo ve, el encargado de puerta trota hacia él.

*¿Me quieres decir qué está pasando? La policía puso controles en Valldaura, en la salida de la Ronda y en Río de Janeiro. No hay manera de llegar acá sin pasar por ellos.*

Maldice por lo bajo y entra al local. Va directo a su oficina sin saludar a nadie, sin detenerse. La sala de directorio está preparada para una recepción. Sobre la mesa han colocado un mantel de Lagartera que hizo traer de Toledo. El *catering* de Ambrosía ya está dispuesto, el cava Llàgrima d'Or reposa en cubiteras plateadas. El ventanal inclinado domina la pista de baile, las distintas barras, la discoteca entera. Justo esta noche, Juano había convocado una reunión informal de accionistas para las dos de la mañana. En un par de horas. Quería tranquilizarlos, impresionarlos con la concurrencia. Que vieran con sus propios ojos que la inversión estaba asegurada. Que pronto comenzarían a distribuirse las ganancias. Tenía la esperanza de lograr que Michael y Kurt, al menos, inyectaran el dinero que necesitaba para las reparaciones urgentes del local. Con la discoteca funcionando a pleno y llena de clientes, más las chicas que había aleccionado para que los entretuvieran, esperaba convencerlos de hacer el nuevo aporte que evite la asfixia. Ahora debe cancelar el encuentro. No puede mostrarles el páramo en que el

operativo policial ha convertido el negocio.

Desesperado, en los días que siguen libera el precio de la entrada para tener más público y recaudar con el consumo. Funciona la primera noche, pero la segunda le meten ocho multas por infracciones relacionados con la presencia de menores, problemas de higiene, incendios, salidas de emergencia. La defectuosa insonorización del local provoca muchas quejas de los vecinos. El siguiente viernes clausuran el local por tres días. Los clientes optan por Mojito o Agua de Luna. Juano ve que la acción de la policía hunde su negocio cada día más. Las noticias no han tardado en llegarles a los accionistas. Las presiones no cesan, como tampoco las explicaciones que debe dar con creciente frecuencia. Sobre el escritorio están las planillas del contable que dan cuenta de que si no logra revertir la situación, la bancarrota es inevitable. Tiene que parar a la pasma como sea. Con su abogado urden una denuncia por acoso y meten en el saco a Trigo y Bernarde, dos policías que en su tiempo libre trabajan en la discoteca como seguratas.

De un día para el otro cesan todas las intervenciones. El abogado consigue que el juez le pare los pies a la Guardia Urbana, a los Mossos y a los inspectores del Ayuntamiento. Pero las infracciones y clausuras han llegado muy lejos, la economía de Juano ya está herida de muerte. Tendrá que vender. Odia admitirlo, pero el único cliente posible es el gordo Vila. Tiene el olfato de un tiburón blanco para la sangre. No cree que pueda hacer un negocio mínimamente beneficioso. Deberá conformarse con perder lo menos que se pueda. Hace llamar a Coyote, su encargado de seguridad.

*No tenemos más remedio. Tendremos que vender.*

Coyote es hombre de avería, pero leal con quien le da de comer.

*Jefe —le dice seriamente preocupado—, justo ahora que logré que nos dejen de joder. Sí, pero esta paz no va a durar, tenemos graves problemas económicos. ¿Le queda algo de pasta? Algo queda, pero está muy*



*comprometida. ¿Y si le digo que hay un negocio con el que podemos multiplicarla rápidamente? ¿Qué negocio? La Reina. ¿Coca? Sí, jefe. Aprovechamos que ahora no pueden molestarnos y hacemos el negocio hasta que se recupere. ¿De dónde la vamos a sacar? Tengo un contacto en Sudamérica que está armando una operación para traerla hasta nuestra puerta. Gente de confianza. Me parece que eso es salir de un problema para meterse en otro mayor. Jefe, usted no necesita hacer nada. Yo me encargo de todo. La financia, se la traen y yo con mi gente la vendo. No me mire así, a mí y a los muchachos nos da lo que le parezca bien. Déjame que lo piense. Lo que diga, jefe.*

Y vaya que lo piensa. Lo piensa los dos días siguientes con sus noches de insomnio. Lo piensa febrilmente, por momentos aterrorizado, por momentos ilusionado, se ve con *cash* suficiente para superar la crisis, pagar todas las deudas y tener a sus abogados echando leña al fuego de la denuncia donde espera algún día ver arder a sus enemigos y consumirse la grasa del gordo Vila. Al tercer día sin dormir, a las cuatro de la madrugada, coge el teléfono y llama a Coyote.

*Ven para casa, tenemos que hacer cuentas.*

Corren buenos tiempos. La prima Sara le dejó a Lascano una herencia que no podrán gastar en lo que les queda de vida. Juntos eligieron este departamento sobre la plaza Alemania, desde donde se pueden ver los jardines que rodean el Museo de Bellas Artes, la Facultad de Derecho y, más allá, en los días claros, el Río y el perfil brumoso de Colonia del Sacramento. El porvenir con que soñaron es ahora presente. Un presente en el que solo hay que ocuparse de administrar lo bueno que la vida tiene para dar. Ya pagaron con creces la cuota de sufrimiento y dolor. Ahora solo toca disfrutar, amar, ver crecer a su hija y envejecer tranquilamente, ya que esto no se puede evitar. Como dijo Marta, atrás han quedado las dificultades y los peligros, las acechanzas de los canallas. Sobre la mesa está el libro que le regaló. Lo abre y lee la dedicatoria.

*Rp: Para Venancio, nunca es tarde para poner nuestras experiencias por escrito.*

No es mala idea, piensa Lascano, pero no cree tener condiciones para escribir.

Eva tiene una maratón de yoga, llegará tarde. Victoria pasará la noche en casa de su novio. Solo en su casa, Lascano tiene la sensación de ser el último tripulante de un barco encallado. En otro tiempo, se habría calzado la pistola en la cintura y habría salido a la calle. Antes estaba siempre ocupado en perseguir a algún criminal, en desbaratar alguna banda. Tenía planes y objetivos, y tenía un modo de operar basado en la intuición, en lograr que lo

inesperado obrara en su favor. Y tenía éxito, a un costo desmesurado, sí, pero siempre les había ganado a los malos. Desde la muerte de sus padres, hace más de cincuenta años, vivió al borde de la cornisa, y no se cayó. Ahora todo se ha detenido, todo es previsible. Mira por la ventana. La ciudad arde y late mientras Lascano se estanca y se oxida. Allí afuera hay mil historias y él no forma parte de ninguna. El mundo funciona igual sin él, pero él no funciona igual sin el mundo. Extraña a sus enemigos, el peligro, la adrenalina, la alerta. Se niega a vivir de recuerdos, pero parece que es lo único que tiene. Marta tiene razón, Lascano no sabe qué hacer con la tristeza. Si tan solo Eva estuviera aquí.

Enciende la tele. Un helicóptero atraviesa la pantalla en medio de una humareda colorida. Entra una guitarra eléctrica que suena como un tajo en el pecho. Un tipo mal afeitado con ojos paranoicos fuma inmóvil en la cama. Un ventilador de techo se mezcla con un Bell Huey artillado que riega con napalm la jungla. El hombre está desnudo, pero tiene una pistola debajo de la almohada. Dos soldados suben por la escalera. Ya quisiera Lascano que vinieran a sacarlo a él de esta apatía. La voz en *off* del actor pronuncia una frase que se quedará rebotando contra las paredes de su cabeza como el punto luminoso del primer juego de computadora.

*Todo el mundo obtiene lo que quiere. Yo quería una misión, por mis pecados me la dieron. Cuando terminó, ya no volvería a querer otra.*

La cárcel es el sitio ideal para bajar de peso. Carlos está muy delgado y se ha dejado una barba candado que le da aspecto de psicoanalista. Pero lo único que ha hecho en su vida con la cabeza de los demás fue volársela. Barba y cabellos completamente blancos, tiene la piel palidísima y una mueca pintada en la boca que puede confundirse con una sonrisa, pero su cuerpo hace años que dejó de sonreír, el gesto parece de burla. Los ojos son de un celeste desvaído, indiferente y acuoso. Aunque ha cruzado los setenta sigue tan fuerte y cruel como en sus mejores días, como si también el tiempo le temiera, como le temen hasta criminales a los que triplica en la edad. Espera a que llegue la hora. Lo sabrá sin mirar el reloj. Porque el tiempo en prisión se mide de otra manera, siempre es de descuento. Lo importante es cuánto falta: para salir, para comer, para darse un baño, para intentar una fuga. No son las emociones las que lo tienen despierto, porque Carlos no siente ninguna, es el deseo de escapar. Se hizo un corte para que lo trasladen a la enfermería y poner distancia con la banda del Chueco. Se la tiene jurada desde que hundió una faca en el hígado de su hermano. Moco lo delató a cambio de una promesa de reducción de pena que le hizo el fiscal sin pensar jamás en cumplirla. El asunto es que la muerte del policía cuando fueron a robar las ruedas de los autos pasó a abultar su expediente. No puede esperar que haberse cargado al coreano carezca de consecuencias. En la cárcel hay presos a quienes les dieron reclusión por tiempo indeterminado. Tipos peligrosos que no tienen nada que perder, que solo saldrán con las patas para adelante. Es muy fácil para la cana comprarlos para que se encarguen de él: un teléfono móvil, dos gramos de cocaína o diez paquetes de cigarrillos pueden ser un precio aceptable. Los guardiacárceles nunca ganan lo suficiente, siempre

necesitan dinero. A algunos les gusta la buena vida, otros no pueden resistir el llamado de la timba, otros son muy afectos a las putas o adictos a la droga, o todo junto; otros, simplemente, tienen muchos hijos y mujeres demandantes. Unos segundos a solas en cualquier rincón del penal y el trabajo quedará hecho. Está claro que si regresa a cualquiera de los pabellones de población general será carne muerta.

La luna pasa por la ventana, una sombra se desliza entre las camas de la enfermería y se acerca a la del Muerto.

*Llegó el Ratón Pérez —dice Carlos en voz muy baja—. ¿Trajiste el bufoso?*

Por toda respuesta, la sombra le entrega una pistola. Una Beretta Tomcat 7.65 que, con la munición adecuada, tiene la potencia de una nueve. Le parece más que satisfactoria la entrega. La sombra sale. Pasa otra hora. En la cama de al lado está Vigio, un pampeano joven y moreno de ojos vivaces, un delincuente entusiasta y de poca monta que aspira a juntarse con los grandes poniéndose a su servicio. Un Valerio. El Muerto le hace una señal y se pone a gemir y a revolverse sujetándose el vientre. Poco después aparece un guardia y se inclina ante su camastro. En un solo movimiento, el Muerto salta de su cama, toma al guardia por el cuello y le clava la pistola en los riñones.

*Tranquilo, mierda, o sos boleta.*

Vigio sale de la cama y dobla al guardia con un certero puñetazo al hígado.

«El pibe es más peligroso de lo que parece», piensa el Muerto, pero no dice nada.

Con el hombre encañonado, salen de la enfermería y caminan tranquilamente hasta la conserjería. Cuando el conserje levanta la vista del televisor, el ojo del cañón de la Beretta ya lo mira directamente al entrecejo. Se llevan al conserje y al guardia al vestuario. Con jirones hechos de sus camisas atan y

amordazan al primero. Cambian sus ropas por camisetas y camisas del SPF que encuentran en las taquillas y se hacen con las llaves del Fiat del conserje. Salen llevándose de rehén. Suben al coche y, con Vigio al volante y el Muerto en el asiento trasero con el conserje, se dirigen al Puesto Uno. Van lentamente y con las luces apagadas. Conocen el camino de memoria y es noche de luna llena. Al cabo de los doscientos metros que los separaban del portón, le hacen señas al consigna para que se acerque. Aprovechando la sorpresa, el Muerto lo encañona. Vigio lo desarma y lo ata dentro de la caseta de vigilancia. Sale con la pistola del guardia en la mano. El Muerto baja la ventanilla.

*Nene, dejá el arma.*

Vigio vacila.

*Que la dejes te digo. ¿Por? Si nos pescan con un arma oficial la pena es más grave. Haceme caso, dejala.*

Vigio piensa un instante y luego la tira dentro de la caseta. Se pone al volante y arrancan. Algunos kilómetros después, antes de encarar el acceso al barrio Belgrano, el Muerto le ordena que se detenga y apague las luces. Baja, le da la vuelta al coche, abre la puerta y obliga al conserje a bajar. Caminan cinco pasos por el descampado y se detienen. El Muerto lo empuja, el conserje se vuelve.

*No me matés, loco, tengo hijos.*

El Muerto no dice nada. Solo pestañea cuando la deflagración congela el gesto de terror. El conserje muere antes de llegar al piso. Carlos regresa al coche y se ubica en el asiento trasero. Vigio lo mira por el retrovisor. No tiene la inteligencia suficiente para darse cuenta de que fusilar a un guardia es más grave que quitarle el arma.

*Vamos* —dice el Muerto. Vigio debería haberse dado cuenta de lo que se avecina, pero no lo hace.

Atraviesan la ciudad, en las afueras toman una calle de tierra hasta el puente por donde se cruza el Piñeyro. Allí está la furgoneta, se detienen detrás de ella. Inmediatamente se abre la puerta y baja el Rengo. Se acerca cojeando y se asoma por la ventanilla del acompañante.

*¿Todo bien? Todo bien* —responde el Muerto—, *subí*.

El Rengo se sienta junto a Vigio. Los dos se vuelven hacia el Muerto.

*¿Trajiste la guita? Sí. A verla.*

El Rengo saca un sobre y se lo pasa. El Muerto lo inspecciona y se lo guarda en el bolsillo.

*Dame las llaves de la camioneta, vamos a seguir en este coche. ¿Por? Porque yo lo digo. Usted manda.*

El Rengo le da las llaves.

*Pónganse el cinturón, no quiero que nos detengan por una boludez* —ordena el Muerto.

Vigio vuelve a mirarlo por el retrovisor. Tampoco ahora se da cuenta de lo que viene. El Rengo percibe la impaciencia del Muerto y lo apura dándole un codazo. Se ajustan el cinturón de seguridad. En un movimiento veloz, el Muerto saca la pistola y *pam pam*, un tiro en la nuca para cada uno. Deja la pistola sobre el asiento. Baja. Las luces de un coche que se acerca lo ponen alerta. Instintivamente se coloca frente a la ventanilla para ocultar los cadáveres, amartilla la pistola a su espalda. Un chico joven con su novia se detienen en la banquina de enfrente.

*Hola, ¿algún problema? Nada, mis amigos tomaron un poco de más. Quiero convencerlos de dejar el coche acá.*

El chico siente que algo no anda bien y trata de ver dentro del coche. El Muerto decide matarlos, pero otro coche se acerca. Por alguna razón la chica se asusta.

*Vamos, Ricardo* —le dice, dándole un perentorio golpe en el brazo. *Okey* — responde el muchacho, y arranca.

El Muerto alza la vista, el coche que se acercaba desapareció por un camino vecinal. Abre la puerta del conductor, arroja la pistola dentro y empuja el cuerpo de Vigio para evitar que caiga afuera. Apaga las luces y el motor, quita el freno de mano, gira el volante para que las ruedas enfilen a la callejuela que baja hacia el río. Empuja un poco y el coche se desliza en silencio calle abajo. Se abre paso entre unos matorrales hasta que un sauce lo detiene. Los matorrales vuelven a cerrarse. Camina hasta la furgoneta, la pone en marcha y se va. El alba apenas comienza.



*¿Quién fue? —brama Flores dando un puñetazo en el escritorio y poniéndose de pie. La furia le enrojece la cara de luna llena picada de viruela. En la fuga participaron De Giusti y Fernando Vigio, un principiante. De apoyo estuvo el Rengo Márquez —responde el Indio Minetti, su segundo. Los quiero a todos. Jefe, De Giusti liquidó a Vigio y al Rengo. Flores lo mira con odio, como si él fuera el culpable de que su hermano esté muerto. Llamá a Gabriel y a Vázquez, los quiero acá de inmediato. Sin decir palabra, el Indio deja el despacho.*

Flores se derrumba en su sillón y se toma la cabeza con las manos. Desde siempre hubiera querido ser como Andrés, su hermano, un tipo tranquilo y honesto que intentaba hacer su trabajo lo mejor posible, y no el mierda que sabe que es, que no respeta a nadie más, que tiene negocios con todo el mundo y más dinero del que podrá gastar en toda su vida. Andrés veía la función como un servicio, Flores la ve como un negocio.

La puerta se abre, entran el Indio, Vázquez y Gabriel, los tres tipos más leales a Flores. Por sus semblantes, se da cuenta de que el Indio ya les contó lo sucedido. Flores vuelve a ponerse de pie.

*Quiero que dejen cualquier cosa que estén haciendo y encuentren al Muerto. No dejen lugar por batir, búsquenlo debajo de los adoquines, donde sea. Ojo, a este hijo de puta le gustan los lugares finos, no se gasten revisando los tugurios, vayan a los bares de la high, no me importa si le pisan los callos a un ministro. Quiero que lo encuentren, ¿entendido? Entendido —responden*

los tres casi al unísono. *Otra cosa —agrega Flores—, tráiganme al Turco hoy mismo, le voy a poner precio a su cabeza... ¿Qué esperan?, ¡salgan a buscarlo!*

Cuando los hombres se han retirado, Flores llama a su chofer.

*Salimos enseguida.*

Corta, marca otro número.

*Corti, te necesito en casa de la vieja en media hora... mataron a Andrés... okey... gracias.*

El viaje desde el departamento es demasiado corto para pensar cómo le dirá a su madre que su hijo está muerto. Andrés, su preferido, no necesitaba darle nada para que lo quisiera, infinitamente más que a él mismo, que le había dado todo lo que necesitaba y más. Empezando por la casa de diez habitaciones que se alza en la mejor parte de la avenida Pedro Goyena, adonde ya está llegando. Corti está en la puerta, acompañado por una mujer joven. Lo recibe con un apretón de manos y el balbuceo de sus condolencias. Entran a la casa. Flores les pide que lo aguarden unos minutos y sube la escalera saltando los escalones de dos en dos.

Asunción levanta la vista del punto de cruz para ver entrar a su hijo mayor. En el gesto y la ansiedad lee que algo grave ha sucedido. Flores se da cuenta de que ella lo ha percibido y hace más lento su caminar hasta su lado. La intuición de una pena formidable profundiza las arrugas en el rostro de la mujer.

*¿Qué pasa, Antonio? Tengo una mala noticia. ¿Qué, Antonio, qué? Es Andrés, mamá. ¿Qué pasó? Está muerto.*

Asunción se queda un segundo como suspendida en el aire. Como si estuviera mirando a través de Flores, como si prefiriese que fuera Andrés quien

estuviera dándole la noticia de la muerte de Antonio. La mirada se le pone transparente. *No, no, no* —dice con voz apagada y, como si la hubieran desconectado, se apaga y se derrumba en su sillón, el tejido al suelo. Flores se pone de pie, corre hasta la puerta, la abre y grita escaleras abajo.

*Corti, subí, rápido.*

El médico se pone de pie, toma su maletín y corre escaleras arriba seguido por su enfermera.

Pasa la tarde en casa de su madre. Duerme tranquila gracias a los sedantes que Corti le dio luego de reanimarla. La enfermera está sentada muy tiesa en una silla junto a la cama de la vieja, con instrucciones muy precisas de llamar al médico ante la más mínima incidencia. A eso de las ocho y media, suena el teléfono de Flores. Es el Indio.

*Decime... Okey... voy para allá.*

Corta y se pone de pie, la enfermera lo mira; le extiende una tarjeta.

*Tomá, piba, cualquier cosa me llamás enseguida. Sí, señor.*

El camino de regreso le sirve para recuperar la furia. Cuando entra a su despacho, su ira parece no tener contención posible. Vázquez y el Indio flanquean al Turco, sentado en una silla. Flores lo encara.

*¿Dónde está De Giusti? —le grita. ¿Quién? No te hagás el idiota, el Muerto. No lo sé.*

Flores saca su pistola, lo toma por el pelo y le apoya el cañón entre las cejas.

*Si me estás mintiendo... Te juro que no, Flores, por mi vieja.*

Flores lo escruta, es posible que no lo sepa, concluye.

*Averiguame dónde se esconde, quiero saberlo rápido, ¿me entendés? Sí, Flores, le entiendo. Si me llego a enterar de que lo pusiste sobre aviso, despedite. Y si sabés dónde anda y no me lo contás, voy a hacer que el infierno te parezca Disneylandia. ¿Está claro? Sí, lo que diga. Le juro que si sé algo se lo cuento enseguida.*

Flores parece recobrar la calma. Retira el arma, la guarda y le sonrío.

*Hay diez lucas verdes para quien lo entregue, hacelo correr por el ambiente. Sí, jefe.*

Flores se vuelve, camina hasta su sillón y, antes de sentarse, sin mirarlo, le dice: *Desaparecé, rata.*

Vázquez le abre la puerta. El Indio toma el teléfono y marca.

*Sale uno.*

María tiene la cara redonda, la boca pequeña y la piel de un color levemente aceitunado. Uno de sus ojos es de un celeste intenso, al otro lo palidece una nube, consecuencia de la paliza que le dio un amante en el curso de una discusión alcohólica. Es una de esas mujeres ingenuas que siempre se juntan con tipos malos. Mina fiel que lo estuvo esperando hasta que lo soltaron. A cualquiera le daría alegría que lo vengán a buscar el día que recupera la libertad. Al Muerto le da igual, pero la perspectiva de casa y comida inmediatas lo convence. Por el camino se mantiene distante y callado. María piensa que se debe al tiempo que pasó encerrado. Esa noche y las tres siguientes duerme sola. El Muerto las pasa en vela, mirando la televisión. La cuarta noche María le anuncia que debe ir a visitar a su madre y que se quedará a dormir allí. *Okey*, esa es toda su respuesta. El Muerto decide aprovechar su ausencia para ponerse más cómodo. Se traga un par de *Dormicum*, lleva la tele al cuarto y se acuesta desnudo. No tarda en quedarse dormido.

Lo despierta la mano de María tocándole el sexo. Se da cuenta de que hace rato que viene haciéndolo. Abre los ojos, la mira, le toma la mano con fuerza y la aparta. Ella se queda mirándolo con el codo apoyado en el colchón y la cabeza descansando en su mano.

*¿Qué pasa, Carlos, ya no funciona?*

El Muerto no le contesta, se está muy quieto mirando el techo, pensando. Al perder todas sus emociones también ha perdido la capacidad de excitarse. No le queda ni siquiera el reflejo mecánico, animal, que le pudiera producir una erección. Cuando lo supo se alegró: pensó que ocuparse de la vida sexual

demanda mucho tiempo y se corre el riesgo de enamorarse, hablar de más, producir despecho o ser delatado por ese ser impredecible que es la mujer. Pero se cuida mucho de que nadie lo sepa, especialmente en «el ambiente». Ahora ella lo sabe. *¿Dónde se habrá visto un criminal impotente?, ¿qué respeto les puede inspirar a otros criminales un tipo al que no se le levanta?, ¿qué lealtad en esa mujer fogosa a quien le encanta el sexo?, ¿cuánto demorará en dejarme y buscarse a otro tipo de avería que la satisfaga?, ¿y cuánto tiempo pasará antes de que le revele su secreto?* Intolerable. Lo sopesa, lo planea mentalmente y lo pone en ejecución. Se incorpora, se levanta de la cama, se afirma, se inclina hacia ella. Su puño viaja en una línea vertical ascendente y se incrusta en la mandíbula de María. Un golpe ejecutado con toda maestría, un golpe de *knock out*. La mujer cae de espaldas sobre la cama con los brazos abiertos a los costados de su cuerpo. El Muerto la monta sentándose sobre su vientre y le aprisiona las muñecas con las rodillas. Cuando le coloca sus manos en el cuello, ella lo mira con su ojo sano con inmensa tristeza, como si siempre hubiera sabido que este era su destino, y que por fin ha llegado. Carece de fuerzas para defenderse. El Muerto aprieta y aprieta y aprieta, comprimiendo más y más la tráquea y las carótidas. Ella sacude un poco las piernas, pone su ojo bueno en blanco y se desmaya. Él continúa presionando por algo más de tres minutos. Comprueba que está muerta. Saca el cuerpo de la habitación, regresa y sigue durmiendo.

Al día siguiente contempla unos instantes a la muñeca rota y experimenta lo que serían las últimas dos cosas remotamente semejantes a sentimientos. Primero algo ambiguo, una mezcla lejanamente parecida al remordimiento y la pena. Pero aligerados, decepcionantes, como esos productos *light* que falsifican el sabor original. Luego emprende la que será la tarea más desagradable de su vida: descuartizar a María, aunque en el transcurso de la operación termina tomándole el gusto. Los tres días siguientes los emplea en diseminar las partes por los cien barrios porteños, comprobando que son apenas cuarenta y ocho. Los quinieleros llaman a ese número *morto chi parla*.

El Perro Lascano llega hasta la puerta, suspira, se toma unos segundos, mete la llave en la cerradura y procura hacerla girar. Se atasca. Trata de volverla a la posición original, no se mueve. El mecanismo, oxidado por la falta de uso, resiste todos los intentos de liberar el cerrojo. Lascano piensa en desistir, buscar un cerrajero y postergar una vez más la entrada a la que fuera su casa, pero el tambor no gira para ningún lado. Esa llave encallada lo aprisiona, no le permite avanzar ni retirarse. Le da un golpe a la puerta y se oye un chasquido. Acciona la llave. Para su disgusto, la puerta se abre. La casa está intacta y polvorienta. Tiene el aspecto de haber sido abandonada precipitadamente en la víspera de alguna catástrofe: la guerra o uno de esos cataclismos que no dan tiempo a llevarse nada, el olor a huida flota en el aire. Lascano siente que esa casa fue habitada por otra persona o como si le hubiera pertenecido en otra vida a la que no quiere regresar. Un fugitivo de su propio pasado. Le repele volver a este lugar que cree infectado por la mala suerte, como si fuera una materia viscosa y contagiosa que se adhiere a todos los objetos. Sin dar un paso hacia el interior, recorre la estancia con la vista: la mesa y el sofá que alguna vez fue rojo, la jaula vacía, los muebles vetustos cubiertos de polvo. Las puertas de la pequeña cocina y de la habitación, ambas cerradas, ominosas, ciegas. Fantasea con prenderle fuego, considera llamar a Emaús y donar todo sin seleccionar nada, pero poner su pasado en manos de extraños se le hace promiscuo, repugnante. Suena su teléfono.

*Hola. Salud, Perro...*

Hay una sola persona en el mundo que lo saluda así.

*Hola, Sansone, ¿qué decís? Acá andamos. Necesito hablar con vos. ¿Es urgente? No lo sé, pero puede ser importante. ¿Cuándo nos vemos? ¿Ahora te viene bien? No hay problema. ¿Dónde estás? En el departamento. Voy para allá, ¿te parece en el Americano? Dame media hora.*

Nunca deja de sorprender a Lascano la sequedad de Sansone. Debe de hacer dos años que no se ven o hablan, pero el tipo lo trata como si se hubiesen encontrado ayer. Le tiene afecto a muy pocas personas, Lascano es una de ellas, pero no se lo expresa a nadie. El Perro no es hombre de dejar pasar las oportunidades. Cierra la puerta, echa llave y, aliviado por la excusa, sale del edificio.

Muchas generaciones de policías pasaron por el Americano, para conspirar, tramar, negociar o, simplemente, para echarse un trago al final del turno. Es uno de esos cafés arrasados por los vientos modernizadores. Esos que cambiaron sus mesas de madera y las sillas Thonet falsas por el aluminio, y el estaño por la fórmica. El personal, sin embargo, hace que conserve algo de su antiguo clima barrial, aunque los hayan despojado de la chaqueta blanca y el moño negro, y los enfundaran en un atuendo lila y marrón que algún gracioso cree que combinan. Huraños, no se les quitan los modales de trabajadores de la gastronomía, ni el aire resignado de quien recorre los mismos veinte metros cientos de veces al día. No tutean a los clientes, responden con monosílabos o ironía, padecen de pie plano.

Sansone es bajito y enérgico, un cascarrabias impenitente, pero un tipo derecho. Serio, impaciente y ansioso, siempre da la impresión de que está a punto de golpear a alguien. Levanta la mano desde una mesa del fondo al ver entrar a Lascano. El Perro, de pasada por la barra, le hace el gesto de un café al barista. Se sienta frente a Sansone y le sonrío.

*Amigo mío —dice Lascano—, tanto tiempo sin verte, con lo mucho que te quiero.*



A Lascano le hace gracia incomodar a Sansone con palabras de afecto.

*No jodas, Perro. ¿Qué tomás? Ya pedí. Está bien. Oíme, sabés que estoy ahora destinado en el hospital de la Treinta. No, no sabía. Hay un tipo allí que se está muriendo. ¿Quién es? Felisberto Rodríguez, alias Hueso, ¿te suena? No. Se pasó la vida entrando y saliendo de la cárcel. Lo más frecuente fue asalto a casas de familia, en especial de viejitos. Algunos con violencia. Ajá, ¿y? Bueno, como te dije, el tipo está pidiendo pista. Ayer me encaró y me dijo que quiere hablar con vos. ¿Sobre? Dice tener información muy importante sobre un crimen cometido hace muchos años y que tiene que ver con vos. ¿Qué crimen? No dio más detalles. Solo lo va a hablar con vos. ¿Qué te parece? Ni idea. Me pidió que te diera una dirección. ¿Cuál? Oleden y Tonelero.*

Lascano palidece.

*¿Pasa algo? ¿Qué más te dijo? Que vos lo ibas a entender. ¿Dónde está? En el hospital de la Unidad Treinta. ¿Cuándo puedo verlo? Cuando quieras. Mañana estoy de guardia, pasá a la hora que te venga mejor. De acuerdo, ¿me podrás conseguir el prontuario? Esperá un momento.*

Sansone marca en su celular. Lascano daría ahora un brazo por un cigarrillo.

*Hola, Martínez... Sansone... ¿Cómo andás?... Oíme, necesito un favor para un amigo... Sí, lo conocés, el Perro... Claro, si todavía estuviera en el cuerpo no te estaría llamando... Los antecedentes de un preso... Más tarde te paso los datos... ¿Cuándo los podrás tener?... Perfecto, le doy tu teléfono para que te llame.*

Como es su costumbre, Sansone corta la comunicación sin despedirse. Deja el teléfono, toma una servilleta y anota el número.

*Listo, hasta el jueves está de licencia, llámalo entonces que te consigue todo. Más tarde te paso el nombre y el documento. Muchas gracias.*

Sansone se pone de pie.

*¿No pensás decirme qué pasa?*

Lascano lo observa como si fuese un pez en un acuario. *No* —responde secamente. Sansone se encoge de hombros y sale.

A través de la ventana, Lascano lo mira alejarse, mezclarse entre la gente que anda por la calle y desaparecer. Tiene una sensación de irrealidad, de extrañeza. El mismo día que decide ir a levantar su casa, poblada de recuerdos que no quisiera evocar, aparece este mensaje que le roe las entrañas.

El Indio entra muy agitado al despacho de Flores.

*Lo tenemos, jefe, lo vendieron. ¿Al Muerto? Sí, va ahora a la Villa a comprar un fierro. Tenemos que apurarnos. Traé el mapa, llamá a los muchachos.*

El Indio despliega un mapa sobre el escritorio, saca su celular, marca y se lo pasa a Flores, quien habla sin dejar de mirar el plano de la Villa 31, junto a la estación de Retiro.

*Chino, ¿dónde estás?... Hay una entrega... Sí... andá para la 31... Llevate a tres hombres... No sabemos todavía, ustedes que están más cerca controlen la entrada de Esperanza... mando gente a cubrir 10, 12 y Perette... Vamos todos por canal 6, ¿de acuerdo?... Esperá el llamado para saber dónde está... Listo... no quiero errores.*

Sin despedirse, Flores corta la llamada.

*¿La tenés? Sí, pero el precio no es el mismo. ¿Qué decís? Estás muy caliente. ¿Por qué? Corre la voz de que el verdugo que liquidaste en la fuga de Ezeiza era hermano de Flores. ¿El conserje? Sí, el mismo. Si se llamaba Medina. Claro. No entiendo. Flores no se llama Flores, se llama Medina, le dicen Flores porque siempre las manda al entierro de los que liquida. ¿No lo*

*sabías? No.*

Filo se queda mirándolo, esperando que diga algo; como el Muerto no habla, lo hace él.

*Por eso subió el precio. Okey, ¿cuánto? Diez lucas. —El Muerto se toma unos instantes—. De acuerdo, a ver el fierro.*

Filo se pone de pie, sale de la habitación y regresa al cabo. Coloca una pistola y una caja de balas sobre la mesa. El Muerto la toma, es una Llama Especial 7.65. Está limada, pero aún puede leerse Gabilondo y Cía.

*¿Y por esto me querés sacar diez lucas? No, es por no delatarte. Está bien.*

Le está pidiendo prácticamente todo lo que tiene. El Muerto desliza su mano lentamente hacia donde esconde su navaja. Calcula el salto que debe dar para cortarle el cuello de un tajo sin que tenga tiempo para darse cuenta de lo que está sucediendo. Pero alguien aparece desde la otra habitación. Es un tipo lo más parecido a un gorila que haya visto en su vida, pero carga una doce grande recortada y amartillada que apunta a su pecho. La mano del Muerto cambia de rumbo y se dirige al bolsillo donde tiene el dinero.

*Eso no es necesario —dice, y deposita los billetes sobre la mesa. Filo sonrío: Nos conocemos, Muerto.*

Una vez contado y aprobado, Filo se pone de pie y le extiende la mano al Muerto. No la toma. Se levanta, guarda el arma y las balas, y sale. El barrio de la Villa está tranquilo y silencioso. Camina hasta el primer recoveco que encuentra y se oculta en él. Desde allí tiene una vista perfecta de la casilla de Filo. King Kong se asoma a la puerta, mira en toda dirección y vuelve a cerrar. Carlos carga la pistola, regresa sobre sus pasos sin hacer ruido y se aproxima a la ventana. Desde allí los oye.

*¿Viste qué fácil era? Le cobramos las diez al Muerto por el fierro y ahora vamos a cobrar las otras diez que Flores le puso a su cabeza.*

Filo toma el teléfono y marca.

*Hola, jefe... Sí... se acaba de ir... yo creo que va para la salida de Esperanza... vino por allí... Dele... no se olvide de quién le dio el dato... Ojo, va calzado... Bueno... Bueno...*

En el momento que corta, la puerta se abre de un golpe. Entra el Muerto apuntándoles con su pistola. Filo tiene un momento de estupor, el gorila toma la escopeta que está sobre la mesa, el Muerto le dispara dos veces, suficiente para voltearlo pero no para impedir el estampido y la perdigonada que dibuja veinte estrellas en el techo de chapa. Cuando le apunta a Filo, alza las manos en un inútil gesto defensivo. Uno de los balazos le atraviesa la derecha y se incrusta en su mejilla, el que viene detrás le da en la oreja. El Muerto se acerca al cuerpo de Filo y le revisa los bolsillos. Nada. Cuando se incorpora, ve que, junto a un pequeño armario, el polvo del suelo ha sido removido, como si hubieran arrastrado algo por allí. Se agacha y mete la mano. Hay un paquete. Lo saca. Lo abre. Es marihuana. Maldice. Una sirena, demasiado cerca. Sale de la casa. Pasos a la carrera en su dirección. Ve luces desde la calle 10. Se echa a correr, gira por un pasadizo hacia la autopista. La Villa se llena de gritos. Pasa por debajo de la autopista. Cuando llega a Inmigrante tiene que zambullirse bajo la carcasa de un coche para que no lo vean desde un móvil que viene al paso, con ocho ojos buscándolo. Apenas pasa, se incorpora, cruza corriendo y sigue hasta Trabajo. Vuelve a verlos, pero están lejos. Sigue derecho procurando llegar a las vías. Al atravesar Esperanza, lo detectan. Oye el rugido del motor acercándose a toda velocidad. Salta el alambrado y, cuando comienzan a sonar los tiros a su espalda, ya ha logrado meterse tras los galpones del ferrocarril. Corre por las vías. Tiene a sus perseguidores detrás. Por su derecha se acerca una formación de la línea de Tigre. Corre hacia ella. A último momento cruza la vía de dos saltos. El aire que desplaza el tren lo empuja, trastabilla, cae, se levanta y se vuelve, sus

perseguidores han quedado del otro lado. Se pone al trote hasta que gana la avenida Mugica, atraviesa el otro tramo de vías, encuentra un hueco en el alambrado, cruza Quiroga y aparece detrás de la Facultad de Derecho. Un taxi se acerca por allí. Teme que el tipo no se detenga, se para en medio de la calle. El coche frena. Saca su pistola, sube en el asiento del acompañante.

*Arrancá* —le ordena al chofer. *¿Adónde? Libertador derecho.* —El tipo está aterrado. *Tengo hijos* —le dice con voz temblorosa. *Callate y manejá* —le contesta el Muerto. Odia que sus víctimas le hablen de los hijos.

Anoche estuvo muy cerca. La muerte, cualquier muerte, es vista como anuncio de la propia. El miedo a la muerte, bien manejado, es el instrumento de gobierno por excelencia. La cana es en muchas ocasiones la encargada de administrarlo. Por eso tiene poca tolerancia cuando la situación se da vuelta y el miedo se les pone en contra. La policía no suele ser comprensiva cuando matan a uno de los suyos. Es un error, el Muerto lo sabe, pero no pudo evitar matar al conserje del penal de Ezeiza. Si hubiera sabido que era el hermano de Flores, tal vez lo hubiera pensado. A juzgar por el operativo que montó sabe que Flores viene con todo. Lo conoce bien. Había mexicanado a varios asaltantes bajo su amparo. Sabe que Flores no se lo va a perdonar, que lo va a perseguir hasta la tumba. No puede permanecer en Buenos Aires. Es demasiado conocido, demasiado buscado, demasiado notable. Las provincias no tienen nada que ofrecerle. Hora de alzar el vuelo.

Hay una persona en el mundo a quien el Muerto nunca perjudicó y que podría ayudarlo, si logra localizarla: Julio, el brigadier. Cuando pasó lo de la aduana, le encargó que se ocupara de un subcomisario que andaba peligrosamente cerca de sus negocios. El emisario que lo contactó le dijo: *Ocúpese de tal manera que no haya que volver a cuidarse de él.* Carlos estudió sus movimientos un par de días. Era un tipo rutinario. Lo esperó en la estación de Avellaneda y subió al mismo vagón del rápido a La Plata de las veintitrés. Se ubicó en el asiento que estaba justo detrás y esperó a que el tren cruzara por el puente de la avenida Mitre. Allí, las luces parpadean y las vías encajonan al convoy en un viaducto de cemento que embotella el ruido de las ruedas. Por un par de minutos es lo único que puede oírse. En cuanto las luces se

apagaron, puso la pistola a un centímetro de la nuca del policía y disparó. Cuando volvieron a encenderse, ya había guardado el arma. Se puso de pie, salió del vagón y dejó que el aire frío de agosto le diera de lleno en la cara. Se bajó del tren antes de que se hubiera detenido, descendió las escaleras a grandes trancos, ya en la calle subió a un taxi, le ordenó que lo llevara a la estación Villa Dominico. Allí tomó el tren de regreso a Buenos Aires. Los periódicos se incendiaron por el escándalo, pero nunca nadie supo quién había tirado del gatillo. Los encargos de funcionarios del gobierno son los mejores si se hacen con discreción. El brigadier quiso conocer al hombre que hizo un trabajo tan limpio y ordenó que le pagaran doble. Una que otra vez lo invitó a tomar whisky con putas en el Cutty Sark. Recuerda que tenía sus oficinas por Cerrito, entre Santa Fe y Marcelo T. de Alvear. Entra a cada uno de los edificios de la cuadra a mirar los carteles de las empresas. Encuentra la única relacionada con la aviación. Séptimo piso. La recepción fue modernizada. El Muerto observa a la recepcionista marcar un número. Lo memoriza. Cuando la chica levanta la vista, él mira por encima de su cabeza el logo de la empresa: un *jet* atravesando un halo azul en el que se imprime la frase «Sanitary Flights».

*¿Cómo me dijo que se llama, señor? Alonso.*

El Muerto le ha dado el nombre de guerra que utilizaba cuando trabajaba para él. La respuesta no se hace esperar. La recepcionista pulsa un botón del ordenador y se quita los auriculares.

*El brigadier le pide que por favor lo espere, no tardará en llegar —dice la chica con una sonrisa, sale de su cubículo y le hace un gesto para que la siga. El Muerto camina detrás de ella hasta que le abre la puerta de un despacho y con otro gesto idéntico lo invita a pasar. ¿Puedo ofrecerle un café? Muchas gracias —le responde, y la observa alejarse a través de la puerta que dejó entreabierta. Está bastante cambiada la oficina, pero el Muerto recuerda haber estado en este lugar. Entonces la empresa se llamaba Laneca y le pertenecía a don Alfredo, un empresario postal que Menem suicidó. Entretiene la espera*



jugando mentalmente a encontrar las diferencias entre lo actual y lo que recuerda. El despacho sigue siendo amplio y muy lujoso, los muebles son los mismos. El teléfono es otro y los artefactos de iluminación también. Una de las paredes está completamente cubierta de diplomas enmarcados en dorado, eso no ha cambiado. La mayor parte proveniente de instituciones aeronáuticas militares. Detrás del nuevo sillón giratorio hay una cantidad de fotos, también enmarcadas, pero en negro. Rodeados por una corte de funcionarios, Julio, con su uniforme de brigadier de gala, cambia miradas y sonrisas con Menem en algún evento público; joven el día de su graduación; con Haig, el secretario de Estado norteamericano; la que tenía con don Alfredo ha desaparecido. El resto concuerda más o menos con su memoria. Entra la chica y pone un pocillo de café sobre el escritorio.

*El brigadier ya llegó. Enseguida estará con usted. Muchas gracias* —contesta el Muerto, un poco sorprendido por la amabilidad del trato. Esto también ha cambiado, Julio nunca se caracterizó por ser un tipo gentil. Se bebe el café amargo. Oye el andar pesado, marcando el paso, del brigadier. Eso tampoco cambió. El Muerto se pone de pie, Julio entra seguido por la recepcionista, hace un gesto amplio con el brazo, estrella su mano contra la de él y se la estrecha con fuerza.

*Salud, Alonso, tanto tiempo. ¿Cómo le va, jefe?*

La chica se ha quedado a la puerta. Julio la mira.

*¿Necesita algo, señor? No, Alina, puede retirarse... cierre la puerta, por favor.* En cuanto lo hace le señala al Muerto la silla y toma asiento. *La verdad es que estoy muy bien, no me puedo quejar. ¿Y vos?* —pregunta con tono de extrañeza y agrega—: *tenía entendido que estabas guardado.* El Muerto sonrío cínico. *Me aburría adentro y decidí salir a visitar a los amigos.* El brigadier lo mira intensamente a los ojos, estudiándolo, sonriendo con una mueca de la mitad de la cara, mostrando la parte izquierda de sus dientes, demasiado separados y algo torcidos, mientras la otra mitad parece

paralizada. Apaga la sonrisa y pregunta con tono cuartelero: *¿Qué andás necesitando?* El Muerto hace una pausa: *Laburo, papeles y un pasaje a cualquier parte. ¿Te están buscando? Hasta los carteros me buscan. Okey, no podés haber caído en mejor momento. Tengo una operación en marcha y necesito un hombre de confianza. Mande. Vamos a llevar una carga a Barcelona. Hay que recibirla en El Prat. ¿Mucho? Esta es la primera, serán unos diez kilos. Si sale bien, habrá más. Hay quince lucas para el transporte y otras quince para vos cuando la entregues. ¿Te va? De primera. Ahora estoy seco. Por eso no te preocupes* —contesta Julio, se pone de pie, va hasta un pequeño armario, lo abre, pone una rodilla en tierra y hace girar la rueda de una caja fuerte. En cuanto se abre saca unos billetes, cierra, se pone de pie y se los entrega al Muerto. *Acá tenés. Con esto podrás sobrevivir hasta el viaje y comprarte el pasaporte* —dice mientras vuelve a tomar asiento y anota un número en un papel. Se lo entrega. *Llamalo de mi parte, cuando lo tengas pasame el nombre, así te saco el pasaje a Barcelona. Okey.* Julio levanta el teléfono y marca dos números. *Eduardito, vení a mi oficina, decile a Gustavo que venga también...* Corta. *Te voy a presentar a mis hijos, ellos van a pilotar el avión.* No termina de decirlo cuando se abre la puerta y entran los dos muchachos, tienen unos treinta años. El que presenta como Gustavo es muy parecido a él, circunspecto y con pinta de amargado. El otro, Eduardo, tiene una sonrisa irresponsable estampada en la cara.

*Chicos, este es Alonso. Él se va a encargar de recoger el paquete en Barcelona...*

El Muerto y los muchachos se dan la mano.

*... ¿Para cuándo está programado el vuelo?*

Gustavo tiene la misma voz que su padre.

*Dicen en Morón que, a partir del quince, cuando queramos. Muy bien. Alonso, en cuanto tengas tus papeles programamos el viaje. De acuerdo. Yo*

*me encargaré de organizar las comunicaciones entre todos nosotros.*

El brigadier alza un dedo en dirección a sus hijos.

*De ahora hasta la fecha del viaje, nada de boludeces. Del trabajo a casa y de casa al trabajo. A mí no necesitás decírmelo, decíselo al galán —dice Gustavo dando un cabezazo hacia su hermano. Se lo digo a los dos, ¿de acuerdo? ¿Algo más, pa? Sí, llámenlo a Mitre para que vaya de copiloto también. ¿Te parece necesario? Si no me lo pareciera no te lo diría.*

Los hijos salen de la oficina. El Muerto vuelve a sentarse.

*Son buenos pilotos, yo mismo los entrené y tienen muchas horas de vuelo. En eso no hay problema. Pero su madre los mimó demasiado, les falta calle. Por eso te necesito. No me falles. Usted sabe que conmigo no hay problema. ¿A quién le entrego allá? A Juano Conde, un empresario de la noche. Ya te daré los datos. Te pagará contra entrega. Yo te diré qué hacer con la guita. Okey, lo que diga. Ahora conseguite alojamiento y los papeles. Acá tenés mi número, nos comunicamos únicamente por él. Me llamás y cortás, en cuanto pueda yo te llamo a vos. ¿Entendido? Entendido.*

El brigadier se pone de pie y le estira la mano, el Muerto lo imita.

*Bienvenido abordo. Muchas gracias. No me agradezcas, hacé bien tu parte y todos seremos felices. Lo que usted mande. Ah, una cosa más. Diga. Por ningún motivo llames o vuelvas por acá.*

Carlos espera en un rincón cerca de una de las puertas, desde donde controla las ventanas y la otra entrada del Quitapenas, un barsucho de Villa del Parque que conoció tiempos mejores. Los ojos, recelosos e inquietos tras los lentes oscuros, vigilan a toda persona que atravesase su campo visual. La derecha aferra la pistola amartillada dentro del bolsillo del gabán. Su cita lleva media hora de atraso, oscurece, comienza a llover. La calle va quedándose desierta. La escasez de movimiento le permite relajarse. Un 109 se detiene en la parada. El Muerto observa, tras los cristales empañados, la silueta borrosa de una persona que espera la apertura de la puerta para descender. Una vez que lo hizo, el colectivo arranca revelando a una mujer que forcejea brevemente con el paraguas. Lo abre, cruza la calle en dirección a él. Al Muerto le pica la curiosidad. «¿Será posible que mi cita sea una mujer?», se pregunta. No le agrada esa perspectiva. La sigue con la mirada, entra al bar. Se acerca a una mesa, deja el paraguas contra la pared, se quita el impermeable, toma asiento y le pide un café al camarero que acaba de acercarse. Como cualquier mujer atractiva lo haría, ha notado que el Muerto la está observando y se cuida de devolverle la mirada. Él ya sabe que no es su cita, pero la contempla de todos modos.

La entrada de un hombre lo saca de su ensimismamiento. Es un *hippie* obeso de unos cuarenta años, de rastas grises amarillentas que huele a tabaco y sudor. Le sonrío. El Muerto se lo imagina a sus pies con el cráneo partido. No lo hará, al menos por el momento, lo necesita. Hablan solo lo necesario para que Carlos le entregue la mitad del precio pactado por los documentos falsificados. Una vez con el dinero en su poder, el *hippie* se levanta y sale

velozmente del bar. En el momento en que pone un pie en la calle un coche frena junto a él. Sube al asiento trasero y desaparecen.

Dos días después lo llama por teléfono.

*Ya lo tengo. Mañana, a las doce de la noche. Hay un bar que se llama Dadá. San Martín y Paraguay. Sea puntual y traiga la guita —fue todo lo que le dijo el hippie, y colgó.*

«El hijo de puta no es ningún idiota», piensa, «eligió un lugar público cerca de la city, seguramente atestado de gente un viernes por la noche».

Disciplinado y callado, con el cinturón ajustado, sentado en el asiento 5A, el Muerto observa con detenimiento a cada uno de los pasajeros que van por los pasillos con sus maletas, sus mochilas y sus bolsos, compitiendo por un lugar en los compartimentos para equipaje. Vigila por la ventanilla la pasarela móvil conectada al avión por donde los viajeros acceden a la cabina. Matrimonios, hombres y mujeres solos, familias, jóvenes con guitarras, todos con el nerviosismo prevuelo a cuestas, lo normal. Se pone alerta, por la caja vidriada vienen dos tipos de traje oscuro con gafas de sol y apurados. Son policías, lo sabe por la pistola que les abulta el sobaco. Entran. Hablan brevemente con la azafata. Ella se asoma a la cabina del piloto, dice algo, conversan cuatro palabras con el comandante que acaba de salir, se vuelve, desde adentro alguien le pasa un cartapacio. Los tres lo miran atentamente. Uno de los hombres señala algo en él. El comandante asiente con la cabeza, ambos miran en dirección al Muerto. El otro hombre se queda junto a la puerta mientras que el primero comienza a avanzar por el pasillo decididamente. No hay escapatoria. Se achica en el asiento. Quisiera ser invisible. El policía viene mirando los números y letras de las plazas. Se detiene en la fila 5. El Muerto se acomoda sin dejar de mirar hacia afuera.

*Gámez —le dice en secreto al tipo del 6C—, perdiste, levántate sin hacer quilombo.*

El pasajero se pone de pie. Tendrá unos cincuenta años, el pelo entrecano y lleva una chaqueta *pied de poule* gris, una prenda pasada de moda, muy parecida a la que solía usar su padre.

*Sacá lo que lleves y dámelo.*

Abre uno de los compartimientos, extrae un maletín y se lo entrega. El policía le hace un gesto invitándolo a salir. Dócilmente se encamina hacia la parte delantera de la nave seguido por su captor. Al llegar a la puerta, el otro hombre se adelanta y sale primero. Una vez en la pasarela, el Muerto observa que lo esposan con las manos por detrás. El comandante anuncia que, por una cuestión técnica, habrá una pequeña demora para despegar que será compensada durante el vuelo. Por la pasarela se alejan los canas con su presa.

El Muerto se levanta, va hasta el baño. En el reducido cubículo se mira en el espejo con curiosidad. Como si quisiera descubrir en su propia imagen algún rastro de aquel niño, de aquel joven que fue. Pero no lo hay. Muchos de los crímenes que cometió se le olvidaron, pero el de Mataderos sigue tan fresco en su memoria como el día que lo cometieron.

La tristeza es sólida, concreta, una presencia imponente en cualquier institución penitenciaria. Proviene de las generaciones de hombres que han tomado una decisión equivocada o que quedaron atrapados en las erráticas redes de la justicia y que pasarán el resto de su vida lamentando o negando. Pero no hay melancolía, los reos son personas muy entrenadas en la alquimia de convertir la tristeza en odio, en rabia. Una rabia silenciosa, domesticada por la rutina carcelaria que le quita al preso toda posibilidad de decisión. Los carceleros determinan cuándo dormir, comer, darse una ducha. Al quitarles la capacidad de elegir, el sistema también los hace irresponsables, los infantiliza. Les quedan el equilibrio emocional y la racionalidad de los niños, pero la fuerza y el poder de los adultos. El sistema impone la repetición sistemática de todos los actos para hacerlos previsibles. Pero lo consigue solo en apariencia. La ira de los prisioneros es larvada, está siempre al acecho. Como los niños a sus padres, los presos observan a los carceleros todo el tiempo, aprenden quiénes son, cuáles son sus puntos vulnerables, a quién de ellos se puede comprar, de quiénes habrán de cuidarse, saben todo sobre ellos. Los reos son como los grandes gatos de los circos que obedecen al látigo del domador, pero un día, sin razón aparente, su naturaleza salvaje se desata y la bestia se vuelve contra el amo, repentina como un rayo. La misma rutina que somete a los presos hace más vulnerables a los carceleros: su nivel de alerta adormecido, sus reflejos más lentos, su atención menor. La repetición continua de las actividades les hacen ver a la población carcelaria como una masa indiscriminada, no perciben las individualidades, las señales que anuncian un ataque inminente. En todo momento, sin embargo, como un rescoldo, arde en su interior la sensación de peligro, la inminencia de una

rebelión, de un motín. Ese cóctel de odio, peligro, miedo y tristeza que se respira en toda prisión acá se ha transformado en resignación y dolor. Acá se concreta el destino. De aquí no se regresa, acá termina la carrera. El pabellón treinta es el lugar donde los reos vienen a morir. En estas cosas va pensando Lascano mientras recorre los pasillos del hospital carcelario de la Unidad Treinta.

Al oír los pasos que se acercan, Hueso vuelve el rostro hacia el Perro. Sus ojos opacos, cadavéricos, naufragan en las cuencas. La presencia del visitante alumbraba en ellos un levísimo brillo de esperanza.

*Me dijeron que quería hablar conmigo. ¿Usted es Lascano? Sí. Me estoy muriendo. Eso dicen. Tengo algo para usted, si usted tiene algo para mí. Hable claro, ¿qué tiene? Información. Yo no estoy más en la policía, no la necesito. Lo que yo tengo para contarle es personal. Lo escucho. Antes tiene que prometerme algo. ¿Qué cosa? Que me va a conseguir lo que le pida. No puedo prometerle algo que ignoro. Entonces primero le digo lo que quiero y usted sabrá que puede conseguirlo. Me lo promete y yo le cuento.*

Lascano sabe que no puede fiarse de este tipo que tampoco se fía de él.

*Usted le mencionó a Sansone una dirección. Sí, de la calle Oliden. ¿Qué hay de eso? Eso es lo que puedo informarle. ¿Qué cosa? Lo que pasó allí aquel domingo. ¿A qué se refiere? No se haga el burro, Lascano, usted sabe perfectamente a qué me refiero. De acuerdo, yo sé lo que pasó allí, ¿cuál es la novedad? Usted sabe lo que pasó, pero no sabe quiénes fueron.*

A Lascano se le despiertan todos los sentidos. El asesinato de sus padres nunca se resolvió. Ahora este muerto viviente le viene con que sabe quiénes fueron. Desconfía, pero el tipo le ha dado un dato clave, la dirección de la casa.

*¿Y usted lo sabe? Yo estuve allí.*



Lascano toma aire profundamente, arrima la silla y se sienta para evitar saltarle al cuello, arrancarle lo que sabe a golpes y estrangularlo. Hueso lo mira con temor.

*¿Me lo va a decir? Primero su promesa. ¿Qué quiere? Yo me estoy muriendo. Eso ya me lo dijo. Lo que yo tengo es muy doloroso. Ajá. Acá se les acabó la morfina. ¿Y entonces? Necesito a alguien que me ayude a morir. ¿Qué quiere, que yo lo mate? No. Consígame la droga, ella me matará. ¿De dónde quiere que la saque? Usted es un tipo de recursos, Lascano, ya se las ingeniará. ¿Me lo promete?*

En el pecho de Lascano se instala el vacío de la angustia. Quiere y no quiere saber. La memoria le revive las emociones de aquella primera noche. Solo en la cama de la habitación para invitados de la casa de su tío Alberto. Ese paso violento a la orfandad lo convirtió en un invitado de la vida. Siempre de paso en todo lugar, sin un espacio que pudiera considerar su hogar. Las miradas de lástima de los adultos posándose sobre él todo el tiempo, como una maldición. La intemperie de un mundo transformado en un lugar solitario y peligroso. Las circunstancias lo obligaron a bloquear la herida, a no mencionarla, a no considerarla. Sus padres estaban muertos y eso era un hecho que nada podría modificar. Estaba obligado a hacerse fuerte si no quería correr el mismo destino. Ahora el pasado vuelve para decirle que aquella herida nunca cerró, que sigue tan viva como el primer día, pero inflamada por la negación. Sí, quiere saber quiénes fueron los responsables. Quiere verles la cara, quiere tenerlos enfrente. Siempre lo quiso, lo sabe ahora con toda certeza.

*¿Y quién le dice que voy a cumplir la promesa? Usted es un tipo de palabra, Lascano, eso lo sabe todo el mundo.*

Lascano se lo promete. Los párpados de Hueso bajan en un lento pestañeo de alivio. Se lleva la mano a la boca como si quisiera impedir que las palabras

salgan de ella.

*Por ser el más joven, yo fui de campana. El Rumano le dijo al Muerto que su padre guardaba en casa grandes cantidades de oro. Un momento, un momento, ¿quiénes son esos? El Rumano se llamaba Dimitru Albescu, había llegado de contrabando y muerto de hambre poco tiempo antes, se consiguió documentación falsa a nombre de Néstor Pascual. A él lo liquidaron en el asalto a Medias Silvana, a fines de los ochenta.*

Lascano da un respingo. El dato es real, él estuvo en ese tiroteo, donde también mataron al Pichón Laginestra.

*¿Y el otro, el Muerto? Ese está vivo, se llama Carlos De Giusti. Siga. Yo estaba afuera vigilando. El Muerto degolló a su padre porque no quiso decirle dónde escondía las joyas. Después metió a su madre en la habitación para cogerla. En el forcejeo ella le arrancó la capucha. Esa fue su sentencia, le había visto la cara. ¿El Muerto la violó? Yo no lo vi, estaba en otro lugar de la casa, pero la oí gritar hasta que la apuñaló en el pecho. ¿Cómo sé que lo que me está contando es cierto, que no es un cuento de preso viejo? Lascano, yo estuve allí. Pruébelo. En la casa no encontramos ningún oro, ni dinero, ni nada. El único oro que vimos fue una medalla con forma de sol que llevaba su madre. ¿Qué hizo después? Escapar. Un vecino nos vio y llamó a la policía. ¿Y Carlos? No lo sé, yo caí preso y nunca más volví a verlo.*

Lascano la había olvidado. Como un *flash* se le representa aquella joya que su padre le había hecho a su madre: era el sol de la bandera argentina en oro, pero sonriente. La recuerda pendiendo sobre el canal de sus tetas.

*¿Dónde está De Giusti ahora? Está preso en Ezeiza.*

Lascano ya no quiere oír más. Se pone de pie. Hueso le toma la mano.

*¿Me va a conseguir lo que le pedí?*

Lascano se libra de la mano y lo mira a los ojos fijamente unos instantes. *Haré lo posible* —murmura, gira y sale del pabellón. La voz de Hueso, como un lamento, lo alcanza cuando traspone la puerta.

*No se olvide de mí, Lascano.*

«Como si pudiera», piensa el Perro, y se apura por el pasillo hacia donde brilla el sol.

*En la época en que el artista movilizaba todas sus taras para producir una obra que las ocultase, la idea de entregar su vida al público ni siquiera lo rozaba. No se imagina uno a Dante o a Shakespeare anotando los menudos incidentes de su existencia para ponerlos en conocimiento de los otros. Quizá incluso tendían a dar una falsa imagen de lo que eran. Tenían ese pudor de la fuerza que el deficiente hombre moderno ya no tiene. Diarios íntimos y novelas participan de una misma aberración: ¿qué interés puede presentar una vida? ¿Y qué interés los libros que parten de otros libros o espíritus que se apoyan en otros espíritus? No he sentido una sensación de verdad, un estremecimiento de ser más que en contacto con analfabetos: los pastores, en los Cárpatos, me han dejado una impresión mucho más fuerte que los profesores de Alemania o los vivillos de París, y he visto en España mendigos de los que me gustaría ser su hagiógrafo. No tenían ninguna necesidad de inventarse una vida: existían; cosa que no les sucede a los hombres civilizados. Decididamente, nunca sabremos por qué nuestros antepasados no se atrincheraron en sus cavernas.*

El sonido del timbre interrumpe la lectura y disgusta a Fuseli. Deja el libro sobre la mesa, pone los pies en el suelo, se alza trabajosamente de su *Lounge Chair* y camina hasta el intercomunicador. Malhumorado, anticipa que será algún vendedor de biblias o alguien por el estilo.

*¿Quién es?... Esto sí que es una sorpresa... Bajo.*

Cuelga. Piensa. Le intriga qué traerá a Lascano, a quien fuera su mejor

amigo, hasta su puerta. ¿Cuánto hace que no se ven?, ¿tres, cuatro, cinco años? Sale al pasillo, pulsa el botón de llamada del ascensor. Siente que su corazón se ha puesto al trote. Está emocionado como una quinceañera esperando a su novio. Inquieto, abre la puerta en la planta baja y allí está, a la entrada, tras el Blindex, igual a sí mismo, pero diferente. Nada hay que nos señale con mayor precisión y crueldad el paso del tiempo que el reencuentro con viejos amigos. Cada uno ve las huellas de la edad, el trabajo de muerte que los años tallan en el rostro del otro; la cotidianidad nos oculta los sutiles cambios que se operan día a día en nosotros. A pesar de ellos siempre nos reconocemos. El otro es un espejo implacable. Por esa razón, Fuseli jamás asiste a reuniones de antiguos compañeros de estudios o de trabajo. Aborrece esas conmemoraciones en las que parece que alguien hubiera arrojado una nube de cenizas sobre los vetustos comensales, que se comportan como cuando tenían veinte.

Con los ojos fijos el uno en el otro, Fuseli abre la puerta. Se miran sin decir palabra. En un mismo impulso, se abrazan para que el otro no vea la emoción. Sueltan el abrazo, Fuseli gira velozmente dándole la espalda a Lascano y emprende la marcha hacia el ascensor.

*Vení, pasá.*

Durante todo el viaje evitan el contacto visual mirando uno hacia el suelo y el otro al techo. Entran al apartamento. Fuseli deja pasar a Lascano y cierra la puerta. Sobre la mesa está el libro abierto y bocabajo. El Perro lo mira.

*La tentación de existir —lee—. ¿Otro canto a la alegría?*

Fuseli festeja la ironía sonriendo complacido.

*¿Qué tomás? ¿Qué tenés? Tinto. Perfecto.*

Lascano lo observa descorchando la botella y sirviendo las copas. Sabe que el

vino será exquisito, Fuseli es también un sabio en cuestiones gastronómicas. Portando las dos copas, le indica a Lascano que lo siga a la terraza. Se sientan a una mesa que se pretende, con gracia suficiente, de la antigua Roma. Brindan, beben. Atardece en Buenos Aires. El sol oblicuo y ya invisible tras los edificios de Córdoba tiñe de rojo el cielo produciendo el bello espectáculo de la polución que los malhumorados choferes, atrancados más abajo en la avenida, no pueden ver. Ha caído entre los dos hombres un silencio incómodo. Fuseli se revuelve en la silla.

*¿Cómo está Eva? Muy bien. ¿Y Victoria? Adolescente. Todo dicho. ¿Hablamos del pasado? No, Antonio, no es necesario. ¿No querés aclarar nada? A mí me parece que está todo claro. ¿A qué debo el honor entonces? A dos cosas. A saber. Una: ver si queremos recuperar nuestra amistad. Ya veo que sí, ¿me equivoco? No, Perro, de ninguna manera. ¿Y la otra? A pedirte algo. ¡Siempre tan interesado!*

Los amigos festejan la ocurrencia haciendo chocar las copas y acabándolas de un trago. Fuseli se levanta, va hasta la cocina, regresa con la botella y sirve.

*¿Qué necesitás?*

Lascano se toma un momento para ordenar la información en su cabeza. Bebe un sorbo, deja la copa en la mesa y se inclina hacia Fuseli.

*Hay un preso que se está muriendo. Está en el hospital de la Treinta. Le dijo a Sansone, ¿te acordás de Sansone?... Claro, cómo no lo voy a recordar. Bueno, le dijo al petiso que necesitaba hablar conmigo. Fui a verlo. Me confesó que había sido el campana cuando asaltaron la casa de mis viejos. A la mierda. Y me reveló quiénes fueron sus asesinos. ¿Le creíste? Sí, hubo un par de detalles que solo pudo conocerlos alguien que hubiera estado allí. ¿Cómo lo llevás? Como el culo, no puedo pensar en otra cosa. ¿Qué pensás hacer? No tengo idea. ¿Quiénes son? Uno de ellos está muerto, el otro, el principal, está en Ezeiza. Te lo pregunto de nuevo, ¿qué pensás hacer? Ya te*

*lo dije, no sé. Me dan vueltas por la cabeza mil ideas. ¿Vengarte? Esa es una. Por lo pronto quiero verle la cara. ¿Qué me querías pedir? Hueso me dio la información... ¿Quién es Hueso? El moribundo. Ah, bien. Me dio el dato pero me hizo prometerle que lo ayudaría a morir. En el hospital se quedaron sin morfina y a él se lo está comiendo un cáncer muy doloroso. ¿Querés que yo se la lleve? Sí, es lo que vengo a pedirte.*

Fuseli sacude la cabeza sonriendo.

*Perro, muchas veces me parece que llevás eso de tener palabra demasiado lejos. Tal vez, pero soy así.*

Vacila unos instantes, piensa y repiensa. Le pone una mano en la rodilla.

*Dejá a ese Hueso por mi cuenta. ¿Cómo me dijiste que se llama? Felisberto Rodríguez. Yo me ocuparé de él. Te lo agradezco.*

*Buen día, ¿cuál es Rodríguez?*

El guardia consulta una planilla.

*Buen día, doctor. Cama trece, tiene visita. Gracias. A la orden.*

La noche de dolor ha dejado profundos rastros en la cara demacrada de Hueso. A su lado, la madre levanta la vista hacia Fuseli, que se acerca.

*¿Usted es Rodríguez?*

*Sí —responde Hueso, acomodándose en la cama como puede. Fuseli se dirige a la mujer: ¿Y usted? Soy la madre. Ya veo, menudo trabajo haber traído a*

*este mierda al mundo. ¿A mí me lo va a decir?*

Hueso tiene la voz vencida y jadeante.

*¿Qué quiere? Vengo por encargo de Lascano.*

Hueso se anima y sonrío.

*No te alegres. No voy a darte lo que pediste. ¿Por qué? Porque no te lo merecés. Te pasaste la vida jodiendo a todo el mundo. Nunca te importó el sufrimiento de los demás...*

La madre sigue el discurso de Fuseli asintiendo con la cabeza a cada punto y cada coma.

*... no te merecés morir en paz. Vas a pagar todos los actos de tu vida con dolor, y cuando los pulmones te fallen te vas a asfixiar como un pescado fuera del agua. Vas a morir como el hijo de puta que sos. Con perdón, señora.*

Hueso solloza. La madre se incorpora.

*Ahora llorás. ¿Sabés cuánto lloré yo por tu causa? Siempre te dije que las ibas a pagar todas juntas. Ahora te llega el momento. Ya ves, nadie te quiere, nadie va a ayudarte. La única persona que va a estar a tu lado seré yo. Y lo estaré solo para asegurarme de que te fuiste al infierno para siempre.*

A Fuseli lo sorprende la crueldad de esa mujer de ojos secos y ademanes enérgicos. Se vuelve a Hueso y le suelta: *Para que lo sepas, la madre es el peor enemigo del hombre.*

Fuseli gira y se va. La madre se sienta nuevamente, en silencio, una hora que Hueso la pasa gimiendo. Llega el médico que sigue su caso. La madre se levanta, lo saluda, saca de su cartera una bolsa de plástico con el logo de la



farmacia Rp Porteña y se la entrega.

*Acá tiene la morfina, doctor. Ah, perfecto, comenzaremos a administrarla de inmediato.*

El médico atraviesa el pabellón rumbo a la salida. La madre vuelve a sentarse. Con mano temblorosa, Hueso trata de tomar la de su madre. Ella la retira airadamente y la cruza con la otra sobre el regazo, sin mirarlo.

*Haceme un favor una vez en la vida. Morite pronto, porque otra no pienso comprarte.*

Lascano se está ocupando de deshacer su viejo departamento, Victoria se ha ido a averiguar cómo se hace el ingreso al Ciclo Básico Común de la universidad. Eva disfruta de este momento de soledad. Vestida con su ropa de gimnasia coloca su esterilla en el suelo. Se sienta encima. Adopta el *ásana* del loto y cierra los ojos. *Aing, aing, aing*. Se siente en calma. Su conciencia se dirige naturalmente hacia campos de mayor felicidad. Con su ojo mental ve los colores del alba, dorado pálido virando lentamente hacia el celeste, el azul, el violeta. Ruidos a la puerta. *Aing, aing, aing*. Repite el mantra que la aleja de todo estímulo exterior y le permite concentrarse en su interioridad. Nubes. La contemplación de ellas le permitió superar el miedo a volar. Pasos por el pasillo. *Aing, aing, aing*. Vuela ahora sentada en la posición del loto, en medio de la sala. Siente el olor de Lascano. Ya que no puede evitar distraerse, sin abrir los ojos Eva se entrega a percibirlo con todos sus otros sentidos, que es como si lo estuviera viendo o más. El aire que desplaza al moverse le indica que va en dirección a la mesa del comedor. Se desplaza en un silencio respetuoso. No quiere interrumpirla, no sabe que ya lo ha hecho, no sabe que ella lo está observando. A Eva la divierte como a una niña espiarlo sin que lo advierta. Oye el ruido inconfundible que hacen sus ropas al sentarse, el roce de sus codos sobre la mesa, su respiración... su respiración... su respiración. Hay algo allí. *Aing, aing, aing*. Los colores que veía en su interior han variado rápidamente. Marrones opacos, distintas tonalidades de gris que tienden a uniformarse oscureciéndose. Los surcan fosfenos morados, eléctricos, violentos. Algo anda mal. Eva no quiere ir por ese camino. Es hora de volver a la razón, a la conciencia. Averiguar qué está pasando. Lentamente abandona la posición y abre los ojos. Poco a poco entra

en foco Lascano, sentado de espaldas a la ventana tras la cual se difumina la selva en miniatura en que ella ha transformado la terraza. Él la está mirando, ella sabe que lo hace desde que llegó. Él intenta una sonrisa, pero solo se dibuja en sus labios una mueca triste. Ella deshace el *ásana* y se pone de pie sin ningún apuro. Camina hasta él, se inclina, lo besa en los labios y toma asiento sin dejar de mirarlo a los ojos. Presiente en ellos un anuncio que, intuye con toda precisión, no le resultará grato. Viene con una abrumadora carga de... ¿angustia?, ¿pesar?, ¿tristeza?, ¿rabia?, ¿todo junto? Hay que hablar. Él no va a comenzar.

*¿Tan mal estamos?*

Lascano baja la vista y asiente con la cabeza.

*¿Me lo vas a contar?*

El hombre repite el gesto.

*Din-don.*

Eva levanta la vista hacia el pasillo, se pone de pie y camina hasta la puerta. Es Victoria quien entra.

*¿No tenés llaves? No las encuentro. ¿Las perdiste nuevamente? No sé, mamá, no las encuentro* —contesta la chica con el tono aburrido que siempre emplea para dirigirse a los mayores. El mismo que emplea para dedicarle un *Hola* desteñido a Lascano cuando pasa distraída a su lado. *Hola* —responde, y se queda observándola deshacerse de la mochila, tomar posesión del sofá y encender la tele. Mira la pantalla con desinterés. La pantallita del móvil ilumina artificialmente su rostro y sus ojos se fijan en ella. No ha mirado a su madre ni a Lascano una sola vez, ellos la contemplan como si fuera un extraterrestre que acaba de bajar de un plato volador.

*¿Querés tomar algo? ¿Hay Coca-Cola?* —dice, sin mover un músculo ni levantar la vista. *Creo que sí.*

Eva y Lascano cruzan una mirada elocuente que expresa las interminables conversaciones que han sostenido al respecto de la adolescente y, al mismo tiempo, la desazón que les produce que haya interrumpido una conversación que se presiente muy importante. Es como si el inexpresivo aislamiento en que la chica se sumerge levantara un muro que los separa a todos. Por unos momentos, Eva siente crecer dentro de ella el resentimiento que le produce la presencia de las dos personas que más ama en el mundo, precisamente porque las ama. Con lo bien que lo estaba pasando consigo misma. Toma aire, profundamente.

*¿Querés algo? Un café* —responde Lascano, y agrega—. *Por favor.*

Eva desaparece rumbo a la cocina. Regresa al cabo de unos minutos trayendo en una bandeja dos cafés y un vaso con el refresco, y la apoya sobre la mesa. Toma el vaso y lo lleva hasta la mesa baja frente a Victoria, lo coloca con cierta energía. La chica no tiene reacción alguna, absorta y sonriente con la vista clavada en la pantallita y los dedos tecleando a hipervelocidad.

*De nada* —gruñe Eva mientras se vuelve a Lascano—. *¿Lo tomamos en la terraza?*

Por toda respuesta, Lascano se pone de pie, abre la puerta-ventana, toma las dos tazas y mira a Eva invitándola a pasar.

Es el tiempo de la lenta muerte del verano. La noche es transparente, la brisa remolonea entre las grandes hojas de las difembaquias, tan bellas como venenosas. Sentados en un *diwali* que Eva compró dos días atrás en la falsa tienda india del Buenos Aires Design, beben en silencio. Al acabar, ella le saca el pocillo de la mano, deposita los dos en el piso y lo mira condescendiente. No duda de que el momento no será festivo para nada ni

para nadie.

*Dispare, comisario.*

Lascano le devuelve algo lejanamente parecido a una sonrisa, se aclara la garganta innecesariamente y le toma las manos. Fija la vista entre sus zapatos, en una laja, en el dibujo que un molusco pretérito dejó como un sello en la piedra caliza, y comienza a contarle a su mujer el encuentro con Hueso. Eva lo escucha sin mover un músculo, pero sintiendo que en su interior crece una especie de agotamiento doloroso que paulatinamente va convirtiéndose en ira contenida. Cuando Lascano acaba su relato siente la necesidad de tener las manos libres y las retira. Él interpreta el gesto como lo que es, un profundo hartazgo de la violencia, de las relaciones con gente despreciable y malvada, de un pasado ominoso y vano que se resiste a ser olvidado. Vuelve aquel deseo de estar a diez mil kilómetros de distancia de todo y de todos. Se imagina en una isla, triste pero con la seguridad que solo puede obtenerse de la más absoluta soledad. Mira a Lascano, el hombre con quien comparte su vida, su intimidad, con quien han construido aquella idea de porvenir convertido en este presente que parece estar a punto de derrumbarse. No deja de mirarlo y de pronto se le hace extraño, lejano, distante, otro. Lo mira despojada de toda subjetividad y lo que ve no le gusta.

*¿Qué pensás hacer? No lo sé —contesta, pero hay un no saber y un no saber. Este es un no sé de ganar tiempo, el mismo no sé del que muchas veces se vale Victoria, su hija, para finalmente hacer aquello que le venga en gana. Se impacienta. Vos siempre sabés lo que querés, no te hagas la princesa ahora. En lo profundo de la voz de Lascano hay un niño desvalido. Tratá de entenderme, Eva. Esto me dio vuelta la cabeza. Yo no pude darme el lujo de sufrir la muerte de mis padres, de llorarlos, tenía que sobrevivir. Eva no tiene ningún deseo de ir por el sendero sentimental, ni por la nostalgia y, al mismo tiempo, siente la culpa de no intentar comprenderlo ni justificarlo. Lo que experimenta es un rechazo visceral, como si se tratara de un alcohólico reincidente. Te lo pregunto una vez más, ¿qué pensás hacer? ¿Buscarlo? El*

tono de la voz de Eva pone a Lascano a la defensiva. *No necesito buscarlo, sé dónde está. ¿Dónde? Está preso en Ezeiza. ¿Irás a verlo? Quiero tenerlo enfrente. ¿Para qué? Para verle la cara. Estás empeñado en revivir el horror de tu vida. ¿No sería más sabio dejarlo que se pudra en la cárcel? Tal vez, pero viviría pensando en él, que un día pudiera salir. Ya es un hombre viejo. Si lo veo en su decrepitud, tal vez pueda perdonarlo. El único perdón, querido, es el olvido. No sé, siento que tengo que darle una conclusión a todo este asunto. Esto solo puede concluir de dos maneras. ¿Cuáles?... Que muera él o que mueras vos. Ahí es donde la cosa se va a terminar realmente. No voy a acompañarte en ninguno de esos caminos. ¿No creés que haya otra posibilidad? La hay, por supuesto. ¿Cuál es? Comprender profundamente que nada de lo que hagas te hará mejor persona ni cambiará lo que sos. Tenés que dejarlo ir.*

Lascano hace un gesto indefinido, suspira, se lleva las manos a la cara. Queda claro para ambos que esto último no es algo que esté al alcance de Lascano desde que sabe lo que sabe. Eva toma las tazas, se pone de pie. Lo mira un instante. Este no dice nada ni le devuelve la mirada, tiene la sensación de que el bicho de la piedra se ha retorcido un poco más. Eva sale de la terraza. Lascano se deja caer de espaldas en el sillón. La luna se esconde tras las nubes.

Juano Conde está de pésimo humor. La policía lo hizo salir de la cama muy temprano esta mañana, a él, que nunca se levanta antes de las cuatro. Pero las actividades de ocio nocturno le han enseñado a ser condescendiente con ellos. Tienen la capacidad de hundirle el negocio sólo con su presencia a la puerta del local. A los habitantes de la noche los espantan los uniformes. Trató de hacer una siesta, pero la cabeza no lo dejó.

Y ahora, por la noche, tiene que aguantar a estos gitanos. Los odia, desde niño, cuando tenía que atravesar el barrio de La Mina para ir a la escuela. Aquel era su reducto, tantas veces lo atracaron que terminó teniendo que dar una vuelta enorme por Amaya hasta Penyafort y aún así, muchas veces se los encontraba. Pequeños chavales, a veces menores que él, que le robaban lo que llevara, y lo hacían volver llorando a casa. Ellos detrás en burlona procesión todo el camino. Juano resuelve que va a despedir al imbécil que los dejó pasar y que los trajo hasta su despacho. Entra apurado y se sienta a su escritorio sin mirarlos.

*¿Qué puedo hacer por ustedes?* —pregunta seco y brusco.

Obedeciendo a una táctica preestablecida, Heredia toma la voz cantante mientras Quico observa y registra todas las reacciones del interlocutor.

*Querido Juano* —arranca con tono afable—. *¿Puedo llamarlo Juano? Así me llaman todos, no hay problema. Bien. Nos han dicho que tiene ganas de vender el local. ¿Quién se lo dijo? Un pajarillo.*

Quico observa que Juano cruza los brazos sobre el pecho, se siente vulnerable y se pone a la defensiva. Con un movimiento deliberado, que simula accidental, pateo la base del escritorio. Juano da un respingo y lo mira.

*Pues el pajarillo está equivocado. El local está funcionando bien y no tengo intenciones de vender. Tenemos entendido que está teniendo problemas con la habilitación. Eso siempre pasa. Y sabemos también que sus accionistas están un poco nerviosos. Eso también pasa. Entonces, ¿no quiere vender? No.*

Juano sabe que este y todos los negocios de la noche se mueven al filo de la legalidad, son siempre precarios. Otro local se pone de moda, una mala relación con cualquiera de los organismos de control, una temporada floja, clima adverso, vecinos combativos, cualquier cosa puede llevarlo a la ruina. Por eso siempre ha procurado tener un comprador a la mano. Si la cosa se pone pesada hay que tener la posibilidad de vender antes de la catástrofe, salvar aunque sea parte del capital invertido y alzar el vuelo en busca de mejores aires. Pero estos, cree, nunca serán buenos compradores. Coge el teléfono. *Disculpen un momento* —dice, y pulsa tres botones—; *por favor, que suba Coyote.* —Y agrega dirigiéndose a los dos hombres—: *Vamos a aguardar a que venga uno de mis asesores.* No deben esperar mucho, la puerta se abre y entra el tal Coyote. Mide dos metros de alto por uno veinte de ancho, tiene la nariz rota de los boxeadores, y un bulto respetable en la cintura que, cuando se abre la chaqueta, no es otra cosa que una nueve plateada; hasta Heredia parece pequeño junto a él. Juano se pone de pie.

*Vean, señores, yo no vendo y no creo que ustedes estén en condiciones de comprar. ¿Sabe usted quiéne somo? Claro que lo sé: tú eres el Quico, el hijo de la Rosario, y tú eres Heredia, su cuñado. Tu madre está presa y tu hermana tiene más poder que tú y no puedes mover un gramo de cocaína sin su permiso. Necesitas una nueva pantalla. Pero yo no os voy a vender la discoteca así seáis los últimos compradores del mundo. ¿Y eso por qué? Porque no me gustan los gitanos, no me gustan sus tretas y sus mañas, y a mí*



*no me asustan sus maldiciones. Sois una panda de inútiles que no aportáis nada, que traéis niños al mundo solo para hacerles robar, que vivís en chabolas de la caridad del Estado y que solo sabéis traficar y robar.*

Quico y Heredia se ponen de pie a la vez.

*Ya te haremos comer tu mierda* —le dice Quico, y escupe sobre el escritorio antes de girar para salir. Coyote se interpone entre Juano y ellos.

*Ya te veré en la mesa de la autopsia* —ladra Heredia al salir. Coyote sale detrás de ellos. Juano siente una punzada en el pecho. «No debo alterarme así», piensa, se sienta, y se mete una pastilla de nitroglicerina bajo la lengua.

Lascano abre los ojos. A su lado, Eva duerme tranquila con la cabeza vuelta hacia la ventana. Se levanta cautelosamente. Al dejar la cama, la mujer murmura algo entre sueños. Está amaneciendo. Se mete en el baño. Se mira al espejo brevemente. No le lleva demasiado tiempo arreglarse para salir. Entra al vestidor, donde se pone la ropa de memoria, sin encender la luz para evitar el riesgo de despertar a Eva. Camina por el pasillo. Por la puerta del dormitorio de Victoria sale una luz azulada intermitente. Se asoma. La chica está sentada en la cama con la espalda apoyada en la pared, jugando con su *tablet*. A su lado, Fito, el novio, con sus gruesos auriculares calzados, juega a matar monstruos en la *playstation*. Ninguno de los dos parece advertir su presencia. Golpea el marco de la puerta.

*¿No duermen?*

Victoria se vuelve hacia él.

*Ah, hola.*

Fito se toma unos segundos manipulando los mandos de su consola. Presiona un botón y se quita los auriculares. Los ojos enrojecidos dan cuenta de que se ha pasado las últimas siete horas pegado a la pantalla.

*Buen día, señor Lascano. Buen día. ¿Quieren desayunar? No* —responde Victoria desganada, volviendo a su pantalla. Fito le sonrío y se queda mirándolo con la evidente expectativa de que se vaya para seguir haciéndose

cargo de sus monstruos virtuales. Lascano se vuelve. De pasada por el pasillo toma sus llaves y abandona la casa. Ya en la vereda piensa un segundo y decide no ir en su coche. Camina un par de cuadras y llama a un taxi. Media hora más tarde se detiene ante la puerta vidriada donde se inscribió la palabra «Prontuarios». Allí lo destinaron muchos años atrás, cuando la superioridad se quiso sacar de encima el caso Böll. Entra. Lo único igual es la puerta. Adentro todo cambió. Los archiveros y las estanterías llenas de carpetas han desaparecido. Los escritorios de madera fueron reemplazados por otros de fórmica y hierro cromado, computadoras en cada uno, oficiales u oficiales frente a cada pantalla. Los viejos polvorientos que solían trabajar en los registros de antecedentes de la ciudadanía hace rato que duermen la paz de los justos. Una chica joven y marcial, con el cabello recogido muy tirante, se pone de pie.

*¿En qué puedo serle útil, señor? Vengo a ver al comisario Martínez. ¿De parte de quién? Lascano.*

Un sargento muy joven, con una sombra sobre los labios que se pretende bigote, gira la cabeza y observa a Lascano con curiosidad. La chica desaparece para regresar unos instantes después y hace pasar a Lascano. Antes de entrar al despacho de Martínez lo oye cuchichear con una compañera.

*¿Sabés quién es ese? No, ¿quién? El Perro Lascano. No jodas, ¿de verdad? Te lo juro, era amigo de mi padre. Pensé que era más viejo o que ya había muerto.*

Martínez lo espera de pie con una sonrisa ancha. Se abrazan.

*Perro querido, tanto tiempo. ¿Cómo andás, Martínez? Acá de esclavo, como siempre. Pero me dijeron que vos echaste buenas. Más o menos, una prima me dejó unos pesos. ¿Unos pesos...? Eso no es lo que se rumorea. La gente exagera. ¿Qué hacés por acá?... si yo hubiera heredado, este sería el último*

*lugar del mundo... Hay un caso muy antiguo que me interesa personalmente. ¿Se puede saber de qué se trata? Claro. A mis viejos los asesinaron cuando yo era un pibe. Sí, sabía. El caso nunca se resolvió. Bueno, apareció un tipo que dijo saber quién había sido.*

Martínez se calza los anteojos y mira la pantalla de su computadora.

*¿Quién, este tal Hueso? El mismo. Sansone me pasó el dato, acá tengo todos los antecedentes. Sí, pero ese ya no me interesa. ¿Ah, no? Ya me dijo todo lo que sabe. El que me importa ahora es uno que está en Ezeiza. ¿Cómo se llama? Carlos De Giusti. Esperá un momento —dice Martínez, levanta el teléfono y marca—: Nena, buscame a Carlos De Giusti y ponémelo en pantalla. Está en Ezeiza. —Cuelga el teléfono y mira al Perro divertido—. ¿Pensás esperarlo hasta que salga? No sé qué voy a hacer, pero quiero tenerlo enfrente. Suena el teléfono, Martínez atiende. Sí, decime... Ajá... ¿cuándo?... ponelo en pantalla... gracias. Deja el teléfono y vuelve al monitor, habla sin dejar de mirarlo. Malas noticias, Perro, el pajarito voló. ¿Qué decís? Se escapó. Además de un guardia, dejó los fiambres de sus dos cómplices por el camino, el Rengo Márquez y un Valerio que lo secundaba, Fabián Vigio. ¿Cuándo fue esto? Dejame ver... dejame ver... hace poco menos de un mes... ¿Qué más me podés decir? Este es un hijo de puta orgánico. ¿Y eso? Participó en un asalto a un local de Andreani. Lo cagaron a tiros los muchachos de la brigada, el sorete sobrevivió. Ya era un mierda antes de eso, pero parece que el coma lo hizo más hijo de puta aún. El tipo no siente nada, ni pena, ni remordimiento, ni afecto por nadie. Lo llaman el Muerto.*

La cabeza de Lascano es un torbellino. Trata de encontrar en su memoria algún hilo que le permita seguirle el rastro. Pero no hay nada.

Martínez tose para sacar a Lascano de su ensimismamiento.

*Ahora, si lo que pensás es vengarte, podés ahorrarte el trabajo. ¿Por qué lo*

*decís? El guardia que se cargó en la fuga era el hermano de Flores. ¿Algún dato, alguna pista de dónde puede estar? Nada, lo lamento. Si querés mi opinión, para mí que se rajó. ¿Por qué lo decís? Le gusta viajar, las dos últimas veces lo trajimos deportado. ¿De dónde? La primera de Italia, la segunda de España. ¿Tenés foto reciente? Tengo. ¿Me la podés dar? Pedísela a la piba de cola de caballo cuando salgas. Okey, gracias. De nada, si me necesitás, ya sabés dónde estoy.*

Los hombres se abrazan. Martínez lo mira con preocupación.

*Perro, no hagás boludeces, ¿eh?, ya no sos un pendejo. Dejá que Flores se encargue de él. Flores es muy bruto, solo sirve para la violencia y los negocios, nunca supo investigar nada. Jamás lo va a encontrar.*

Martínez lee con atención en la pantalla.

*Si lo llegás a enfrentar, tené cuidado, Lascano, el tipo es viejo, pero tiene una fuerza descomunal. Tuvo varias causas internas por peleas en la cárcel, una de ellas por haber mandado al hospital a tres presos que tenían la mitad de su edad, uno de ellos jamás salió de terapia intensiva.*

Lascano pasa la tarde caminando por la ciudad, pensando, tratando de figurarse cómo encontrarle la punta a la madeja. Cuando comienza a oscurecer se le hace la luz. Si alguien puede saber algo es Virgilio, el viejo Vizcacha. Si es que está vivo. Fue un famoso falsificador de documentos para el hampa. Lascano lo tenía bien fichado, pero nunca lo molestó, porque también era un informante excelente. Se puede decir que hasta lo protegió. Cuando andaba detrás de algún fugado que había recurrido a sus servicios, él le daba el dato de su nueva identidad. La última vez que lo vio fue en una pensión de Parque Patricios, cerca de la cancha de Huracán. Levanta la mano para detener un taxi. No recuerda la dirección exacta. A la tercera vuelta que dan por el mismo lugar el chofer se impacienta. Lo mira por el retrovisor.

*Jefe, ¿vamos a dar muchas vueltas más?, tengo que entregar el turno.*

En la esquina aparece el cartel de la calle Luna, en ella estaba la pensión.

*Déjeme acá* —le dice al conductor, paga y baja. Camina unos doscientos metros y encuentra la pensión. Al entrar por el pasillo, se entreabre una puerta a su derecha. Una vieja pajarraca enfundada en una vetusta bata de flores lo escruta sin terminar de abrir.

*¿Qué busca? A don Virgilio. ¿Es policía? Sí, ¿por qué? Por nada, yo no quiero problemas. ¿Vive acá? Por el momento, hace dos meses que no paga... en la pieza catorce. ¿Está ahora? Creo que sí. ¿Solo? ¿Y con quién va a estar ese apestoso? ¿Por dónde?*

La mujer alza una mano sarmentosa y señala hacia una puerta de hierro y vidrio.

*Salga al patio y siga derecho, ya la va a ver. Gracias.*

No termina de decirlo cuando la mujer cierra de un portazo. Lascano atraviesa el patio, llega y golpea en la puerta. Desde adentro surge una voz carrasposa.

*¿Quién es? Lascano. Virgilio, ábrame.*

Sonido de pasos ahogados por las pantuflas acercándose a la puerta, el anciano asoma su cara de rata, está sin afeitarse, envuelto en una bata, con una camiseta mugrosa. Apesta, la vieja tenía razón, debe de hacer un siglo que no se baña. Tiene la incredulidad pintada en los ojos.

*Lascano, ¿en serio? Yo creí que estabas muerto. Yo también creía lo mismo de usted, Virgilio, pero ya ve, todavía andamos jodiendo por el mundo. ¿Quiere pasar?*

A Lascano lo espanta la idea de entrar en la habitación.

*Si no le importa, prefiero que hablemos aquí. ¿Qué necesitás, Lascano? ¿Seguís berreteando? No, Perro, ahora los documentos son muy sofisticados, ya no tengo la vista ni el pulso para falsificar. ¿Quién lo hace? Hay un pibe que es el mejor, pero es un hijo de puta desagradecido, ¿te creés que me dio algo cuando le pedí ayuda? Yo le enseñé todo, le pasé todos mis contactos. ¿Cómo se llama? Messi... sí, como el jugador, el Hippie le dicen. ¿Dónde lo encuentro? Ni idea, le perdí el rastro hace tiempo. Pero hay uno de la cana que te lo puede ubicar. ¿Quién? Cifuentes, trabaja en documentación. Lo conozco. Él es quien le provee el papel para hacer los documentos. Ese contacto también se lo di yo. Lascano, estoy en la miseria, ¿me podés ayudar?*

Lascano mete la mano en el bolsillo. Saca unos veinte billetes. Retira dos y le da el resto a Virgilio. Al viejo se le llenan los ojos de lágrimas.

*Gracias, Perro, gracias. Mirá, tenés que tener algo para apretarlo a Cifuentes, si no no te va a decir nada. ¿Qué puede ser? Esperá un momento.*

Virgilio desaparece tras la puerta de su pieza. Regresa al cabo con un pliego de papel y se lo entrega a Lascano.

*Mostrale esto y amenazalo con denunciarlo. Vas a ver como suelta todo lo que quieras saber.*

Lascano toma la hoja: es el papel auténtico que se utiliza para hacer los pasaportes. La materia prima que usa Messi para sus falsificaciones. Lo dobla en cuatro y se lo mete en el bolsillo.

*Pase.*

La secretaria entra y se acerca al escritorio.

*Jefe, lo busca este tipo —dice, y le entrega una tarjeta. Tiene el escudo de los Estados Unidos. Wilbur Rogers, Deputy Chief of Mission. Hacelo pasar —contesta, se pone de pie, se abrocha el saco y, sonriente, se ubica frente a su escritorio. En pocos segundos, entra Lascano. A Cifuentes se le cae la mandíbula por la decepción.*

*¿Qué es esa cara, Cifuentes? Ni que hubieras visto un fantasma.*

Cifuentes mira a la secretaria por encima del hombro de Lascano.

*Gracias, puede cerrar la puerta. En cuanto lo hace se dirige al Perro: ¿Qué te trae por acá?, tengo entendido que ya no estás en el cuerpo. Necesito ubicar a alguien y me dijeron que vos podías darme su paradero. ¿Quién? Messi. Está jugando en el Barça. No te hagas el gracioso. No sé de qué me hablás. Lascano saca del bolsillo la mitad del pliego que le diera Virgilio y lo tira sobre el escritorio. Tal vez esto te refresque la memoria. Cifuentes palidece, Lascano se aproxima a él amenazante. ¿No querrás que le mande esto al juez Mendía, verdad? Cifuentes se aleja y se sienta en su sillón. El Perro apoya los dos puños en el escritorio y se inclina por encima de él. Tenés dos minutos. Cifuentes toma un trozo de papel con adhesivo y un bolígrafo y se los alcanza a Lascano. Anotá la dirección.*

El Perro apunta en su libreta los datos, la guarda, recoge el papel de pasaporte y, con una sonrisa, lo agita en el aire.

*Ni se te ocurra alertarlo.*

Ya en la calle nuevamente se siente satisfecho. El truco de la tarjeta vieja que fue a buscar a la que fuera su casa dio resultado. También se llevó la treinta y



ocho que carga encima para que lo libre de todo mal, como dice Rubén Blades. Messi vive en uno de esos edificios que dan al campo municipal de golf. Desde la calle puede ver el tercer piso, que es donde vive el tipo. Una empleada doméstica limpia la casa y canta. Cruza, entra al edificio, sube por la escalera y espera. Una hora más tarde se abre la puerta. Lascano trepa unos escalones para quedar fuera de la vista. La mujer sale y se mete en el ascensor. El Perro baja, saca la treinta y ocho y toca el timbre. Unos pocos momentos después alguien pregunta desde adentro: *¿Quién es? Correo* — responde Lascano. La puerta se abre, el Perro encañona a Messi y lo empuja hacia adentro. Comprende al instante por qué lo llaman el Hippie y percibe que está muerto de miedo. *¿Qué pasa? ¿Qué quiere?* Lascano lo calma con un gesto apaciguador de su mano. *Callate y tomá asiento.* Messi está muy agitado. Lascano guarda la pistola. *Tranquilo, respirá hondo. No tengas miedo, si me decís lo que quiero saber, no te va a pasar nada.* Poco a poco, el hombre se va tranquilizando. *Eso es, tranquilo. ¿Qué quiere saber? Hace poco le hiciste el pasaporte a este tipo* —dice el Perro al tiempo que le muestra la fotografía del Muerto que consiguió en la oficina de Martínez. Messi está a punto de abrir la boca, Lascano saca la pistola, la amartilla y le apunta a la cabeza: *Si me llegás a decir que no sabés quién es, te vuelo la cabeza ahora mismo.* Messi levanta las manos en un gesto defensivo. *Está bien, está bien, ¿qué quiere saber? El número del pasaporte y el nombre que le diste.*

A más de quince pesos por euro, en los veinte días en que se atrasó la entrega, Barcelona se comió todo su capital. Los diez kilos prometidos se redujeron a cuatro, su tajada en el negocio, también. El Muerto resuelve separar una parte de la droga para venderla en su propio beneficio. Tendrá que agregar alguna otra sustancia para compensar lo que saque. Cerca de las doce se acerca al Clínic por Villaroel. Eligió esta hora porque no es frecuente que haya muchos adictos pasados de droga en urgencias. En la recepción hay una cola de tres personas esperando ser atendidas y derivadas a alguna de las especialidades. Se coloca al final y aguarda. No demora mucho en entrar un hombre que anda por el pasillo como si fuera el rey del mundo y se coloca detrás de él.

*¿Últim?* —le pregunta, como si no fuera evidente. No le contesta.

Solo por fastidiarlo no se mueve de su lugar aunque la cola vaya avanzando. Cuando le toca, se acerca, se acoda en el mostrador.

*Diguim* —se impacienta la mujer. *Me parece que tomé cocaína en mal estado, me siento muy mal* —le susurra el Muerto poniendo cara de enfermo. *Déjeme el carnet. No lo traje, ¿le doy el número?* —dice, y con la última palabra simula una arcada. La mujer retrocede y señala a su izquierda: *Vaya a Toxicología, por ese pasillo, siga las indicaciones.*

En poco tiempo llega a la antesala de la unidad de Toxicología. Solo dos yonquis arruinados. Un enfermero sale por la puerta de uno de los

consultorios y se dirige a otra rotulada «Farmàcia». Digita unos números en el panel de ingreso, abre, entra y la puerta comienza a cerrarse lentamente por acción de un resorte que está fuera de la vista. El Muerto se pone de pie y en dos saltos la alcanza antes de que se cierre. Entra. El enfermero está frente a unos anaqueles con medicamentos de todo tipo. Se vuelve.

*¿Qué hace?, ¿no puede entrar aquí!*

El Muerto ya tiene su navaja en la mano, se le echa encima, lo toma por el cuello y se la hunde en el corazón. El hombre abre la boca y, antes de que salga de su sorpresa, cae y se queda boqueando sangre a sus pies. Revisa rápidamente los anaqueles hasta que da con la benzocaína. Buscando una bolsa donde llevársela halla un mortero con su palo y un paquete de barbijos. Encuentra un sobre grande para radiografías, mete todo allí y sale.

Media hora más tarde entra al Universal y pide la llave. El conserje se queda mirándolo.

*Señor Alonso —le dice muy serio y cortés—, hace dos días le pedí que pague su estancia. Es verdad —replica el Muerto en su mismo tono—, esta misma noche lo haré. Le ruego que así lo haga. No se preocupe.*

El conserje se vuelve hacia los casilleros, toma la llave, vacila un instante pero se la entrega. El Muerto sube rápidamente hasta su habitación. Saca un par de ladrillos de cocaína de la caja de seguridad empotrada en el armario y los coloca sobre la mesa. Vacía el contenido del sobre del Clínic sobre la mesa, coloca las pastillas de benzocaína en el mortero. Las machaca hasta convertirlas en un polvo blanco muy fino. Se desnuda, se coloca un barbijo y abre el paquete de cocaína. Agrega la droga a la benzocaína triturada y la mezcla pacientemente hasta que adquiere una coloración homogénea. Cuando queda satisfecho con el producto, saca una cantidad equivalente a la que le quedó como resultado del corte y la separa. Pone la mezcla con el resto de la cocaína y la remueve. Vuelve a cerrar el paquete. Guarda lo que ha rescatado

en la caja de seguridad y deja el paquete principal sobre la mesa. Se quita el barbijo y se tira en la cama.

*Es de la mejor calidad, ochenta por ciento.*

Juano, de pie frente a su escritorio, mira muy serio la bolsa de El Corte Inglés que el Muerto dejó encima.

*Muy bien. Venga mañana a buscar el dinero.*

El sillón de cuero se queja cuando el Muerto se acomoda.

*Eso no es lo que pactamos.*

Juano toma asiento, Coyote se coloca junto a él.

*No pretenderá que le entregue todo ese dinero sin probar la mercadería. Adelante, pruébela. Yo no soy bueno para esto, uno de mis hombres se encargará de ello. Llámelo. Vendrá en una hora. No tengo apuro.*

Juano se ha puesto incómodo, pero es jugador de póker, no lo deja traslucir. Le falta un poco de dinero para completar el precio acordado con el argentino. Camina hasta el ventanal que domina la discoteca, la entrada de clientes es un flujo constante, en un par de horas tendrá lo que falta. Regresa junto al escritorio, se sienta, toma el teléfono y marca tres números.

*Dile a Dakota que venga.*

Corta, mira al Muerto y sonrío apenas. La puerta se abre, entra una chica de poco más de veinte años, vestida con una camiseta blanca y unos pantalones negros ajustados y con lentejuelas. Le ciñe el talle un cinto negro muy

brillante con hebillón plateado. Es muy alta y más aún con las plataformas, que no se ven pero se adivinan bajo las patas de elefante.

*¿Me necesitaba? Sí, cariño* —responde Juano, y señala al Muerto—. *Por favor, acompaña a nuestro amigo. Lo que ordene* —responde la chica, y lo interroga con la mirada, quiere saber hasta dónde llega el acompañamiento. *Lo que quiera* —dice Juano mientras asiente con la cabeza. Por primera vez, Dakota mira al Muerto, la perspectiva de acostarse con él no la llena de alegría, pero le sonrío. Juano se pone de pie.

*Estoy seguro de que nuestra amiga podrá entretenerlo mientras esperamos.*

El Muerto se levanta, mira el paquete de cocaína y luego a Juano. Hay una amenaza larvada en esos ojos inexpresivos.

*No se preocupe por nada, Alonso, somos gente honrada. Estoy seguro de que es así* —responde el Muerto, se pone de pie y toma la mano que le extiende Dakota. Juano le sonrío. *En cuanto llegue mi hombre lo mandaré llamar.*

En el momento en que atraviesan la puerta, el Muerto suelta la mano de Dakota y comienza a caminar por delante hacia la escalera. Mientras bajan pasea su mirada por el local para determinar en qué lugar se ubicará. Suena bachata a todo volumen. En la pista hay una feroz competencia multicolor de contorsiones descaradamente sexuales. Una multitud de cuerpos enfundados en licra y cargados de éxtasis y otras mierdas se agotan al ritmo de las tumbadoras. Las luces por momentos deslumbran, por momentos dejan en sombras. Al final de la barra hay una zona que queda la mayor parte del tiempo en penumbras. Desde allí domina la escalera, la entrada a la discoteca y también la puerta de emergencia, simulada tras unas bambalinas. Nadie podrá entrar o salir de la oficina de Juano sin que él lo vea. En cuanto llega, se acomoda en un taburete, le hace un gesto a Dakota para que se acerque y le habla al oído.

*No te necesito para nada.*

Ella se retira un paso, gira la cabeza y le hace un gesto al barman para que se aproxime.

*Guido, dale al señor lo que pida. La casa invita.*

El muchacho la mira meloso.

*Lo que digás, mi amor.*

Es argentino. Dakota sonríe, gira y se aleja. El Muerto simula acento ingl es.

*Whisky.*

El barman toma una botella de Macallan de la estantería espejada. El más caro que tienen. Los invitados por la casa suelen dejar buenas propinas, especialmente si se les da lo mejor. Se la exhibe al Muerto, quien asiente con la cabeza. Toma la cubitera.

* Ais?*

El Muerto niega con la cabeza.

Sirve generosamente y le deja la botella. Lo que no beba el invitado lo vender  en el mostrador bajo cuerda.

*Enising iu nid* —le dice al Muerto con una sonrisa cómplice, y se retira a atender a un grupo de adolescentes alborotados. La música, cada vez más alta, le hace zumbiar los oídos, como la vez que lo dejaron tirado bajo la lluvia.

Dakota se aleja haciendo campanear sus pantalones. En su otra vida le habría interesado, una chica así de buena le habría gustado, se la habría llevado a la

cama por el método que fuera necesario; hoy es nada para él. Los sentimientos son ahora solo un recuerdo, el mundo ha perdido sus relieves, esto sí le da como una especie de tristeza, pero no exactamente eso, sino más bien la percepción del miembro fantasma del amputado que siente que le pica un brazo que ya no tiene. Eso es, una picazón, pero una picazón que no puede rascarse.

El whisky es de lo mejor, pero se abstiene de servirse otro, tiene que estar muy despierto. Nadie ha subido o bajado por la escalera en todo el tiempo que lleva ahí. Un tipo sale de la taquilla portando una caja metálica. Sube.

«En esa caja», piensa el Muerto, «debe de estar viajando mi dinero. En unos minutos seguramente me llamarán para pagarme».

Se pregunta si Juano no tendrá una puerta secreta en su oficina. Pero ¿adónde iría? El tipo no es un traficante, sino un empresario de la noche. «¿Por qué se querría meter en las drogas?», piensa. Una consecuencia de esa decisión no tarda en entrar por la puerta. Se produce cierta agitación en los dos monos de seguridad que están del lado de adentro. Como impulsados por un resorte les abren paso a cinco tipos. Dos de ellos se aproximan a Coyote y con toda facilidad, sin resistencia alguna, lo desarman. Los tipos, muy grandotes, están acostumbrados a impresionar con su tamaño, pero cuando están en desventaja son muy cagones. Los recién llegados están armados. Pero no hacen exhibición de los fierros que se adivinan bajo las chaquetas y en la actitud de los seguratas. Otros dos se ubican en la puerta, junto a la salida de emergencia y en medio de la barra, desde donde vigilan a la concurrencia, que sigue concentrada en sus contoneos sin advertir nada de lo que pasa.

Entra un tipo regordete, la boca siempre abierta le da un aire de tonto, pero se nota que es peligroso. Lo acompaña un cetrino monumental y armado. Suben rápidamente la escalera rumbo al despacho de Juano y desaparecen de la vista.

El Muerto le hace una seña al barman para que se acerque.

*Dígame. Llama a Dakota, por favor. Enseguida.*

Sin dejar de vigilar la escalera, el Muerto espera a la chica. Dos minutos más tarde está a su lado.

*¿Qué quieres beber?*

A Dakota le sorprende este repentino ataque de amabilidad, pero sigue sus órdenes. Mira al barman.

*Lo de siempre, Guido.*

Le sirve una bebida color verde intenso con una cereza rojísima. El Muerto no deja de mirar la escalera. Dakota le sigue la mirada.

*¿Qué quieres? Shh —resopla el Muerto por toda respuesta—, ya te diré.*

Poco más tarde regresan el cara de tonto y el cetrino llevando la bolsa de El Corte Inglés y la caja metálica que subió el tipo de la taquilla. Bajan tranquilamente, sin hablar. El Muerto toma a Dakota por el brazo con fuerza y cabecea en dirección a ellos.

*¿Quiénes son?*

Dakota los mira un instante.

*El más gordo es el Quico, un gitano, pertenece al clan de la Rosario. Los mayores traficantes de Barcelona... dicen.*

El Muerto le suelta el brazo. Dakota entiende que no quiere nada más de ella. *De nada* —dice, y se aleja. En cuanto los visitantes salen, Coyote sube las



escaleras a la carrera.

Todo no ha durado ni cinco minutos. El Muerto se sirve otro whisky, se lo zampa de un trago, se pone de pie y se encamina a la oficina.

Cuando lo ve entrar, Juano abre los brazos en un gesto decepcionado; detrás de él, Coyote lo mantiene vigilado.

*¿Qué fue esto, Juano? Parece que nos metimos en territorio ajeno. ¿Quién es esta gente? Son del clan de la Rosario. ¿Mi dinero? No se preocupe, cobrará lo suyo. Es bueno saberlo, ¿cuándo? Deme un par de días, estos hijos de puta se llevaron todo. Le daré tres días, Juano, ni un minuto más. Se lo agradezco. No me agradezca, págume. Lo haré.*

El Muerto se queda mirándolo a los ojos mientras toma asiento. Juano tiene un escalofrío, estas tensiones no le hacen ningún favor a su diabetes.

*Hábleme de Quico. Es el que acaba de salir. Lo sé. Es el hijo de la Rosario, ella era la jefa del clan, ahora está presa. ¿Este Quico ha tomado el lugar de su madre? Se lo disputa con la Candela, su hermana. Si quisiera verlo, ¿adónde podría encontrarlo? En Can Tunis. ¿Qué es eso? Un barrio gitano que está cerca del cementerio de Montjuïc. Yo en su lugar no iría por allí. Pero usted no está en mi lugar. Yo, en el suyo, vendería el local.*

Como un velo, la derrota cruza el rostro de Juano.  
*Probablemente lo haga.*

Juano se queda mirando la puerta que acaba de cerrarse. Los problemas parecen perseguirlo. No se siente bien, un calambre hormiguea por su brazo izquierdo.

*Coyote, por favor, ve abajo, controla que no haya más sorpresas. Sí, señor.*

El Muerto sale de la discoteca. Pasa revista a los alrededores para cerciorarse de que los gitanos no andan por allí. Enciende un cigarrillo, le da una chupada, lo arroja al suelo y lo aplasta con el pie. Se aleja a paso vivo. Un grito a sus espaldas, se vuelve sin dejar de caminar. Un grupo ruidoso de adolescentes se empujan, bromean y ríen. Tropieza con alguien. Es un policía, se queda mirándolo. El Muerto tiene un instante de vacilación, pide disculpas, se aleja.

Dakota deja la barra y sube a la oficina. Entra. Se queda paralizada en el vano de la puerta. Juano, con el rostro levemente azulado, está sentado en su sillón, caído sobre el costado izquierdo, con un brazo colgando y el derecho cruzado sobre el pecho.

Eva lo recibe en la puerta con una sonrisa amplia y sincera. Victoria, al oír su voz, sale de su habitación y corre a abrazarlo, algo que jamás hizo con Lascano, quien observa la escena desde el segundo plano. Victoria mira las manos de Fuseli, al ver que no trae nada en ellas se le dibuja la decepción en el rostro. El médico la mira divertido, mete una mano en el bolsillo, saca un paquetito rectangular y se lo entrega. La chica da un saltito de alegría y lo abre. Es una funda para el teléfono con la forma del ratón Mickey. Idéntica a la que Lascano le regaló días atrás, pero que no suscitó ninguna reacción en ella y que yace olvidada en algún cajón. Terminados los saludos, el Perro invita a Fuseli a pasar al escritorio y le ofrece un café. El médico acepta. Eva, para quien el asunto de la funda no ha pasado desapercibido, intercepta el movimiento de Lascano hacia la cocina.

*Yo lo preparo.*

Los hombres agradecen y se meten en la oficina. Fuseli la contempla con admiración.

*¡Qué bien está este rincón!, qué buen gusto tiene Eva, porque esto no puede ser obra tuya.*

Lascano sonrío y se sienta en uno de los dos sillones que flanquean una mesa baja, Fuseli lo imita. Se miran un rato en un silencio que quiebra el Perro.

*¿Cómo fue lo de Hueso, pudiste ayudarlo? No fue necesario, se murió solo.*

*O sea, que no lo ayudaste. No, Perro, no se lo merecía, y creo que tampoco se merece que hablemos una palabra más sobre él. La Tierra está mejor cuando cubre a ciertos personajes.*

Entra Eva. Pone la bandeja con los cafés sobre la mesa, cruza las manos sobre su falda, como protegiendo su sexo, hace una pausa, toma aire y le dice a Fuseli: *¿Ya te habló del asesino de sus padres? Sí, lo hizo, incluso me pidió que ayudara a morir a uno de ellos.* Eva mira a Lascano y sacude la cabeza en un gesto que combina ternura con resignación. Regresa a Fuseli con tono de reproche: *Tenés que convencerlo de que deje ir el asunto. Tiene que darse cuenta de que ya no es un pendejo para andar detrás de los criminales. A eso vine, Eva. Ya ha vivido mucho, sufrido mucho. La vida ahora lo recompensó y lo que le corresponde es ser feliz. No podría estar más de acuerdo.* Lascano se pone de pie. *¿Van a hablar mucho tiempo de mí como si yo no estuviera presente?* Eva suelta una risa. *Ah, estabas aquí.* Lascano le hace un gesto para que salga de la habitación. Ella se vuelve a Fuseli: *Convencé a este idiota de que no se meta en otro embrollo. De lo contrario, avisale que lo voy a mandar a la mierda de la cual parece no querer salir.* Eva gira y sale de la habitación sin mirar a Lascano, quien cierra la puerta y regresa junto a su amigo. Beben sus cafés en uno de esos silencios que se producen entre personas que se conocen mucho, sincronizándose para un tema importante. Lascano deja el pocillo en el platito haciéndolo coincidir exactamente con la marca que dejó. Gira y enciende la lámpara Barcelona que está sobre una mesa estrecha.

*Fuseli, ¿cómo fue que nos conocimos? ¿No te acordás? Sí, pero me da curiosidad saber si tus recuerdos y los míos son similares. Fue cuando el suicidio de Böll, que no fue suicidio. Exacto. En esa época conociste a Marisa. Cierto —dice Lascano con mucha lentitud—, fue entonces. Te enamoraste de ella como un niño. ¿Hay otra manera de enamorarse? Seguramente no. Con ese caso descubrí que era un tipo obsesivo, que no iba a dejar de perseguir al asesino hasta meterlo en la cárcel. A pesar del peligro. Detrás del asunto estaban Villar y la Triple A, ni eso te amedrentó.*

*No, tenía que atraparlo. A pesar de que Böll había sido un nazi hijo de puta. O precisamente por eso. El que lo mató era policía, ¿verdad? Gustavo Eklund. Terminó muerto. Sí. La causa oficial fue suicidio, ¿no es cierto? Sí, se pegó un tiro. Siempre pensé que vos lo habías matado. ¿Ah, sí?, nunca preguntaste. No me pareció necesario. ¿Ahora te lo parece? Tal vez. Preguntámelo entonces.*

Se hace una pausa en la que solo se escucha la respiración de los dos hombres. Fuseli señala a Lascano con el dedo.

*¿Lo mataste? No, se suicidó.*

Fuseli está a punto de pedirle que se lo asegure, pero se contiene. Una vez que Lascano toma posición sobre algo, ya no la abandona. Además, le cree.

*¿No le hiciste vos la autopsia? No, por alguna razón la hizo Octavio. Otro caso en el que coincidimos fue en la muerte de Biterman. Allí sí que tuviste que investigar. El que lo mató fue un cajetilla venido a menos. Amancio Pérez Lastra, con la complicidad de Horacio, el hermano. ¿Cómo los descubriste? Con paciencia, siguiendo todas las pistas rigurosamente. Amancio, por otra parte, era bastante chambón. A él también lo mataron. Sí. Nunca se investigó. ¿Por? Cosa del Ejército. Además, yo acabé en el hospital. Pero ahí no terminó la cosa, después te dedicaste a buscar a Giribaldi. ¿Era del 332? No, del Grupo de Tareas 601. Ese también se mató. Como sabés, me opongo a la pena de muerte, pero no tengo nada en contra de que estos hijos de puta se peguen un tiro. Recuerdo el caso de la Momia. Sí, el jefe de la red de trata de Mar del Plata. Ese no se suicidó.*

Lascano guarda silencio. A la Momia lo mató su propio guardaespaldas contratado por Sara, que era su esposa. Se encuentra en la encrucijada de dos fidelidades, al amigo y a aquella mujer, su prima, que fue su benefactora. Se resuelve por la segunda.

*No, a ese lo mató el grupo de Flores. Me pregunto quién le habrá pasado el dato. Yo. Eso es casi un homicidio. De casi no murió nadie. Decime una cosa, Perro, ¿alguno que hayas investigado se te escapó? Ninguno. ¿A todos los perseguiste hasta el final? A todos. Y todos terminaron muertos. ¿Adónde querés llegar? Mucho me temo que estés cebado, como los asesinos seriales, y no puedas dejar de matar. ¿No estarás viendo mucha televisión? —dice Lascano con sorna, pero una astilla se le clava en el cerebro y Fuseli lo percibe. Ahora que sabés quién fue el asesino de tus padres, ¿qué vas a hacer cuando lo encuentres? Por lo pronto, enfrentarlo. ¿Y luego? No lo sé. Creo que yo sí lo sé. Pero también sé que no solo te estás poniendo en peligro vos. También estás poniendo en peligro tu relación con Eva. Lo sé... Lo sabés, pero...*

Fuseli se pone de pie lentamente y saca del bolsillo una cinta métrica metálica de esas que se enrollan automáticamente dentro de su cajita.

*Quiero que veas algo —dice. Se inclina sobre la mesa y despliega el metro entero—. ¿Cuántos años tenés?*

Lascano sonrío escéptico, ya sabe que viene alguna de las filosofadas de su amigo.

*Sesenta y tres.*

Fuseli se acomoda las gafas, extiende la cinta métrica sobre la mesa. Pone un dedo en el cero y otro en el sesenta y tres. *Esto es lo que ya viviste —dice, y mide la reacción de Lascano. Deja el dedo en el sesenta y tres y desliza el otro hasta el ochenta y seis para marcar el tramo de veintitrés centímetros, y agrega—: Esto es lo que te queda.* Lascano le sonrío con sorna. *Sospecho que antes de eso me vas a matar de aburrimiento.* Fuseli se toma un instante para reprimir el impulso de mandarlo a la mierda. En cambio, le dice con tono de padre que regaña al hijo: *Es mucho más tarde de lo que creés.* Lascano acusa el impacto, no había querido ofenderlo. Se pone de pie, camina hasta la

ventana, echa un vistazo hacia fuera como si estuviera buscando a alguien, allí, en la calle, en la noche, en el fango blando del río, que se sospecha más que verse detrás de las vías del tren del bajo.

*Me he pasado la vida persiguiendo a criminales de toda clase. Cuando creía que ya eso era historia, aparece esta revelación, y ¿sabés qué, Fuseli? ¿Qué? Tengo la sensación de que en realidad estuve toda mi vida persiguiendo solo a este hombre.*

Ojos abiertos o cerrados, no hay ninguna diferencia en medio de la noche, en la habitación oscura. El único sonido es la respiración tranquila de Eva, que duerme a su lado. Casa de ricos en barrio de ricos, todo está diseñado a suficiente distancia para que ningún ruido perturbe los sueños, para la comodidad, para que no haya sitio para proximidades inquietantes. Un ambiente como le enseñaban en la escuela que es el agua: incolora, inodora e insípida. Lascano recuerda el tiempo en que conoció a Eva y lo asocia con el título de una película, *El año que vivimos peligrosamente*. Pero aquello fue mucho más que un año, fue una noche interminable. El peligro fue la cuna donde creció su amor, el miedo, la música de su romance. Entonces se amaban con la desesperación de los sobrevivientes, con el ansia de quienes no saben si verán la mañana siguiente. Aquel fue un amor desesperado, sí, pero un amor valiente, como debe ser el verdadero amor, si es que tal cosa existe. Si existe o no sería una discusión académica, lo concreto es lo que se siente, lo que se siente siempre es verdadero. Echa de menos aquella sensación de alerta permanente, de constante temor, con los perros de la dictadura acechando cada paso, con la tortura siguiéndole el rastro como una fiera cebada. Cuando más cerca se está de la muerte es cuando uno se siente más vivo. Y entonces se sentía más vivo que nunca. Extraña esa vitalidad como se extraña una enfermedad que se ha padecido toda la vida.

Eva gira hacia su lado y le pasa la mano por la mejilla, suavemente, y sigue durmiendo.

Lascano despierta empapado en sudor. Eva ya no está. Tiene la respiración



alterada y el corazón desbocado. Se toma la cabeza con las manos. Se lleva las manos a la cara, quisiera llorar y aullar. Eva entra con la bandeja del desayuno y enciende la luz. Se sorprende de verlo tan agitado.

*¿Estás bien? Sí, solo tuve un mal sueño.*

Eva coloca la bandeja entre ambos, toma su taza con las dos manos, como si abrigara a un pájaro, y bebe a pequeños sorbos.

*¿Querés contármelo?*

Lascano echa dos cucharadas de azúcar en su café y revuelve.

*Ya se me olvidó.*

Lo dice con poca convicción. Eva no le cree.

*Tiene que ver con él, ¿verdad?*

Lascano necesita ganar tiempo, recomponerse, está seguro de que la conversación se va a poner brava.

*¿Quién es «él»?*

Eva hace un gesto escéptico. Sabe perfectamente cuándo Lascano se está haciendo el boludo. Ese gesto lo desarma.

*Sí.*

Ahora su gesto se parece más al enfado, a la impaciencia.

*¿Tiene nombre «él»? Sí, se llama Carlos De Giusti, le dicen el Muerto. Lindo sobrenombre. ¿Qué pensás hacer? Ir a buscarlo. ¿A la cárcel? No, se fugó.*

*¿Y cómo pensás encontrarlo, se podrá saber? Averigüé que salió del país con un pasaporte falso. ¿Dónde está ahora? Lo último que se supo fue que estaba en Barcelona. ¿El señor piensa tomarse un avión para ir a buscarlo a Barcelona? Sí, es lo que estoy pensando. Estás pensando mal. Tal vez, pero no puedo evitarlo. Sos grande, vos sabrás lo que estás poniendo en riesgo.*

Eva está convencida de que se han ganado el derecho a vivir en paz, a tener una vida aburrida. Eso fue lo que le propuso cuando se reencontraron y él pareció aceptarlo. Pero la cabra tira al monte, y el monte de Lascano se llama peligro. Ahora está enojada. Muy enojada. Deja su café. Normalmente esperaría a terminar y luego se llevaría la bandeja a la cocina. Pero está profundamente disgustada. Deja el desayuno allí, para que aquello que fue algo cálido y reconfortante se convierta en una cosa fría e indigesta. Sabe que cuando a Lascano se le mete algo en la cabeza no es posible hacerlo cambiar de opinión. Está harta. Se pone de pie, sale de la habitación. Lascano se deja caer en la cama y coloca los brazos por encima de la cabeza. La oye deambulando por la casa, hasta que le llega el sonido de la puerta de calle al cerrarse de un golpe. En el silencio se pregunta cómo hacer para encontrar la razón perdida, sospechando que, si la encuentra, no le servirá de nada.

De la torre de control informan que el Bombardier Challenger 604 ha tomado pista y se dirige a la plaza 57, la más próxima a la terminal corporativa del Prat, donde el coronel Fernández Motejón hace horas que espera. De pie en el vestíbulo, mira la pista con las manos tomadas por detrás de la espalda. Una sonrisa apenas perceptible juguetea bajo su bigote. Necesita este éxito para contrarrestar la conspiración que puso en marcha Mouriño para desplazarlo y quedarse con la jefatura del servicio fiscal. Ve la aeronave girar desde la pista para ingresar en la zona de aparcamiento y enfilarse hacia el lugar que le asignaron. Aparca, las turbinas se apagan, unos instantes más tarde la puerta se abre.

En el asiento del piloto, Gustavo se quita el cinturón y se dispone a levantarse cuando llaman de la torre de control.

*Control a N600AM. N600, adelante. Por favor, que nadie abandone la nave, serán abordados por personal del servicio fiscal para revisión de rutina.*

El corazón le da un salto. Mira por la ventanilla y ve al coronel acercándose, seguido por cuatro de uniforme, dos de paisano y un ovejero alemán.

*¡Mierda!*

Cuando oye el bastón de Anna golpetear a la entrada, Sung Li, que aquí se llama Andrea, deja de pasar el trapo por el mostrador y se acerca a saludarla. Saca de detrás de la puerta la mesa de pícnic plegable y la arma a un costado, en la acera, en el espacio que queda entre la entrada al local y la del edificio contiguo. Se aparta a contemplar el resto del ritual. Anna deposita sobre la mesa la pila de periódicos y comienza a separarlos. A la izquierda *El País*, en medio *La Vanguardia*, y el *Mundo Deportivo*, a la derecha. A Andrea nunca deja de sorprenderla la precisión con que separa las distintas pilas.

*¿Café, Anna?*

La chica le hace un gesto de asentimiento con la mano que más parece que estuviera espantando una mosca y se pone a canturrear *Non ti scordar di me* por lo bajo. Coloca la lata de las monedas frente a los periódicos, echa un par dentro porque cree que el dinero llama al dinero. El sol temprano comienza a iluminar la torre del reloj.

El Muerto mira la hora. Son las nueve. Calcula que en Buenos Aires son las cuatro de la madrugada. Aguardará hasta una hora prudente para llamar a Julio, el brigadier. Tiene que comunicarle la muerte de Juano y, lo que es más difícil, que ha perdido el dinero y la cocaína. Piensa decirle que tiene el dinero. Julio le había dicho que en estos días el avión de sus hijos llegaría a El Prat con una nueva carga de blanca, una tonelada esta vez. Con su parte en este negocio podrá reponer lo que perdió y hasta quedarse con algo. Para ello tiene que lograr posponer el pago de la primera entrega. No cree poder lograrlo con el brigadier, pero está seguro de que podrá empaquetar a sus hijos. Sí, le dirá que lo tiene y que se lo entregará a ellos. Para cuando se entere de que no les ha dado el dinero, ya lo habrá recuperado.

Alguien se acerca, Anna siente un estremecimiento. Percibe la presencia del hombre alto un segundo antes de que su sombra caiga sobre ella. Está de pie a corta distancia, puede sentir el aroma de la loción para después de afeitarse que usa. Oye su respirar.

*¿Qué le doy? El País.*

Anna coge un ejemplar de la pila y se lo entrega. El cliente deja caer tres monedas en la lata. Por el sonido, Anna sabe el valor de cada una. Espera un instante, no cae ninguna otra.

*Faltan cincuenta céntimos.*

El Muerto saca la moneda del bolsillo y la deja en la lata.

*Merci* —dice Anna a nadie, porque el hombre ya ha entrado al café, dejándole la misma sensación de inquietud de todos los días. Toma el bastón blanco y lo despliega, solo por hacer algo.

Adentro, el Muerto pide un cortado con una madalena, se sienta a una mesa, contra la pared, desde donde domina la puerta, y abre el periódico.

Detenidos los pilotos de un avión argentino con 900 kilos de cocaína  
Los arrestados son hijos de militares vinculados con la mafia y el  
narcotráfico

La Guardia Civil ha detenido en el aeropuerto de El Prat a los dos pilotos de un avión argentino de transporte médico privado en cuyas bodegas viajaba un gran cargamento de más de 900 kilos de cocaína. El aparato, que volaba para la compañía argentina de traslados médicos Sanitary Flights, llegó hace días a Barcelona procedente de Cabo Verde, archipiélago de la costa africana en el que, según todos los indicios, el avión cargó la droga.

Además de los dos pilotos, ambos de nacionalidad argentina, los agentes del instituto armado han arrestado también a una tercera persona que viajaba en el avión y de la que no ha trascendido su identidad. Los dos

pilotos detenidos son G. Julio, uno de los principales accionistas de la compañía, y su copiloto G. Mitre. Los dos son hijos de militares que ocuparon hace años relevantes cargos en la Fuerza Aérea durante la última dictadura argentina y que estuvieron también vinculados presuntamente a hechos delictivos.

El Muerto termina de leer la noticia. Deja el periódico y se queda mirando a la distancia a través de la puerta. Piensa a toda velocidad.

*El suministro se cortó. Juano está muerto. El dinero y la cocaína fueron a parar a manos de Quico, el gitano. No tengo contactos y me quedan muy pocos euros. Aquí no se puede traficar sin contar con los gitanos. Recuerda al viejo. Una vez, no recuerda a cuento de qué, le dijo que si no quería que le robasen se fuera a vivir a un barrio de gitanos. Ellos nunca roban en su barrio, porque son los primeros sospechosos.*

El Muerto decide hacerle una visita a Quico.

Camina hacia Diagonal. La avenida es una riada de automóviles de todo tipo que se impacientan, rebasados al milímetro por moteros impertinentes. Es la hora punta, cuando los empleados llenan la calle con sus vehículos, ansiosos por llegar a su trabajo. Por el carril reservado circulan bicicletas, *segways* de una y dos ruedas, *ninebots* y cuanto artefacto pueda imaginarse. Decide caminar, es cuando piensa mejor. Baja por el Paseo directamente hasta el barrio Gótico. Llega a la Barceloneta, pasa por el local de Cooltra Bike Rental. Toma nota de la dirección y sigue camino hasta el Puerto Olímpico. Tiene hambre. Se sienta a una mesa en la terraza del Jerusalem. Ordena una ensalada griega, *warak inab* y una clara. Barcos de todo calado amarrados en el puerto con sus amuras repicando en la brisa. Detrás, un crucero de seis pisos pasa lentamente rumbo a los amarres de Palacreuers. Surcan el cielo

dos aviones arrastrando carteles publicitarios y otros dos de pasajeros, uno llegando a El Prat, otro saliendo. Pareciera que en Barcelona se hubiera concertado una convención de medios de transporte. Saca su teléfono y se conecta con Google Maps. Escribe Can Tunis en el casillero de búsqueda. Lo que queda de ese barrio está entre la Ronda Litoral, el puerto y el cementerio. Cambia a vista de calle, con el índice se mueve por los alrededores hasta que encuentra un grupo de edificios con una plaza seca en medio. Tiene que ser allí. Guarda las coordenadas. La camarera le trae la ensalada. La devora velozmente. Le traen los envueltos en hoja de parra, pide la cuenta. Se traga la comida y se bebe la clara de un trago. Deja un billete de diez y otro de cinco sobre la mesa y se dirige al alquiler de motos.

Está ante la referencia que tomó del mapa: la Repsol del paseo de la Zona Franca. Apenas se mete por la avenida ve a dos Mossos marcando a todo quien entra o sale del barrio. Acaban de detener un coche. No le prestan atención al Muerto. Se adentra por el barrio hasta la plaza Falset. Trescientos metros más adelante, detiene la moto a la entrada de un conjunto de edificios que le parece que son los que vio en el mapa. El lugar, con muchas entradas, es ideal para evitar que la policía dé sorpresas. Hay vigías en cada una posando de vecinos desocupados, pero no se pierden nada de lo que pasa. En especial la presencia de un desconocido. Aunque nadie lo mira directamente, siente muchos ojos vigilándolo.

Detiene la moto, baja y entra a la plaza. Un tipo de piel gris y cabellera oleosa guarda la entrada principal. Lleva una camiseta a rayas que enfatiza su portentosa barriga. Sabe que el extraño que está aventurándose en sus dominios no es policía. A la puerta de algunos edificios hay mujeres viejas y gordas, enteramente vestidas de negro, conversando con otras más jóvenes que cargan niños de pecho. Un poco más allá un Audi y un BMW, los dos último modelo.

A la entrada de un edificio de ladrillos se ha montado una sala mortuoria. El ataúd fue colocado sobre una enorme barra de hielo para mantener el cadáver fresco todos los días que dura un velatorio gitano. Lo rodean cuatro mujeres dolientes. A su derecha, El Barracón, un bar que más parece un pasillo y que dispone de tres mesas en la acera. Se sienta a una de ellas. El gordo se lleva la mano a la boca y suelta un chiflido. Un muchacho de unos quince años aparece trotando por la plaza. Es delgado, pura fibra, piel color aceituna y mirada desfachatada. Se planta delante del Muerto.

*¿Qué busca? Vengo a ver a Quico.*

El joven mira alrededor como si lo estuviera buscando.

*Po acá no conocemo a ningún Quico.*

El Muerto no hace gesto alguno.

*Pues entonces el negocio que tengo voy a tener que llevárselo a los Baltasares.*

Como si hubiera pronunciado una fórmula mágica, el muchacho gira, corre de regreso hasta el barriga y le habla. El hombre le contesta unas palabras. El chico sale de la vista siempre al trote. El Muerto se felicita por haber averiguado el nombre de la familia competidora de Quico, ahora solo le queda esperar. Momentos más tarde aparecen otros dos, son de baja estatura, rechonchos y muy peligrosos, hermanos seguramente. Se acercan al Muerto, lo miran de arriba abajo. El de camisa de flores es quien habla.

*Venga, payo* —le dice, y con un golpe de cabeza le indica que lo siga. El de camisa a cuadros espera que pase y camina detrás del Muerto. En cuanto giran la esquina lo empujan contra la pared y, sin mediar palabra, el que parece más fuerte le da un cabezazo en la nariz. El Muerto se tambalea, el otro lo golpea en la rodilla tirándolo al suelo. Allí lo arremeten a trompadas y



patadas. El Muerto adopta posición fetal para cubrirse de la lluvia de golpes. Está a punto de perder el conocimiento cuando cesan de pegarle.

*En Can Tunis, payo, no se nombra a los Baltasares.*

Siente que le revisan los bolsillos. Le quitan el móvil y lo revientan contra el suelo. En ese momento se oye la voz del barriga.

*¡Policía!*

Los gitanos se incorporan y se alejan, el de camisa floreada metiéndose en el bolsillo el dinero que acaba de arrebatarle al Muerto. Una patrulla de Mossos circula lentamente por Sovelles, el que va de acompañante ve al Muerto tendido en el suelo. Se detienen, bajan del coche, se acercan, comprueban que está seriamente golpeado y llaman a una ambulancia.

Apoyada en el vano de la puerta, los brazos cruzados, el gesto enfadado, el cabello revuelto, Eva no deja de mirar a Lascano ni para pestañear mientras él prepara la maleta. Lo hace lenta, de forma meticulosa, alargando morosamente el doblado y acomodamiento de la ropa, esperando que ella le diga algo irrefutable, algo que lo haga desistir de eso que se le ha atravesado en la cabeza como una misión imperiosa de la que no puede librarse desde que Hueso le dijera quién había sido el asesino de sus padres. Si de algún modo Eva pudiera convencerlo, la abrazaría y se dedicaría a envejecer tranquilamente a su lado y, de vez en cuando, preguntarse con melancolía si hizo lo correcto para concluir que nada de lo que haga sacará a sus padres de la tumba, que nada que hubiera hecho o dejado de hacer habría restañado la herida. Pero Eva no dice nada y en el aire flota ese clima de pesadez previo al naufragio, característico de los momentos en que una sola palabra puede salvarlo todo pero nadie sabe qué palabra es esa, nadie la dice. Lascano cierra la maleta, mira a Eva, ella le sostiene la mirada un instante, se vuelve y sale de su vista.

El pasillo se le hace interminable, no ha hecho ninguna previsión para el viaje al aeropuerto. Simplemente detendrá un taxi cualquiera de los miles que circulan por Buenos Aires y le dirá: «Al aeropuerto». Cierra la puerta y pulsa el botón del ascensor. Desea desesperadamente oír los pasos de Eva acercándose. Pero no. Las puertas se abren con un bufido. Mientras desciende, le dice «Viejo idiota» al tipo que lo mira desde el espejo.

Abre la puerta de la calle y allí está Fuseli.

*¿Qué hacés acá? Esperándote. ¿Eva? ¿Quién si no?, ¿te llevo al aeropuerto? Prefiero un taxi. Dale a este viejo amigo la posibilidad de convencerte de que te quedes.*

Lascano se queda mirándolo, sintiendo más que nunca el vacío que se le ha instalado en el estómago desde la revelación de Hueso. Toma conciencia de que necesita sentirse querido, y de que este tipo lo quiere, de lo contrario sería el último en pedirle que se quede. Todo viaje entraña siempre un temor: el avión que se estrella, una parte de la ciudad de la que uno desconoce el código de puñaladas, una enfermedad exótica, una depresión irrecuperable en la soledad del cuarto de hotel, las posibilidades de pasar al otro barrio son infinitas. Pero en este caso Lascano siente que yendo tras el Muerto, con deseo febril, enfermizo, y sabiendo con certeza casi absoluta que quiere matar su pasado aun si eso significa matar al Muerto, aun si eso significa morir él mismo.

Tan absorto está en su extravío que no se percata de que Eva lo está mirando desde el balcón, con los puños apretados y el corazón encogido, pidiendo en silencio que se arrepienta, que vuelva a entrar en la casa y la abrace, ambos llorando para pedirse perdón por quererse así. Tampoco se da cuenta de que Fuseli ha cargado su maleta en el coche y lo espera con la puerta del acompañante abierta, hasta que hace sonar la bocina.

Si en lugar de cargar la maleta la hubiera vuelto a entrar en la casa. Si en lugar de invitarlo a subir al auto le hubiera largado uno de sus clásicos «Perro, déjese de joder», poniendo en evidencia su ridículo, demoliendo esa coraza de un orgullo que se parece demasiado a la vanidad, que se parece demasiado a la estupidez. Pero esas palabras que podrían acabar con su determinación, esos detalles que lo harían cambiar de rumbo no se producen, y Lascano no encuentra los recursos para cambiar, tal vez porque cree ser un hombre trágico y la verdadera tragedia es no poder cambiar el destino. Se sube al coche, cierra la puerta. El codo apoyado en la ventanilla es lo último

de él que Eva ve desde el balcón. Regresa con rabia al interior de la casa y con rabia aguardará a que vuelva sin tomar el avión, con rabia abrigará la última esperanza hasta que reciba el llamado de Fuseli diciéndole: *Lo siento, Eva, se fue.*

Con las manos apoyadas en el maletín sobre las piernas, allí donde el tránsito los ha varado, a pocos metros de las ventanas que los vecinos han cerrado para siempre al estruendo y los gases de una autopista que no los toma en cuenta, Lascano espera como una fatalidad el momento en que Fuseli comience a sermonearlo. Como de la nada le dice, en tono imperativo, casi colérico: *¿No vas a decir nada?*

Fuseli saborea las palabras como si preanunciaran una victoria, pero es prudente, sabe que puede estar equivocado. No responde, piensa en la zona de clivaje. Es aquella que los buenos cortadores de diamantes saben reconocer. En la íntima estructura del cristal hay una zona donde la unión atómica es más débil. Es preciso acertarle allí con precisión para que la piedra se parta de la manera más limpia y en los fragmentos más grandes que sea posible. Sabe que en ocasiones como esta a las personas hay que pegarles en el punto débil de sus creencias, para desmoronarlas y que puedan ver más allá de sus íntimas convicciones. Es una palabra, un concepto, como un golpe de martillo neto, claro y sano. Se pregunta si acertará.

*Vos no sos como nosotros, Lascano —arranca, y hace una pausa como meditando lo que dirá a continuación—. Hay tres clases de personas, Perro: las que hacen que las cosas sucedan; las que observan cómo suceden las cosas y las que se preguntan cómo fue que sucedieron. Está la gente como yo, los que hacemos andar el mundo. Los que vamos a trabajar todos los días, los que tratamos de hacer bien nuestra tarea, los que queremos que nuestros hijos sean felices y buenas personas, los que sabemos que nunca haremos nada extraordinario, que solo nos recordarán un tiempo y que luego desapareceremos de toda memoria. Pero también somos los que, dadas las circunstancias, tomaremos parte de la locura colectiva, nosotros somos*

*los que formamos los ejércitos que arma la voracidad fascista, somos la turba de la inquisición, somos la muchedumbre de los estadios. Tenemos una dependencia extrema con las circunstancias. Después están los que miran las cosas suceder. Los parásitos, los que no contribuyen con nada, sea para bien o para mal, a los que únicamente les cabe el papel de delatores, son los que medran con las migajas de los banquetes, las perras de los ricos y los poderosos. Y están los hombres comunes pero capaces de hacer cosas extraordinarias. En esa categoría estás vos, Lascano.*

Repentinamente, el Perro siente la necesidad de desembarazarse del maletín. Ese artefacto que contiene toda la documentación que logró reunir sobre Carlos De Giusti, alias el Muerto, alias Ricardo Alonso. Se pone de medio lado para dejarlo en el asiento trasero y se queda en esa posición para mirar a Fuseli a cargo del volante. Hay algo en su tono de voz, en sus palabras, que lo apacigua, que lo hace sentirse en casa.

*Decime, Fuseli, ¿este discursito lo practicaste o te está saliendo espontáneo?*

Cuando el Perro recurre al sarcasmo, sabe Fuseli que nada de lo que diga va a convencerlo de que está cometiendo una insensatez. Lascano mira a través de los cristales del coche que los precede para detectar alguna señal de que la caravana se pone en marcha. Los conductores impacientes hacen sonar sus bocinas, pero eso no los hace avanzar, es más, pareciera tener el efecto inverso. Tiene la sensación de que la ciudad no quiere dejarlo ir, que Buenos Aires lo quiere retener, pero no le parece que lo haga por bondad, sino para machacarlo más con la pena. Es como esas madres que se transforman en sirvientas de sus hijos para que no generen ninguna habilidad, para que dependan siempre de ellas, para que no se vayan, absorbentes hasta la asfixia. El carril por el que circulan se pone en marcha, lentamente primero, luego va tomando carrera, pero el alivio no dura mucho, se detienen nuevamente. Fuseli vuelve al ataque.

*¿Y si fuera mentira?*

Lascano se vuelve a él intrigado.

*¿De qué estás hablando? De Hueso. ¿Por qué habría de mentirme, si se está muriendo? No te hagas el pelotudo, es un adicto, y un adicto hará cualquier cosa para conseguir su dosis, mentir es la menor de ellas.*

El Perro vuelve la vista al frente, la clava en la matrícula del coche que va adelante, es un taxi, DLI 827.

*Tenía datos que solo podía conocer alguien que estuvo allí. ¿Qué datos? La dirección de la casa, para empezar. ¿Qué más? Habló de una medalla que tenía mi madre, era original, la mandó hacer mi padre. ¿Qué otra cosa? ¿No te parece suficiente? A mí no, ¿y a vos? Más que suficiente. ¿No te pusiste a pensar que quizás alguno con quien compartió celda podría habérselo contado?, ¿no sabés acaso que los presos cuando se vuelven viejos se ponen muy cuenteros? Claro que lo sé. ¿No existe entonces la posibilidad de que alguno le haya contado la historia a Hueso y que él, desesperado, haya recurrido a ella para que le consigas la morfina?*

Lascano guarda silencio. Fuseli cree ver una grieta en su obstinación, una lucecita, una posibilidad de que puedan tomar la próxima salida de la autopista y volver a casa. Ataca nuevamente.

*¿No te parece demasiada casualidad que el asesino sea, justamente, alguien que acaba de escapar de la cárcel?*

Lascano continúa callado.

*Eso sin contar con que el tipo desapareció sin dejar rastros. Eso no es así — responde Lascano—. Sí dejó rastros. ¿Cuáles? Se fue a España con un pasaporte falso. ¿Cómo lo sabés? Ubiqué al falsificador y luego en migraciones. Claro, y el Muerto se queda en Barcelona. Fuseli, te lo digo por*

*experiencia, no se puede huir indefinidamente, en algún momento te echan el guante. Eso tiene demasiadas excepciones. ¿Por ejemplo? Menguele, lo buscó la inteligencia israelí durante más de treinta años y al final se murió ahogado en una playa de Brasil. El Muerto no va a ser la excepción. Vuelvo a lo de antes: ¿y si es mentira? Ya me enteraré. Sí, claro, porque en cuanto te vea caerá de rodillas para confesar todos sus crímenes. ¿Y qué harás, matarlo? Es una posibilidad. Entonces el que va a tener que huir serás vos. ¿Sabés cómo hacen los criminales respetables para eliminar a un enemigo? Contame. Contratan a un sicario de un país extranjero. Cuanto más lejano, mejor. El tipo viene, comete el asesinato y antes de que el cadáver se enfríe ya está a bordo del vuelo que lo lleva de regreso. ¿Ese es el plan? Lo es. ¿Hay plan B? No. Estás decidido a ir a matarlo. Sí. ¿Sos consciente de que hasta el plan más perfecto puede fallar y podés terminar preso? Lo soy. ¿Sabés que enfrentarás a un asesino muy eficiente? Conozco su historia. Sabés que quien puede terminar muerto sos vos. Lo sé. Pero te creés inmortal. Hay algo más que me inquieta. ¿Y si te equivocás y el Muerto no fue el asesino de tus padres?, ¿qué harás, seguir buscándolo? No pensé en esa posibilidad, como dicen los ingleses, cruzaré ese puente cuando llegue a él. Otra cosa. Decime. Si matás al hombre equivocado vas a tener que llevar eso en tu conciencia para siempre.*

Lascano se vuelve hacia Fuseli y le dedica una sonrisa, amplia, sincera y siniestra.

*El mundo va a estar mejor sin él de todos modos.*

Lascano hace una larga pausa, inhala profundamente y suelta el aire con un suspiro que parece interminable.

*Pero hay algo, Fuseli, que vos no sabés. ¿De qué se trata? Vos no sabés lo que es tener una espina clavada durante cincuenta años. Algo que te ha condicionado la vida entera. Es verdad, no lo sé, y no puedo imaginármelo. Pero hay otra cosa que sé. ¿Ah, sí? Te llaman Perro, pero no sos cualquier*

*perro, sos un perro abandonado. La muerte de tus padres, la soledad que se grabó en la hoja en blanco de tu infancia, la coraza que te fabricaste para enfrentar al mundo, la máscara de tipo duro, todo ello se derrumbó cuando conociste a Marisa.*

Lascano escucha en silencio. En su mente, Marisa maravillada en el jardín de la casa del Tigre, la mañana en que explotaron los lirios, con su vestido blanco de algodón, transparente bajo el sol, corriendo como una niña, feliz, junto al río lento, junto a él.

*Entonces descubriste el agujero que tenías abierto en el alma. Fuseli, pará con la poesía. ¿Qué me querés decir? Ahí descubriste que eras vulnerable, que, como cualquier hijo de vecino, necesitabas ser querido, abrazado, tocado, mirado con amor.*

El Perro reconoce para sí que nunca antes nadie lo había mirado como lo hizo Marisa aquella noche, junto a la penumbra de la ventana, cuando se contaron sus penas, pero no dice nada. Fuseli cree ver que los ojos se le han humedecido. Lascano espanta los recuerdos de su cabeza y vuelve la vista hacia la ciudad asesina.

*Por lo que me duró...*

La voz casi imperceptiblemente quebrada de Lascano le dice a Fuseli que el tipo está tocado.

*Es verdad, pero qué lección te dejó. Con ella aprendiste lo necesario para estar listo cuando apareciera Eva. La vida te dio una segunda oportunidad. No hay mucha gente que tiene una segunda oportunidad. ¿Vos creés? No lo creo, lo sé. A mí no me la dio. Enviudé, poco después murió mi hijo, y ya no hubo otros amores. ¿Te das cuenta de todas las cosas que tienen que pasar para que dos personas como vos y Eva se encuentren?*



Lascano no dice nada. Se rasca donde no le pica. Tiene los ojos a media asta.

*Eva es una mujer extraordinaria, Perro. Como vos, tuvo una vida difícil y llena de pérdidas. Supongamos que encontrás al Muerto, supongamos que lo eliminás. Y entonces, ¿qué?*

El Perro lo mira fugazmente.

*¿Qué?*

Fuseli aferra el volante con fuerza y estira los brazos haciendo que su espalda se hunda en el asiento.

*Te habrás convertido en un asesino que no tiene adónde volver. Que no tiene nadie que lo espere.*

Lascano se lleva la mano a la frente, presiona en las sienes, piensa y se dice: «Tiene razón, el hijo de puta tiene razón».

La caravana se pone en marcha.

*Fuseli, ¿querés hacer algo útil? Decime. Haceme una receta de píldoras para dormir. ¿Para qué las querés? No te preocupes que no las voy a usar para matarme, son para dormir en el viaje.*

Silencio.

*¿Se puede ser tan pelotudo? ¿Qué dijiste? Nada.*

En casa, Eva no aguanta más. Se dice que tiene que hacer el último intento por impedir que se vaya. Levanta el teléfono y marca el número de Lascano. En vano. Lo oye sonar, muy cerca, en la biblioteca.

Fuseli conduce lentamente hasta la terminal. Se detiene ante una de las puertas. Los dos hombres se quedan en silencio, sin mirarse, la vista al frente, como decidiéndose a separarse. Finalmente, Lascano abre la puerta y baja del coche. Saca la maleta del asiento trasero, la deja en el piso y le extiende la mano a Fuseli. El médico la toma con firmeza y la retiene.

*Como no conseguí convencerte de que dejes esta estupidez y te quiero demasiado para mandarte a la mierda, tené esto —dice Fuseli y le alcanza una tarjeta de visita. ¿Quién es? Un buen amigo. Llamalo, te podrá ayudar. Gracias —dice Lascano mientras embolsa la tarjeta y se acomoda para mirarlo directamente a los ojos.*

*Otra cosa, te comento algo que averigüé. Decime. De Giusti mató a un patrullero en San Isidro. Ya en la cárcel, aunque no se lo pudieron probar, hay muchos indicios de que fue él quien roció con gasolina al Loco Prieto y le prendiófuego.*

Lascano sonrío por primera vez.

*No seré yo quien lamente esa muerte. Ni vos ni nadie. También se cree que acuchilló a dos más en Devoto, uno murió, el otro quedó mudo. Cuando se fugó, De Giusti mató a un guardiacárcel y luego a sus dos cómplices. Si lo dejamos suelto termina él solito con los criminales. No te rías, Perro, el tipo es una cosa seria. Al salir, mató con sus manos a María Parodi, una amante suya. Okey, Fuseli, el tipo es un sicópata y un asesino despiadado, ¿eso es lo que me querías decir?, ¿que es muy peligroso?*

Fuseli se queda mirándolo en silencio, esforzándose por reprimir el impulso de cruzarle la cara con una bofetada, para ver si despierta.

*No, Perro, eso ya lo sabés, no necesito recordarte que estás siendo muy irresponsable. ¿Entonces, para que me lo decís? Te estoy señalando la pista, boludo. De Giusti está cebado, no puede dejar de matar, va dejando un reguero de cadáveres a su paso. ¿Y con eso? Prestale atención a los*

*homicidios. Si querés encontrarlo, seguí el hilo de sangre.*

**Destino**

El taxi se detiene. Habiendo dormido casi todo el viaje gracias a las píldoras de Fuseli, Lascano se siente despejado. Entra al hotel España, cumple las formalidades de registro, pide que le lleven las maletas a su habitación y se va al Arnau, el bar del hotel. Le cede el paso a una mujer que llega desde la calle. Al entrar al bar, la llaman desde la única mesa ocupada junto a la ventana.

*Hola, Charo.*

Lascano sigue de largo y se acomoda en un sofá negro, de espaldas a la chimenea, desde donde puede verlos, y deja su maletín en el suelo. El hombre observa y ocasionalmente les sonrío a Charo y a la otra mujer que lo acompaña, con quienes conversa animadamente. A Lascano le gustaría sentarse con ellos a charlar de lo que fuera. El camarero se acerca con actitud cautelosa, como si temiera que el parroquiano fuera a saltarle encima. Le ofrece la carta, Lascano la rechaza y pide un café solo. A través de la ventana, los últimos turistas van dando por finalizado el día y se arrastran con pie dolorido hacia sus dormitorios. El camarero, de regreso a la barra, hace una breve parada junto a la mesa de Charo y les habla con los gestos que los camareros reservan para los clientes habituales. Lascano abre el maletín y saca el informe forense. En la parte donde se hace el relevo de la casa de sus padres hay algo que le parece fuera de lugar, no sabe qué es, pero está dispuesto a descubrirlo. Lee con mucha atención. En un punto, se siente observado, levanta la vista del expediente y ve que el hombre con las dos mujeres lo está observando. Cuando se cruzan las miradas, le hace media

sonrisa. Lascano tiene la sensación de que es alguien muy familiar, de que lo conoce o que soñó con él alguna vez. El tipo se vuelve hacia sus acompañantes y dice algo que las hace reír. Lascano sabe que no se refirió a él, pues ellas no lo han mirado.

El camarero se acerca con una bandeja demasiado grande para llevar solo la tacita. Aunque está hasta el borde de café, la coloca sobre la mesa con maestría, sin derramar una gota.

*Disculpe* —le dice Lascano señalando al hombre de la otra mesa—, *esa persona me resulta muy familiar, ¿quién es?*

Como si fuese necesario, el camarero gira a mirarlo; cuando se vuelve está sonriendo orgulloso, como si tuviera algún mérito en el asunto. Hace un gesto soberbio separando los brazos del cuerpo y contesta: *Hombre, cómo no le va a resultar familiar, es Ernesto Rayo, el famoso escritor. Claro* —responde con firmeza Lascano para dejar entrever que sabe de quién se trata. El camarero, adoptando la postura y tono de quien posee un importante secreto, le susurra: *Y de las mujeres que le acompañan, la morena es la Charo Herrera, la crítica literaria más importante de Cataluña, y la rubia, que es la jefa de la Región Policial Norte, es su mujer. ¿Qué le parece? Un escritor de novelas policiacas casado con una comisaria de Mossos. Notable* —dice Lascano, dando por terminado el capítulo rosa para regresar a su lectura.

Quien redactó el informe era un tipo pomposo que usaba un lenguaje pretenciosamente académico, una de esas escrituras llenas de arborescencias y florituras a las que hay que entrarles a machete para extraer de esa frondosidad lo que quiso decir, algún concepto útil. No es de extrañar que la investigación del crimen se hubiera extraviado. Ninguna persona decente es capaz de aguantar tanta parrafada inútil. Le viene a la memoria uno de los cuadernos que llevaba Marisa. Allí había anotado con su caligrafía pequeña, que semejava hormigas aplastadas contra el papel: «Lo que es difícil de leer es fácil de escribir y lo que es fácil de escribir es fácil de leer». Ella creía en eso profundamente. Decía que escribir sencillo era la cosa más complicada

del mundo. Grandes ideas en pocas palabras, eso era el genio según ella, que se pasaba la vida leyendo, traduciendo y estudiando las lenguas. Piensa con gracia que Marisa hubiera fusilado al que escribió ese informe. La literatura presuntuosa le producía una especie de ira sagrada. Lascano busca y rebusca en la descripción de la casa, la posición de los cuerpos y de las heridas, tratando de no extraviarse en esa prosa intrincada y banal. De pronto la encuentra. Es una frase breve, sintética, oculta en la espesura como un animalito que teme ser descubierto. Consta solo de diez palabras: «No hay signos de que se hubiera forzado la entrada». Es la única frase simple, clara, que va al grano. Como si fuese un lapsus, como si al autor se le hubiera escapado, como esos errores que alguien descubre en libros famosos y que se les pasaron al autor, a los correctores y al editor. «No hay signos de que se hubiera forzado la entrada». Lascano baja la mano con que sostiene el informe y la deja reposar sobre la mesa. Levanta la vista. El hombre y las dos mujeres han desaparecido, la mesa está limpia, como si esas personas nunca hubieran estado allí o como si fueran habitantes de otra dimensión que, por alguna disrupción cósmica, hubieran aparecido en esta fugazmente.

«¿Qué sucedió?», se pregunta. «Mis padres no le abrían la puerta a cualquiera. ¿Los habrían sorprendido al entrar a la casa? No parece probable. ¿Conocían a sus asesinos?».

Una ventana sin cerrar, una puerta que quedó abierta por descuido, una ganzúa, las explicaciones son muchas y sin embargo a Lascano el detalle le parece más que significativo. Pero no logra hacer la conexión. Una mezcla de vértigo y náusea se apodera de su estómago. El camarero se corporiza a su lado. Ha percibido que Lascano no está en su mejor momento.

*¿Puedo ofrecerle algo más?*

Niega con la cabeza y le pide que cargue la consumición a su habitación. Siente que no le gustan los hoteles, o que no le gusta este en este momento. El hotel es caro, pero distinguido, no es uno de esos *resorts* norteamericanos

de plástico disfrazado de lujo. Acá hay arte y tradición. Pero aun así no le gusta. Los hoteles son uno de los lugares predilectos de los suicidas. Lascano lo sabe bien. Siendo joven había sido asignado a una comisaría del centro de Buenos Aires. En ese barrio, en esa época se concentraba la mayor cantidad de hoteles de la ciudad. A cada rato había un llamado de alguno de ellos. Había que ir a levantar el cadáver de alguien que había decidido matarse en alguna de sus habitaciones. Jóvenes, viejos, con motivo o sin él: pálidos cadáveres sumergidos en las aguas teñidas de sangre de la bañera; el arma caída junto a la mano inerte del tipo que se voló la cabeza; la mujer como si durmiera, en la cama, el vaso de whisky y el frasco de píldoras, ambos vacíos, sobre la mesa de noche; la nota; aquel viejo muerto en el sillón frente al televisor encendido del que nunca se supo qué utilizó para ponerle fin a cualquiera que fuera el asunto que lo atormentaba, el comentario de un policía viejo: «Qué mala está la tele últimamente»; el muchacho que se arrojó de la cornisa justo a la entrada, manchando la reputación del establecimiento. Eso fue para él ser policía: contacto permanente con la tragedia, con las vidas perdidas, con los seres más abyectos y los más desvalidos de la sociedad. Ahora, cuando entra a su habitación, pulcra, ordenada hasta el último detalle, sutilmente perfumada, decide tragarse tres píldoras más, que no lo van a matar pero que le van a habilitar el escenario del sueño allí donde cada noche nos embarcamos en ese ensayo general de la muerte que es el dormir. Lascano se está preguntando si ese vértigo no será que presiente su propio fin, porque no es un suicida, pero bien puede estar buscando morir bajo el disfraz de una causa justa, de una venganza necesaria, y si no estará el Muerto ocupando el lugar de la navaja, de las píldoras, del vacío bajo la cornisa que se le confunde con el vacío en que ahora cae por efecto de la benzodiacepina.

Suena el teléfono, se sobresalta.



*Diga. De la recepción, señor, lo busca el señor Piqué. Por favor, dígame que me espere en el bar, que ya bajo.*

Se levanta. Al mirarse en el espejo piensa que si la noche anterior se hubiera tomado todo el frasco, su aspecto no sería peor. Odia la impuntualidad. Se lava la cara, se viste apresuradamente y baja a trancos por la escalera. Piqué se pone de pie al verlo entrar en el bar. Está en la misma mesa que la noche anterior ocupaban las dos mujeres y el hombre de la cuarta dimensión. Lascano habría preferido que se sentaran en otra. Le parece una usurpación, como si esa gente no se hubiera ido totalmente. Piqué es un hombre de buen tamaño, elegante, prácticamente calvo, el escasísimo pelo blanco de los parietales contradice la jovialidad de su rostro redondo. Tiene la sonrisa amplia y dispuesta. A Lascano le parece que más pinta tiene de actor o animador que de comisario de los Mossos d'Esquadra. Le estrecha la mano con fuerza y se sienta frente a él.

*Dígame, ¿cómo anda nuestro común amigo Fuseli? Muy bien. Le envié esto —dice Lascano. Saca del maletín un paquete envuelto en papel manila y se lo extiende. El comisario lo recibe con una sonrisa, sacudiendo la cabeza, sabiendo, más que presintiendo, que se trata de una humorada del médico. Lo abre y, en efecto, es una de las suyas. Es un delfín de cristal pintado, obra de un mal gusto supremo. Lascano lo contempla sin decir palabra. Piqué ríe. ¿Sabe cómo llamamos por aquí a estas cosas? Ni idea. Pongos. Ah, sí, ¿y por qué? Porque cuando a uno le regalan un objeto así, se la pasará diciendo «¿dónde lo pongo, dónde lo pongo?». Ríen. El camarero se acerca, piden cafés. Piqué pone el adefesio a un lado. Me dijo Fuseli que necesita encontrar a alguien. Así es. ¿Puedo saber por qué y para qué? La pregunta es sincera y le indica a Lascano que Fuseli no le ha revelado el tema, decide mantenerlo así. Se trata de un asunto muy viejo que vengo llevando hace años, ya no se podrá hacer nada en términos de justicia, pero necesito averiguar la verdad. Entiendo —dice Piqué, y se queda esperando, invitando a Lascano a que sea un poco más específico. Al parecer, esta persona que*

*busco participó en un doble homicidio. Las víctimas eran los padres de un amigo íntimo. Nunca se descubrió el motivo, ni a los culpables. Ahora este amigo se está muriendo —dice Lascano, y se pregunta de inmediato por qué habrá dicho eso, ya que ese amigo que acaba de inventar es él mismo ¿Será otro presentimiento?— y quiere saberlo. Es un hombre rico y me ha pagado para que averigüe la verdad. En la mirada de Piqué puede percibir que la historia no lo ha convencido demasiado, que tiene la sensación de que hay algo más que no le está contando. Ya veo, y cuando lo encuentre ¿qué piensa hacer? Ofrecerle dinero si me cuenta la verdad. ¿Cómo sabe que está en Barcelona? En realidad no sé si está acá, pero lo que sé es que vino en un vuelo directo desde Buenos Aires. ¿Cómo lo sabe? El hombre se llama Carlos De Giusti, y escapó de la cárcel, pude rastrear a quien le falsificó un pasaporte a nombre de Ricardo Alonso. El resto lo investigué en Migraciones de Argentina. Está requerido por Interpol, puede verificarlo. Lo haré.*

Lascano vuelve a abrir el maletín y saca una hoja de papel donde anotó todos los datos del viaje y una foto del Muerto. Piqué lo lee brevemente, mira la foto.

*Es un viejo. Sí —responde Lascano—, ya pasó los setenta, pero no se confunda, es una bestia de fuerte. Tiene varios hospitalizados, liquidó a un policía y a dos cómplices en la fuga y estranguló a una mujer con sus propias manos. La fortaleza de este viejo es un caso de congreso médico. Habrá que tenerlo en cuenta cuando lo detengamos —dice Piqué, repentinamente serio. ¿Tan seguro está de que lo detendrán? A mí un asesino de policías no se me escapa.*

Piqué saca su teléfono.

*Hola, Pere. ¿Cómo estás?... Y la Tere, ¿todavía te aguanta?... Sí, el domingo nos vamos al Hierro... Cuatro días... Reservé en el Punta Grande... no, la hice hace más de un año... Y tanto, si no, es imposible... es el hotel más*

*pequeño del mundo... cumplimos veinte años... no fue fácil, no señor... ja ja, sobre todo para ella... bien... te llamo por lo siguiente: hay un amigo en Barcelona que necesita encontrar a un criminal fugado de Argentina... ¿Podrás comprobar si ha salido del país?... Perfecto, te envío los datos por wasap... Okey... espero noticias... gracias... hecho.*

Piqué coloca el papel que le diera Lascano sobre la mesa, le toma una foto, pulsa unas cuantas teclas y se lo devuelve.

*Listo. Si alguien puede averiguar el paradero del hombre que busca, ese es Pere. Me llamará en cuanto sepa algo. Y yo lo llamaré a usted. Muy bien, muchas gracias.*

Piqué se reclina contra el espaldar de su sillón como ganando distancia. Ahora no sonrío, está muy serio.

*Me dice Fuseli que es hombre de fiar —Lascano asiente con la cabeza—, tiene que prometerme algo. Dígame. Usted aquí no tiene competencia, no puede hacer nada. Si lo localiza tiene que llamarme y nosotros procederemos a la detención. Usted no puede tomar ninguna acción directa. ¿Está claro? Clarísimo. Lo dicho, pues, en cuanto sepa algo se lo comento.*

Piqué se pone de pie. Lascano lo imita. Caminan hasta la salida. La calle está poblada de gente que va y viene. Lascano lo acompaña hasta la Rambla. Turistas italianos, chinos, rusos y de toda nacionalidad y una miríada de japoneses van de arriba abajo con sus cámaras, fotografiando hasta los cestos de basura, sus camisas grises y su mirada absorta.

*Esta ya no es mi ciudad, se ha convertido en un parque temático —dice Piqué con un suspiro, y le tiende la mano—. ¿Un buen lugar para comer? Por supuesto, vaya a la Tomaquera, así prueba la cuina catalana. ¿Dónde queda? Está cerca, tome un taxi, asegúrese que el chófer sea barcelonés y pídale que lo lleve a la Tomaquera, en la calle Margarit. Gracias. Le*

*recomiendo los caracoles a la gormanda.*

Piqué gira, cruza a la Rambla y se pierde entre los guiris, como llaman por aquí a los turistas.

El Muerto recupera la conciencia tendido en una camilla del Hospital Universitario de Bellvitge. No tiene idea de cuánto tiempo ha pasado. Por la abertura de las cortinas puede ver a los Mossos que lo trajeron. Se palpa los bolsillos, su dinero y su teléfono han desaparecido, pero conserva la navaja. Se incorpora dolorosamente. Ve que los Mossos se han alejado hacia el pasillo a fin de no estorbar los movimientos en la sala de urgencias. Se quita la mariposa del brazo y se levanta con gran esfuerzo. Asoma la cabeza. Nadie a la vista, los policías le dan la espalda. Encuentra sus zapatos bajo la camilla, se los calza, sale al pasillo. En dos minutos está en la calle. Camina deprisa hasta el parque ecológico. Junto a la ermita una pareja de jóvenes se besan y tocan. Los sorprende con la navaja y les quita el dinero que llevan.

*¡Fuera de aquí!* —ruge. Los chicos echan a correr Rambla de la Marina arriba, el Muerto, en dirección contraria hacia Gran Vía. Una combinación de buses y metro lo acercan hasta el Universal. Al verlo entrar, el conserje coloca las dos manos sobre el escritorio.

*Mi llave, por favor. Señor Alonso, es necesario que pague, se lo he dicho ya en tres ocasiones. Sí, lo sé, es que he tenido un accidente. Lo siento mucho. Deme la llave, por favor. No puedo dársela hasta que pague... órdenes de la gerencia.*

El Muerto se queda quieto y mudo unos instantes. Con dos pasos rápidos se coloca a la entrada del mostrador que los separa, pasa detrás, el conserje se alarma.

*¡¿Qué hace?!*

Es lo último que dirá. El Muerto le salta encima, lo toma por el cuello y le hunde la navaja en el pecho. Lo aferra para amortiguar la caída y lo deja en el suelo. Toma la llave. Suena un teléfono. La pantalla del móvil del conserje parpadea una palabra: «mamá». Lo toma, corta la comunicación y se lo mete en el bolsillo. Sale y se dirige al ascensor. Una vez en su habitación, recupera los paquetes de cocaína de la caja de seguridad, saca para cinco dosis, esnifa una, guarda las otras en un sobre en el bolsillo de su camisa y mete el resto en su maleta junto con algunas de sus ropas y el pasaporte, y abandona el hotel.

Es tarde, sin embargo por Aragón hay mucho tránsito, prefiere Valencia hasta Sant Joan. De lo que robó a los chicos en el parque le quedan solo unas monedas. Necesita dinero y encontrar un lugar donde refugiarse. Se dispone a cruzar la Gran Vía por la plaza de Tetuán, pero una vez allí comienza a sentir que está a punto de desmayarse. Se sienta en las escalinatas del monumento a recuperar el aire, arrullado por el sonido de los coches que rodean la plaza yendo hacia el norte. Cuando los semáforos cambian a rojo el ruido cesa casi por completo. Entonces oye otro, como de una pesada pieza de metal siendo arrastrada. Mira en esa dirección y ve que una tapa del alcantarillado se está moviendo. Por el hueco emerge un gigantón rubio y barbado, cuya cabeza en forma de pepino pareciera haber sido diseñada para el casco con cuernos de los vikingos. Lo acompaña otro que tiene un corte de cabello igual al de Moe, el de Los Tres Chiflados. Posa de malísimo, tal vez porque es muy pequeñito. Con la ayuda de una pata de cabra que tienen oculta entre unas plantas, reponen la tapa en su lugar. Entonces lo ven. El vikingo se adelanta seguido por su secuaz y se planta a menos de un metro de distancia del Muerto.

*¿Turista?* Tiene un leve acento alemán. *No* —responde el Muerto con tranquilidad. *¿Tiene dinero?* *Tengo algo mejor.* *¿Qué?* El Muerto mete la mano en el bolsillo, saca el sobre pequeño y lo arroja a los pies del alemán. El tipo se agacha muy lentamente sin dejar de vigilarlo, lo recoge, lo abre y le surge una sonrisa desportillada y verdosa. Toma un poco de cocaína con el

pulgar y el índice, se lo mete en la nariz y jala con fuerza; repite lo mismo con la otra narina. El Muerto sacude la cabeza: *Hay que tomar siempre por el mismo orificio. ¿Quién lo dice? Siempre conviene tener un agujero de la nariz sano. Sabe mucho de esto, ¿verdad? Algo. ¿No piensa convidar a su compañero?* Moe se ha desentendido completamente del Muerto, los ojos fijos en el sobrecito de la droga. El vikingo se lo pasa. *¿Eres traficante?* El Muerto asiente. *¿Pretendes que te pagemos? Gratis para los amigos. Se agradece. ¿Qué te ha pasado? Un cambio de opiniones con unos gitanos.* El vikingo suelta una carcajada. *Serán tipos de opiniones fuertes.* El Muerto hace un gesto condescendiente. *Necesito un refugio por unos días. ¿Lo puedes pagar? Hoy ya te lo he pagado. Mañana habrá más y tal vez algo de dinero, si me ayudan.* El tipo lo medita brevemente, le estrecha la mano y se presenta. *Mi nombre es Helmut, ven con nosotros* —dice, y se encamina hacia el hueco por donde salieron. Sacan la tapa nuevamente. *Tú primero* —le dice el alemán a Moe. Se sienta en el agujero y comienza a bajar por una escalera de gato. Da voces cuando llega abajo y Helmut le hace un gesto para que baje. El Muerto mira hacia abajo, calcula unos cuatro metros, deja caer su maleta por el hueco, se sienta en el borde y desciende. Helmut lo sigue.

Abajo la temperatura es cálida y húmeda. A su paso huyen espantadas media docena de cucarachas. Luego de andar unos pocos metros por un pasillo estrecho, llegan a una abertura que da a un gran pasadizo abovedado de cemento a cuyos costados se abren varias salas que son utilizadas como habitaciones. Se siente terriblemente cansado.

*Necesito dormir.*

Helmut levanta su mano derecha con el sobrecito de la cocaína atrapado entre el índice y el medio.

*¿Me lo puedo quedar? Todo tuyo. Rod.* —Tal es el verdadero nombre de Moe. *Tráele un colchón al amigo.*

El tipo desaparece dentro de una de las habitaciones y reaparece arrastrando

un colchón mugriento. Helmut señala la habitación del fondo. *Puedes usar esa. El baño está allí. Muchas gracias. Nosotros tenemos que salir. No te preocupes, aquí estarás seguro.*

El Muerto agradece con la cabeza, coloca su maleta sobre el colchón, lo coge y arrastra el conjunto hasta el hueco que le asignaron. Helmut y Rod abandonan el refugio. El Muerto busca un escondrijo donde ocultar el paquete de cocaína de las voraces narices de estos crápulas. En el lavabo hay una oquedad medio tapada por un trozo de madera podrida. Allí la esconde. Regresa a su habitáculo, se tiende en el colchón. Por los pasillos del refugio le llega el sonido de la tapa cuando es repuesta en su lugar. Se duerme arrullado por el *bum bum* que producen los coches que, por la Gran Vía, pasan encima del respiradero.



Los caracoles le hicieron sentir su venganza la noche entera. Primero con aquella pesadilla en la que asistía a una asamblea de gente que ya había muerto y luego con las corridas al baño. Recién pudo dormirse a las seis de la mañana. Dormido aún, un último retortijón que no es tan fuerte como para despertarlo, ni tan suave como para seguir durmiendo, lo coloca en situación de duermevela. Las tripas resentidas reclaman un té. Sin abrir los ojos llama a Eva. Nadie contesta, claro. Entonces los abre. Tarda unos momentos en ubicarse en tiempo y espacio. Pero la ausencia de su mujer ya le ha mordido el alma y lo invaden las fuerzas de ocupación de la memoria.

En el momento que mira el teléfono, suena. Lo coge.

*¿Hola?, ¿Lascano? Sí. Piqué. ¿Quién? Piqué, el comisario... Ah, sí, disculpe, estaba medio dormido. No pasa nada. ¿Qué dice? Lo hemos localizado. ¿A quién? A Carlos De Giusti. No me diga. Esta tarde llevaré a mis nietos a merendar, podemos encontrarnos luego. Muy bien, ¿dónde? Un bar que se llama el Bosc de les Fades, está cerca de su hotel, puede ir andando. Pregunte al conserje. Lo espero a las siete. Okey, allí nos veremos.*

Lascano mira el reloj y decide postergar el llamado a Eva para hora más prudente.

Pasa junto al museo de cera y encara la puerta del Bosc. El lugar, ambientado con motivos de cuento de hadas, está en penumbra. Árboles antropomorfos de rostro retorcido, cajas de cristal llenas de mariposas, estalactitas de cartón piedra, fuentes cantarinas. En una habitación, una muñeca que levita, palancas y poleas que no llevan a ninguna parte. El lugar ensoñado e inquietante lo remite a la infancia, a aquellos cuentos de hadas que le contaba su abuelo.

*Salud, Lascano.*

La voz de Piqué lo saca de su ensimismamiento.

*Hola, Piqué, qué tal. Muy bien, muy bien. Cumpí con mi visita semanal a los nietos. La verdad es que me dan dos alegrías. ¿Ah, sí? Sí, una cuando llegan y otra cuando se van. Pero si no los veo, mi hijo me riñe. Entiendo. Oiga, vamos a otro lugar, esto va a llenarse de turistas en cualquier momento.*

Salen a la calle, un estrecho pasaje abovedado, húmedo y fresco. No se le puede ocurrir una calle mejor para ubicar el lugar que acaban de dejar. Por una serie de callejuelas y pasadizos llegan al Milk, un bar semiescondido en el barrio Gótico. Se sientan a una mesa, Piqué ordena una Estrella Galicia, Lascano lo imita. Cuando el camarero está por retirarse, Piqué lo detiene.

*Oye, trae una de gambas, esas que sirven con tortilla. Vale —dice el muchacho, y se retira. Piqué pone sobre la mesa una caja blanca con la marca Samsung. Esto es para usted. ¿De qué se trata? —pregunta Lascano sin tocarla. Es un teléfono. —Piqué percibe su resistencia—. Lascano, usted está en tierra extranjera, tiene pocos amigos y una misión peligrosa. Además, necesito un medio para comunicarle noticias cuando se produzcan. Hágame caso, es mejor si está comunicado. —le sonrío y abre la caja—. Me tomé la libertad de grabarle algunos números. El mío, el de Fuseli, el del consulado argentino y estos dos que le van a ser muy útiles: uno es el de Manolo, gran*

*amigo, gran policía. Está en investigación criminal, él sabe todo lo que pasa por aquí. El otro es el de Ramón Tomás, tiene a su cargo todas las cámaras de seguridad de Barcelona, un genio de la informática. Bueno, muchas gracias... Nada, agradézcaselo a Fuseli, él lo pagó... pero vamos a lo nuestro. Dígame. De Giusti o Alonso no salió de Barcelona por medio aéreo. Yo creo que sigue aquí. ¿Por qué lo piensa? Manolo, que es un fisonomista del carajo con memoria de elefante, cree haberlo visto en La Canela, una discoteca, en Heron City.*

Suena el teléfono de Piqué.

*Diga... ¿cuándo?... ¿avisaste a científica?... vale... vale... allá nos vemos.*

*Corta y le dice a Lascano: Esto sí que es raro. ¿Qué cosa? Apuñalaron al conserje de un hotel. ¿Y eso es raro? Tenemos apuñalamientos entre pandillas rivales, pero en un hotel... sí es raro. Acompañeme, me dijo Fuseli que usted es un investigador extraordinario. Fuseli exagera. Como sea, pero Manolo y Ramón Tomás estarán allí, de paso los conoce.*

Manolo y Ramón Tomás ya están en la recepción del Universal cuando llegan Lascano y Piqué. Manolo es bastante joven y atlético, lleva las cejas muy depiladas y viste el uniforme de los Mossos como si fuera un modelo. Ramón Tomás es fornido, tiene el cabello blanco, la mirada pícaro y una sonrisa irónica permanente dibujada en los labios. Conversan con el gerente, un joven con barba de leñador, arete de falso diamante y modales de quinceañera. Por un costado del mostrador de la conserjería asoman las piernas del cadáver. Piqué se presenta y le extiende la mano al gerente. *¿Es el registro de huéspedes?* —le pregunta señalando el libro que tiene en la mano. *Sí* —contesta el leñador, y se lo entrega. Piqué levanta la vista y señala las cámaras de seguridad. *¿Podemos ver las cintas? Sí, en la oficina, síganme.*

Mientras busca en las grabadoras, Piqué va pasando el dedo por la columna de los apellidos en el registro. El Perro lo detiene: *Ahí está, Alonso, Ricardo. Ese es el nombre que consta en el pasaporte falso.* Piqué sonríe. El gerente, con el mando a distancia de la tele, haciendo un mohín de lo más Marilyn, dice con un cantito: *Cuando ustedes lo dispongan, señores. Adelante* —contesta Piqué, y todos fijan la vista en la pantalla muda. Tres minutos más tarde están viendo la escena de la muerte del conserje grabada en tiempo real. El conserje desaparece de la vista tras el mostrador, el asesino, de espaldas a la cámara, se vuelve mirando hacia abajo y se ve que coge un teléfono móvil. Entonces alza la cara. *Deténgase* —ordena Piqué. Se congela la imagen del rostro del Muerto ocupando la pantalla. Piqué mira a Lascano. *Es él.* Salen de la oficina. Los de la científica se están ocupando del cadáver. Suben a la habitación del Muerto. La revisan minuciosamente durante más de media

hora; además de los medicamentos que se ha olvidado, nada conducente. Tal vez los de científica puedan encontrar algunas trazas invisibles. Regresan a la oficina del gerente y le piden que les muestre la cinta de la cámara de la puerta. Lo ven salir del hotel y desaparecer al girar por Pau Claris hacia Valencia. El médico forense entra. *¿Qué hubo, doctor? Apuñalado por un profesional. Directo al corazón. Es el segundo cadáver con estas características. ¿Cómo dice? Antes de ayer, en el Clínic encontraron muerto a un enfermero en la farmacia. Tenía una herida igual, podría jurar que la causó la misma arma.* Lascano recuerda las palabras de Fuseli: «Si quieres encontrarlo, seguí el hilo de sangre». *¿Cómo podemos encontrarlo?* —le pregunta a Piqué. *¿Podemos revisar las cámaras que hay por Gracia y Sant Joan?* —le dice Piqué a Ramón. *Podemos, con perdón de la palabra* — responde, y todos ríen, excepto Lascano, que no sabe de qué hablan, y agrega —: *Pero eso va a llevar mucho tiempo y estoy seguro de que el tipo anda cerca. ¿Qué se te ocurre? Rastreemos el teléfono del conserje que robó. ¿Tiene el número?* —le pregunta al gerente, que por toda respuesta saca su propio teléfono, digita en la pantallita y le recita el número. *Con esto lo podremos localizar. Necesito hacer unas llamadas. Hablando de llamadas* —interrumpe Manolo dirigiéndose a Piqué con su teléfono en la mano—, *es Josep Lluís.* Piqué se disculpa y sale de la oficina. Manolo mira a Lascano y alza las cejas. *Es el Mayor, el jefe.* Regresa Piqué y mira a Manolo. *El conseller va a un acto en Hospitalet y tengo que ir a dar novedades. Me cago, con la faena que tengo... Lascano, lo dejo con los muchachos, ellos siguen con el asunto. Más tarde nos comunicamos. Chicos, ayúdenlo en lo que necesite, ¿de acuerdo?* —concluye, saluda a todos y se va. Manolo se encoge de hombros. *Nada que hacer, ¿le apetece beber algo?*

El Dow Jones es un bar que se jacta de que sus precios fluctúan como la bolsa. Uno nunca sabe cuánto le van a cobrar, pero tiene un clima festivo contagioso. Mucho más esta noche que el Barça acaba de anotarse un triunfo sobre los merengues del Madrid. Piden dos *gin tonics* que la muchacha prepara con una dedicación digna de una pócima que curaría todos los padecimientos del mundo. Se sientan a una mesa estrecha. Dos horas más

tarde, cuando Lascano se ha tomado media copa y Manolo tres, hacen su entrada Ramón Tomás y su sonrisa, pide una copa a la chica de la barra y se sienta a la mesa. *Ya lo tengo* —dice triunfal, y le muestra la pantalla de su móvil a Lascano—: *fíjese en esta línea azul. El hombre salió del hotel, caminó hasta Valencia, de allí a Sant Joan, donde giró a la derecha; cuando llega a la Gran Vía ya no se le puede localizar. ¿Y eso qué significa? Pueden ser dos cosas: apagó el teléfono y le sacó la batería, o se lo tragó la tierra. ¿Qué hacer, entonces? Deme su teléfono.* Lascano se lo entrega y Ramón Tomás se pasa los siguientes cinco minutos manipulándolo, entre trago y trago. *Ya está. ¿Ve este icono que puse en su pantalla? Lo veo. Pues cada vez que lo pulse automáticamente rastreará el teléfono del Muerto y, si está conectado, le mostrará la ubicación en el mapa. ¿Y si no lo está? Si no, no. ¿Dónde queda el lugar donde se interrumpió la señal, es lejos? Muy cerca. Sale del bar, gira a la derecha, en la esquina a la izquierda hasta Passeig Sant Joan, allí gira nuevamente a la derecha. Pronto se encontrará con la Gran Vía, en medio está la plaza de Tetuán, no puede equivocarse.* Sin terminar su copa, Lascano saluda y antes de salir pasa por el mostrador y paga la consumición de todos.

Lascano sigue las indicaciones de Ramón Tomás y llega fácilmente hasta la plaza. Desierta, cosa que no es de extrañar, ya que está en medio de la Gran Vía, con cientos de coches pasando por uno y otro lado. Aunque bien cuidada, tiene la desolación de los lugares de paso, allí donde a nadie le place instalarse. El día fue interminable. Está cansado, pero aun así decide bajar andando hasta su hotel en la Rambla.

Se le ha instalado en el estómago una espantosa sensación de vértigo que no calman el ibuprofeno, el diazepam ni el yoga. Se siente inquieta, nerviosa. Presiente que algo terrible está por suceder, es como si la inminencia de una catástrofe más que una premonición fuera una certeza. Hace media hora que mira a la nada sentada frente a la ventana que da a la terraza de su casa.

*¿Má?*

Eva da un salto en el sillón y le grita a Victoria: *¿Qué pasa? Eehh —responde la hija—, parece que estamos nerviosas. Sí, perdoname, es que estoy muy alterada. Hace días que estás intratable. Mirá quién habla. Sí, Má, pero yo soy una adolescente, intratable por definición; y vos, con tu yoga y tu vida natural, ¿qué?... ¿De verdad que estoy mal? Sí, desde que se fue Lascano no se puede hablar con vos. ¿Querés que hablemos? Sí, Má, hablemos.*

Victoria se sienta en el suelo frente a su madre, dispuesta a escucharla. Para Eva, que su hija quiera conversar con ella es una oportunidad que no va a dejar pasar. Le cuenta todo: cómo conoció a Lascano y se enamoró de él en las peores condiciones. Que él la rescató cuando los grupos de tareas la buscaban para matarla, la larga y penosa separación a la que tuvieron que sobrevivir, el glorioso reencuentro. Y que haberse encontrado les cambió la vida a ambos y la suerte comenzó a sonreírles. Entonces empezó con el relato de la historia del asesinato de los padres, de la aparición del preso que le contó quién los había matado y de la locura que le dio a Lascano saberlo. Esa locura que lo llevó a olvidar todo lo bueno que tiene para lanzarse a España a

buscar al asesino. Victoria escucha atentamente a su madre contarle todas aquellas cosas con una mezcla de rabia y tristeza verdaderamente conmovedoras. Pero más que a sus argumentos, la chica presta atención a la música de sus palabras. Victoria se pone de pie, se acerca, se sienta junto a su madre y la abraza. Eva rompe a llorar.

*Má, ¿no te das cuenta de lo que te pasa? ¿Qué, Victoria? Que estás terriblemente enamorada de Lascano y te estás muriendo de miedo de que le pase algo. ¿Te parece? Má, ¿nunca te preguntaste en qué te convertiste? ¿Qué me decís? Vos eras una pantera, mamá, una guerrillera, una mujer valiente, con ideales, que luchaba contra un mundo de mierda. De esa mujer se enamoró Lascano.*

Quiere y no quiere que su hija continúe, pero es incapaz de articular palabra.

*Lascano es un tigre, viejo, pero tigre al fin. Un tipo hecho a las emociones fuertes. Y vos, señora burguesa de la New Age, ¿qué emociones le ofrecés, el té de camomila, las ásanas, la meditación trascendental y la comida macrobiótica?... Por favor, cuando un tipo es carnívoro no le des zanahorias y calabazas. Vamos, Má, ¿dónde quedó tu coraje para vivir?*

Las palabras de la hija le dan un mazazo a todas sus resistencias. Esta mocosa indolente, que parece no estar preocupada por otra cosa que su propia diversión, tiene más verdad para ella que toda la filosofía del mundo. Pero sigue estando tan desorientada como antes.

*¿Qué debo hacer, Victoria?*

La chica la mira y le sonrío.

*Lo mismo que hizo él con vos cuando se conocieron. ¿Qué? Ir a rescatarlo. ¿Rescatarlo... de qué? De sí mismo. Comprá un pasaje, andá a buscarlo y traélo de vuelta. ¿Y si no quiere volver, si continúa empeinado en esta locura? Pues al menos habrás hecho todo lo posible. ¿Te parece? Vamos,*



*Má, reconocelo, estás muerta de amor por él. No sé... no sé...*

Suena el teléfono. Lo toma.

*Hola —dice una voz femenina. Buenos días. ¿Me puede comunicar con el señor Lascano, por favor? ¿Quién le habla? Marta. ¿Marta? Sí, soy su terapeuta.*

Eva mira a Victoria, cruza el índice sobre sus labios y pulsa el botón de manos libres.

*No se encuentra en casa. ¿A qué hora podré ubicarlo? No lo sé, está de viaje.*

Silencio. Victoria interroga a su madre con la mirada, Eva se encoge de hombros.

*¿Usted es Eva? Sí. ¿Se fue a Barcelona? Sí. ¿Piensa ir? No lo sé. Vea, lo llamaba porque no vino a las últimas dos sesiones... estoy preocupada por él... mucho... su marido está en serio peligro... ¿Qué debo hacer? Búsquelo, él la necesita. Si tiene alguna noticia, llámeme, por favor. ¿Tiene mi número? Lo estoy viendo en el CID.*

Corta. Como quien habla del clima, Victoria le suelta: *Lo que yo te estaba diciendo, ma.*

Sin dejar el teléfono, Eva siente que una transformación le revoluciona el cuerpo y la carga de una energía de la que hace tiempo que no dispone. La adrenalina fluye por todo su sistema circulatorio. Nuevamente tiene un porqué, una causa, una determinación de hierro. Su vida cobra sentido. Se pone de pie. Se sacude las sandalias Jieyang.

*Sí —dice Eva—, tenés razón. Tengo que ponerme en acción.*

Victoria se levanta, abre el bolso de Eva, saca su billetera, el teléfono y se los da.

*¿Y esto? Llamá a Aerolíneas y comprá el primer pasaje que encuentres.*

Eva trata de recordar dónde guardó aquella camisa camuflada y se pregunta si todavía le quedará bien. Victoria se sienta en un sillón y se pone a jugar con su teléfono. Eva toma el suyo, busca el número de la compañía aérea y marca.

Ma. ¿Qué pasa? Sacá un pasaje para mí también, no creerás que te dejaré ir sola. ¿Y el cole? El cole puede esperar, esto es demasiado importante. A ver si este *güevón* se hace matar sin que yo le haya dicho nunca que también lo quiero, aunque no se me note.

Los médicos le habían dicho que eso podía suceder y está sucediendo. El Muerto despierta en su colchón mugriento. Abre los ojos, pero el gris uniforme que ve no cambia, está ciego o no puede abrir sus ojos, porque tampoco puede mover un músculo. Tiene la sensación de haber perdido sus miembros, de haberse convertido en un gusano albino. Teme que su cerebro se haya desconectado de su cuerpo. Teme. Ha regresado el miedo, algo que tenía olvidado. La paliza de los gitanos parece haber agravado las deficiencias de su organismo dañado. La falta de medicamentos empeora el cuadro. Oye a los alemanes que regresan borrachos dando tumbos por los pasillos del refugio. Teme que lo encuentren así, desvalido e inerme. Se siente expuesto, como la vez que le rompieron el culo en el reformatorio. Pero al poco tiempo cesan las voces y surgen los ronquidos de un sueño de puercos. Poco a poco el entumecimiento general de sus músculos cede, a medida que transcurre la mañana. Al mismo tiempo comienza a experimentar sensaciones. Siente su sexo, tieso por primera vez en años, siente la alegría de una erección. Un relámpago de dolor le atraviesa el cerebro. Se están rompiendo cosas dentro de su cabeza. Se da cuenta de que este es el principio del fin. Se siente peligroso como una fiera herida y acorralada. Siente, siente, siente. Vuelve a sentir. Regresa el odio al mundo. Se levanta, le toma más de media hora que sus músculos y sus huesos recobren la fuerza y la elasticidad necesarias para desplazarse. Toma aire profundamente, se estira una y otra vez hasta que logra tocar el techo con las manos, se inclina repetidamente hasta que consigue que sus palmas se apoyen en el suelo sin flexionar las rodillas. Necesita sus medicamentos ya mismo. Se viste. Despliega su navaja y decide que primero será el pequeño, prevé que Helmut dará batalla. Entra a

la habitación donde Rod duerme despatarrado sobre su propio vómito. Coge una camiseta, la hace un bollo, se la pone sobre la boca y lo apuñala. El tipo da un par de brincos, un gemido y ya está en el otro barrio. Se desliza en silencio hasta el agujero donde duerme Helmut. Está completamente a oscuras. Entra a tientas. Apenas distingue el bulto del colchón en el suelo. Se acerca un paso. El vozarrón de Helmut suena a sus espaldas.

*Sie suchen etwas?*

Su silueta imponente se recorta en contraluz enmarcada en la abertura. Porta un nervioso bate de béisbol en la derecha y un puñal en la izquierda. El Muerto da un paso atrás y se agazapa justo a tiempo para que el primer garrotazo pase a milímetros de su cabeza. Salta hacia él y le hunde la navaja debajo de la barbilla. La hoja le atraviesa la base de la boca, la lengua y se le incrusta en el paladar. Helmut deja caer el bate, se arranca el puñal con un aullido y contragolpea con la cabeza. El Muerto trastabilla y el alemán lo ensarta en el vientre con su puñal. Un chorro de sangre brota de la boca de Helmut. El Muerto recoge el bate, lo aferra con las dos manos y lo descarga en medio de la cara de su contrincante con todas sus fuerzas. El hombretón se tambalea, el segundo garrotazo lo voltea, el tercero lo deja inmóvil. El Muerto se deja caer. Está sangrando mucho. Se estira a tomar su navaja. Corta un pedazo de la camisa de Helmut y se lo aplica sobre la herida. Se acuesta en el suelo respirando rítmicamente, tranquilizándose, a la espera de que se detenga la hemorragia. Una hora más tarde, con las fuerzas que le quedan, improvisa un vendaje con los jirones de la camisa. Se pone de pie y revisa los bolsillos de los dos cadáveres. Encuentra cerca de doscientos euros.

Lascano se ha pasado la mañana en el café del hotel España esperando que en la pantallita de su móvil aparezca alguna señal de localización del teléfono del Muerto. Repentinamente sucede. Un punto azul parpadea en la plaza de

Tetuán. Lascano se pone de pie, sale del hotel, trota hasta la Rambla en busca de un taxi. No hay ninguno. Va hasta la plaza Catalunya. Allí lo consigue. El punto azul se ha desplazado, le pide al chofer que lo lleve a Roger de Llúria con Casp. Ningún catalán tomaría un taxi a un lugar tan cercano. Se lo lleva de paseo hasta el Arc de Triomf, le da la vuelta, regresa por Sant Pere y sube por Llúria. Se detiene frente a una farmacia. Lascano paga, baja y entra. Dos clientas, una está comprando una tonelada de medicamentos. La otra espera. Un hombre entra detrás de él y le toca la espalda.

*¿Últim?* —le pregunta. Lascano no responde. Mira la pantalla. El punto azul ahora anda por la Gran Vía, cerca de la plaza de Tetuán. Pulsa el botón para actualizar el rastreo. Una ruedita se pone a girar en medio de la pantalla durante un siglo. Aparece una leyenda: «Ubicación no disponible». Así permanece el resto del día y el siguiente.

A Lascano lo dominan la inquietud y la ansiedad. No son buenos estados para enfrentarse con el Muerto. Sus ojos lo buscan en cada hombre que pasa, en cada umbral, tras cada puerta. Está tan cerca que puede olerlo. Esa proximidad le llena la sangre de adrenalina. Todo su cuerpo está en tensión. Sí, Fuseli tenía razón, está cebado, tiene la necesidad de matar. Si no es hoy, será mañana, pero sabe que lo va a buscar y lo va a encontrar. Esto no tiene marcha atrás, uno de los dos acabará cadáver.

Siempre desaparece por acá, piensa Lascano, mientras observa los edificios que circundan la plaza de Tetuán. El frente de un edificio modernista lo afea un cartel que ofrece alquileres temporarios. Cruza, entra y pide un apartamento. El muchacho de recepción tiene un lado de la cabeza rapado y el otro con el cabello largo y lacio como el de una muñeca japonesa. Pasa una eternidad comprobando la disponibilidad.

*Quiero algo con vista a la calle, por favor —lo apura. Esos apartamentos son más caros.* Lascano coloca un billete de cien euros sobre el mostrador para que vaya entendiendo. Dos minutos más tarde están inspeccionando el 52, que casualmente acaba de liberarse. Tiene un gran ventanal con vista clara de la plaza y alrededores. Es lo que necesita.

Regresa al hotel España, pide un taxi, mete todas sus pertenencias apresuradamente en la maleta, hace el *check out*, paga la cuenta y regresa al apartamento de Tetuán. Le pide al chico de la recepción que le haga enviar comida.

*¿Qué le apetece? Lo que sea, algo italiano. ¿Lasaña? Perfecto.*

Sube al apartamento, deja la maleta sobre la cama. Arrastra la butaca que está en el dormitorio frente a la ventana, coloca delante la mesa de noche y, encima de ella, su móvil. Aunque tiene el 54 por ciento de batería, lo pone a cargar. Se sienta. Alterna la mirada a la calle y a la pantallita donde persiste el mapa con la leyenda «Ubicación no disponible».

A diez mil kilómetros de allí, Eva oye al conserje del hotel España diciéndole que Lascano abandonó la habitación sin dejar señas de su nuevo paradero.

La inquietud de Eva enmascara el *jet lag*. El taxi las lleva por la Ronda Litoral rumbo al centro, Eva anuda y desanuda los dedos. Victoria mira maravillada por la ventanilla los tanques de gas del puerto, el faro de Montjuic, los *containers* apilados en la terminal de Barcelona, como si en lugar de venir en una peligrosa misión de rescate estuvieran de vacaciones. Eva pasea la vista por el cementerio colgado en la montaña.

*Mirá, ma* —chilla excitada, señalando un *container* rojo que en grandes caracteres reza «Boluda Lines». *No jodas, Victoria, estoy muy preocupada. Está bien* —contesta, y sigue pendiente del paisaje.

A paso de hombre, el coche sube por la Rambla. Cuando se detienen en un cruce de peatones, el chofer se gira. *Las dejo en Sant Pau. ¿Cómo dice? Que las dejo en la próxima esquina, Carrer Sant Pau, cruzan la Rambla y caminan cien metros hasta el hotel, va a ser más rápido que dar toda la vuelta. Está bien.*

En el hotel les dan una habitación y la misma información. No tienen idea de adónde se fue Lascano. Una vez acomodadas, saca de su cartera la tarjeta que le pasó Fuseli del comisario Piqué. Levanta el teléfono y llama.

*El teléfono al que está llamando está apagado o fuera de cobertura.*

Se queda sentada mirando el teléfono, como si mágicamente fuese a aparecer una voz amiga por allí. Victoria le propone salir a dar un paseo.

*Para paseos estoy yo. Andá vos... tomá dinero de mi cartera... y llevate una tarjeta del hotel para la vuelta. Okey, ma...*

Cada vez que llama al número de Piqué, el mismo mensaje grabado, monótono, idéntico, odioso.

Al cuarto intento salta el contestador.

*Buenas noches, señor Piqué, soy Eva, la mujer de Lascano, amigos de Fuseli. Estoy en Barcelona. Desesperada, no puedo ubicar a Lascano y usted es el único que puede ayudarme. Por favor, llámeme en cuanto le sea posible. Estoy alojada en el hotel España. Noventa y tres, quinientos cincuenta, cero cero, cero cero; habitación trescientos doce.*

Corta y reprime el deseo de largarse a llorar. La puerta se abre, el corazón le da un salto. Victoria aparece por la puerta.

*Hola, ma. Mirá lo que te traje —dice, y le entrega un sobre de papel manila. Lo abre: es un aro de madera con una red, plumas y cuentas de colores. Eva lo mira extrañada. ¿Y esto qué es? Un atrapasueños indio, ma. Es el original.*

Suena el teléfono.

*Soy Piqué. Gracias a Dios —dice Eva, sorprendiéndose de ese repentino ataque de misticismo que le dio. Le pido disculpas por no haber respondido antes. Estaba fuera de Barcelona y sin cobertura. No hay problema. Por favor, quédese en el hotel, voy para allá.*

En cuanto corta, Piqué llama a Ramón Tomás.

*Oye, aberroncho, deja lo que estés haciendo y vete para el hotel España. Lascano está desaparecido y su mujer desesperada... Sí, se vino a*



*Barcelona... Vale... allí nos vemos.*

Eva camina por la habitación como una pantera enjaulada hasta que suena el teléfono. Atiende, dice que baja, se echa encima una chaqueta y sale. Victoria la detiene.

*¿Adónde vas, ma? Vino el amigo de Fuseli, está abajo. Voy con vos —* replica. Apaga la tele, toma su bolso y su móvil y sale tras su madre.

Cuando sale del ascensor se cruza con Ramón Tomás, que viene entrando. Piqué, apoyado en la columna donde dos leones heráldicos sostienen sendos fanales, les hace una seña a ambos. Se presentan todos. Ramón propone que pasen a la cafetería.

Al regresar de la farmacia, el Muerto comprueba con sorpresa que el cuerpo de Helmut está atravesado en el pasillo de salida del refugio, la derecha aferrada al primer peldaño de la escalera de gato. Creía que había muerto en su agujero, pero todavía tuvo fuerzas para arrastrarse hasta aquí, donde se le terminó el combustible. Pasa por encima del cadáver y se dirige al hueco que llaman baño. Se lava la herida con el agua de una garrafa de Font d'Or. La desinfecta con merthiolate incoloro. La tapa con una gasa y se envuelve la cintura con una venda, y sobre ella coloca otra elástica para que ajuste. Se traga sus medicamentos y se echa a dormir. Después de un par de horas de sueño se siente un poco mejor. La medicina hizo efecto y equilibró los impulsos eléctricos de su cerebro. La herida duele, pero no parece haber infección. Siente que huele a cloaca. Necesita vender algo de la cocaína para hacerse con dinero y procurarse ropa, un baño y un alojamiento decente. Se viste lo mejor que puede con lo que tiene y con lo que encuentra de los alemanes. Entre ello, un chaleco de pescador que le viene muy bien. Prepara diez sobrecitos con cocaína, los distribuye en los múltiples bolsillos del

chaleco y sale del refugio. Es de noche, la temperatura bajó y los jóvenes de la ciudad se entregan a la previa de las discotecas. Se dirige decididamente a la zona de ocio cercana. Allí hace su negocio. Los sobrecitos desaparecen antes de que termine de contar el dinero.

Lascano despierta sobresaltado. La calle, abajo, está callada y en calma. La pantalla del móvil está apagada. Lo toma, pulsa la tecla que lo revive. La ruedita del localizador comienza a girar.

«Conectando con su dispositivo». Y poco después: «Se ha ubicado su dispositivo con una precisión de 33 metros».

Lascano da un salto, el punto azul lo localiza en medio de la plaza de Tetuán, justo frente a su ventana. La abre, se asoma, pero no ve a nadie. La plaza está desierta. Tal vez detrás del monumento. Se levanta, baja por las escaleras a toda velocidad, sale a la calle y cruza a la plaza.

*Ramón, Lascano anda detrás del Muerto. No sabemos si lo ha localizado. Es muy posible, jefe —responde—, porque yo le programé el localizador del teléfono que le robó al conserje del Universal. ¡Me cago en la puta! ¿Por qué hiciste eso? Jefe, usted se fue al acto con el Mayor y me dijo que le diera toda la ayuda que me pidiera. Eso fue lo que hice.*

Piqué lo mira de lado a lado. Tiene razón. No había calculado que Lascano se largaría a actuar por su cuenta.

*¿Tiene los números de Lascano y del Muerto? Puedo localizarlos a los dos*

—agrega, y pone sobre la mesa dos móviles. Digita en uno y luego en el otro.

Cuando se inclina para recuperar el paquete de cocaína, el Muerto siente una puntada muy aguda en la herida. Se mira y nota que se abrió y está sangrando. Regresa hasta su agujero, se sienta en el colchón y se pone a quitarse el vendaje para cambiarlo.

Lascano da la vuelta al monumento. Nada. Busca y rebusca algún lugar donde pueda haberse escondido. Nada. Se sienta en un banco. Mira la pantalla del móvil. «Ubicación no disponible».

Ramón señala la pantalla de uno de sus móviles. *Este es el de Lascano, está cerca de la plaza de Tetuán.* Señala la otra pantalla. *Este es el del Muerto. No está localizable. Me pregunto qué diablos está haciendo allí* —dice Piqué.

Lascano recorre la plaza entera, barre con la mirada cada rincón, cada árbol, cada matorral. Entre los árboles que dan a Sant Joan hacia la montaña algo brillante le llama la atención. Se inclina y lo toma. Es una pata de cabra. A corta distancia nota la tapa del alcantarillado. Alrededor de ella hay rastros y señales de que ha sido movida. Lo encontró.

*No sé qué estará haciendo allí, pero pronto lo averiguaremos. Vamos —dice, poniéndose de pie—. Llama a Tony, dile que envíe refuerzos a la plaza de Tetuán de inmediato.* Todos los demás se levantan a la vez y salen del hotel.

Lascano toma la pata de cabra, la inserta en el agujero que está en medio, hace palanca, levanta la tapa y la saca a un costado. Enciende la linterna del móvil para iluminar. Abajo ve parte del brazo y la mano de Helmut aferrada al último peldaño. Siente un escalofrío. Se sienta en el borde y comienza el descenso.

Piqué conduce por el Passeig de Gràcia. A su lado, Ramón Tomás va controlando el GPS que ubica a los móviles de Lascano y del Muerto. En el asiento trasero, Eva y Victoria van en silencio, aterradas y tomadas de la mano.

*Desapareció Lascano —dice. Eva suelta un gemido. Perdón —agrega—, quiero decir que desapareció de la pantalla.*

Lascano pasa por encima del cadáver de Helmut. Nota que al final del pasillo hay luz. Apaga su linterna y camina muy sigilosamente. Tropezó con algo, es una pala vieja y carcomida por el herrumbre en la que subsiste medio metro

del cabo. La toma. Avanza. Localiza el hueco de donde proviene la luz. El suelo está sembrado de pequeñas piedras, no puede evitar el cric cric que hacen al pisarlas.

Confluyen en la plaza de Tetuán Piqué y los tres patrulleros. Rápidamente se monta un dispositivo que corta todas las entradas y desvía el tránsito de Gran Vía y de Sant Joan. Piqué les ordena a Victoria y a Eva que se queden en el coche y a un sargento que no se mueva de su lado.

Lascano se pega a la pared y sigue avanzando hacia el hueco. Como un rayo aparece el Muerto de un salto y le tira una estocada que Lascano logra detener con la pala. La navaja del Muerto atraviesa el metal oxidado. Lascano da un giro con la muñeca, el arma sale volando y la pala se quiebra y ahora termina en un diente afilado y herrumbroso. Con el mismo movimiento, golpea con todas sus fuerzas al Muerto en el estómago. El diente se le hunde muy cerca de la herida abierta. Cae sentado con un gesto de dolor, tomándose el vientre. Lascano da un paso hacia él y levanta la pala con las dos manos, listo para descargar el golpe de gracia sobre la cabeza del Muerto. Vacila un momento. El Muerto levanta la vista hacia él. En su rostro se dibuja la sorpresa al ver a Lascano.

*¡Ah, sos vos, Lascano! ¡Finalmente nos encontramos! Si lo hubiera sabido... El Perro está desconcertado, le habla como si lo conociera. Vacila. ¿Me estabas buscando? Sí. ¿Para qué, si ya no estás en la cana? Para que pagues. ¿Pagar? ¿Qué te debo? La vida de mis padres.*

El Muerto baja la cabeza y hace una mueca que puede ser de dolor o una

sonrisa. Lascano lo mira extrañado.

*Yo no maté a tus padres. ¿Y esperás que te crea? A esta altura de los acontecimientos eso no importa. Pero vos los mataste. ¿Quién te dijo eso? El Hueso Rodríguez, que estuvo con vos y con Néstor Pascual ese día.*

Ahora sí, decididamente, el Muerto está sonriendo.

*A Néstor lo fusilaron ustedes en Villa Ballester y Moco siempre fue un mentiroso. ¿Moco? Sí, ese que vos llamás Hueso. Lo conozco desde chico, entonces lo llamábamos Moco, porque siempre le estaban cayendo de la nariz. Lo de Hueso vino después, cuando lo condenaron por violar y matar a una pibita en Azul.*

Lascano está intrigado y alerta, no deja de amenazarlo, sabe que no puede confiarse con este tipo. El Muerto se lleva la mano a la boca, tose un poco y se mira la palma.

*Sabés que a los presos no les gustan los violetas. La misma noche que lo encerraron le rompieron el culo entre cinco. El último que se la dio fue Garro, un mulato a quien el sida le salía por las orejas. Años después, Moco comenzó a perder peso vertiginosamente, allí fue cuando empezaron a llamarlo Hueso, por lo flaco.*

El Perro comienza a sentir las piernas flojas. Trata de que no se le note el súbito temor que le ha dado la posibilidad de perder el sentido. Se retira dos pasos y se apoya contra la pared sin aflojar la amenaza.

*Muy bonita historia, Muerto, pero él me contó cómo los mataste. ¿Y por qué te lo habría de contar, qué te pidió a cambio? Morfina, se estaba muriendo y no quería sufrir. Para tu consuelo te voy a decir que quien mató a tus padres fue Moco o Hueso, como quieras llamarlo.*

Lascano recuerda un detalle de la conversación que se le escapó cuando estuvo con Hueso en el hospital. Le había dicho que estaba en otro lugar de la casa cuando Carlos mató a su madre: ¿cómo supo entonces que la había apuñalado en el pecho, si nunca volvieron a verse? El Muerto se acomoda en el suelo y prosigue:

*A Hueso no volví a verlo después de aquel día. Si lo hubiera encontrado, lo habría matado yo mismo, pero la vida organiza mejores venganzas. Me enteré de que la morfina no le sirvió de nada, su cuerpo estaba tan percutido por las drogas que no le hizo ningún efecto, murió sufriendo como un perro.*

Por alguna razón, Lascano siente que ya no odia a este tipo. Por alguna otra razón, comienza a sospechar que tal vez le esté diciendo la verdad.

*¿Por qué habría de creerte? Porque yo ya no tengo nada que perder, Lascano. Ya estoy del otro lado. Pues yo te veo en este. No lo creas —le dice con una sonrisa, y agrega muy serio—: Lascano, mirame a los ojos, quiero ver lo que te pase cuando sepas la verdad.*

Al Perro un escalofrío eléctrico le corre por la columna vertebral.

*Tal vez si fuera ahora no me importaría, porque yo perdí toda sensibilidad. Pero entonces... entonces... ¿Sabés una cosa, Lascano? ¿Qué? En toda mi vida de mierda hay solo unos pocos recuerdos felices, y esos recuerdos son con mi padre, cuando me enseñó a manejar o cuando me llevaba a la escuela de box o a pescar. ¿Y con eso qué hay?*

El Muerto hace una pausa, se toma del estómago y, ahora sí, tiene decididamente un gesto de dolor, pero se repone.

*Mirame bien, Lascano. Yo nunca podría haber matado a mi padre, ¿entendés?*

Lascano abre los ojos desmesuradamente.

*Sí, Lascano, mi padre fue también tu padre.*

Lascano está pasmado, no puede salir de su asombro, baja el brazo que sostiene la pala.

*Nuestro padre tenía dos familias, la mía la abandonó por la tuya, ¿comprendés?*

Ve en el rostro de Carlos rasgos inconfundibles de su padre, del padre de ambos. Ese lunar idéntico junto al ojo derecho, la frente amplia, el cabello blanco, su increíble fortaleza. Como en una película, pasan por su cabeza una multitud de escenas protagonizadas por su padre: la repentina mudanza al barrio de Mataderos, el viaje a Mar del Plata, tan precipitado que le hizo preguntar a mamá si estaban huyendo de algo, las desapariciones de Roberto y las peleas subsiguientes entre sus padres, mamá llorando sola en la cocina, las veces que salía vestido con una ropa y regresaba por la noche con otra, sus viajes falsos. No le cabe duda de que está diciéndole la verdad. Carlos tiene un nuevo ataque de tos.

*Ahora podés matarme. Ya no hay nada más que decir.*

Pasos y luces por el pasillo de acceso, voces imperativas.

*¡Policía! Salgan todos con las manos en alto.*

Lascano siente la transformación. El odio, el ansia vengativa, el rencor que arrastró durante toda su vida se han disipado. En su lugar le queda una sensación de paz y de piedad. Ve las múltiples cicatrices superpuestas que el dolor y la miseria han dejado en su hermano. En comparación, las suyas son limpias, casi obra de un cirujano. Le extiende la mano ofreciéndole ayuda para ponerse de pie. Carlos lo rehúsa con un gesto. Lascano le pone en la



cabeza la mano que Carlos rechazó, como a un niño.

*¿Vas a entregarte?* —le susurra. *Ya estoy entregado* —responde Carlos de soslayo, con un brillo cómplice en la mirada, y le hace un gesto para que se adelante. Lascano se vuelve y se dirige lentamente hacia la salida. Carlos lo mira alejarse sin mover un dedo hasta que desaparece tragado por las sombras. Se produce un silencio sobrenatural en el que solo suenan los ecos de una gota que cae y cae y cae. Se abre la chaqueta y se mira el vientre. Tiene la camisa empapada. Junto a él se va formando un charco. Lo observa con curiosidad. Se está muriendo, la gota que suena, la sangre que cae es la suya. Se está desangrando.

Y es un ablandarse, un relajarse, dejarse ir flotando, como una barca en mar tranquilo, al sueño permanente. Ese sueño que les proporcionó a tantos otros y que, en realidad, siempre deseó para sí mismo. Ese sueño que, al encontrarlo, termina.